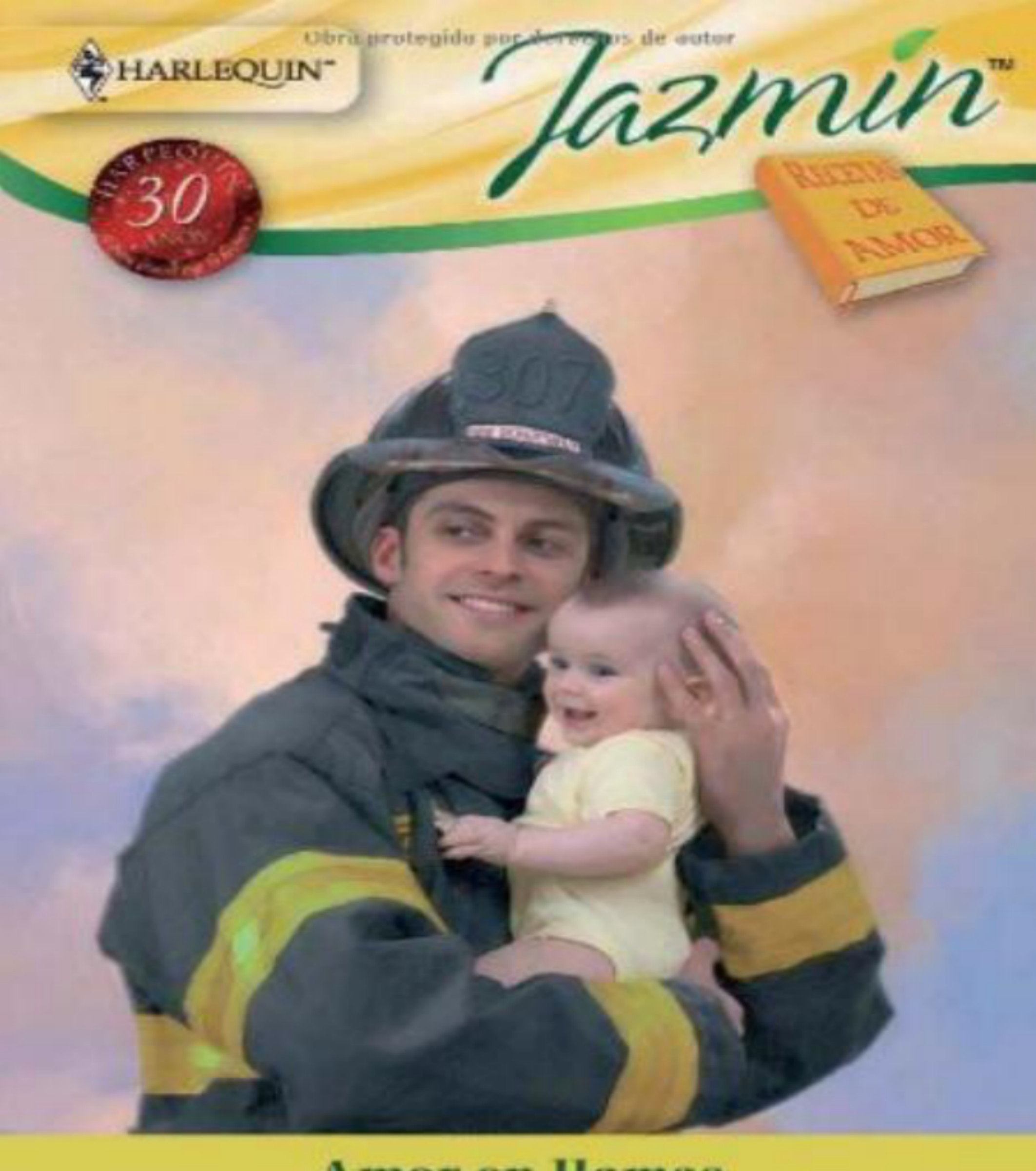


Obra protegida por derechos de autor
HARLEQUIN™
Jazmín™
30
Recetas de Amor
Amor en llamas
BARBARA McMAHON

[image]



Amor en Llamas

Amor en Llamas (2011)

Serie multiautor: Recetas de amor

Título original: Firefighter's doorstep baby (2010) **Editorial:** Harlequin Ibérica

Sel o / Colección: Jazmín Miniserie 52

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Cristiano Casali y Mariella Holmes.

ARGUMENTO:

Lo iba a rescatar una preciosa mujer…

Cuando el bombero **Cristiano Casali** resultó herido en un acto de servicio, sabía que sólo podía ir a un lugar a recuperarse: a Monta Correnti, a su casa. Alejado de los problemas de su familia y todavía convaleciente, a Cristiano le costaba trabajo empezar a vivir de nuevo, hasta que conoció a la guapa y cariñosa **Mariella Holmes**, y al adorable bebé del que ésta se hacía cargo, Dante.

Mariella lo ayudó a recuperarse y a reunirse de nuevo con los suyos y se dio cuenta de que el a también deseaba formar una familia… ¡con Cristiano!

SOBRE LA AUTORA:



Barbara McMahon creció en el norte de Virginia y se mudó a California para asistir a la Universidad en Berkeley. Después de su graduación, hizo de San Francisco su hogar mientras trabajaba como auxiliar de vuelo de una línea aérea. Cuando sus días de vuelo llegaron a su fin, comenzó a trabajar en el sector informático, llegando a ocupar la vicepresidencia de una compañía de desarrollo de software. En su tiempo libre, decidió intentar suerte y colmar uno de sus deseos: escribir. Una de las primeras cosas que descubrió fue que escribir era una cosa y lograr escribir un libro otra cosa muy diferente cuando además las obligaciones de la vida diaria interfieren en el o. A pesar de el o, finalmente acabó su libro, lo envió a una editorial y Harlequin lo compró.

Después de aquel libro, quiso cumplir un nuevo sueño: ganarse la vida escribiendo y abandonar el agitado ritmo de vida de San Francisco. Hasta la fecha, se han vendido más de cinco millones de copias de sus novelas en treinta y cinco países que han sido traducidas a diecinueve idiomas. Las novelas de McMahon aparecen frecuentemente en la lista de best-sellers de Waldenbooks.

CAPÍTULO 01

Mariella Holmes observó el lago desde el pequeño patio empedrado. Una moto de agua surcaba la superficie a toda velocidad, pero instantes después el suave ronroneo del motor se apagó a lo lejos. Miró hacia la cabaña. Dante todavía estaba durmiendo. Si el ruido hubiese despertado al bebé se habría enfadado. Le había costado mucho dormirlo.

De todos modos, ¿qué estaba haciendo aquel loco? Si se caía al agua, se congelaría en cuestión de pocos segundos. No obstante, sintió envidia. A aquel hombre parecía no importarle nada y, si estaba de vacaciones, debía de estar aprovechándolas al máximo.

Mariella miró hacia las colinas cubiertas de árboles que se erguían detrás del lago. Aquel lugar tenía que ser precioso en verano. Podía imaginarse a los niños nadando en el agua, las canoas y las barcas de remos desperdigadas por la superficie. Y todavía más hombres temerarios, como aquél, montados en motos de agua. Miró de nuevo al hombre y esperó que no tuviese un accidente.

Se cerró un poco más la chaqueta y aspiró el aire limpio de la montaña. Era la primera vez que iba allí y no había sabido lo que se iba a encontrar. Las colinas estaban pobladas de árboles, había lagos y pequeños pueblos. Era encantador. Deseó poder explorarlo todo, pero no podrían quedarse mucho tiempo. Fuesen como fuesen las cosas, sería una visita relativamente corta.

Había decidido tomarse unos días para ir a conocer el lugar de donde procedía el padre de Dante.

Oyó un fuerte ruido en el lago y volvió a centrar su atención en el hombre. A aquel a distancia, sólo podía distinguir que era moreno y con los hombros anchos. Parecía no temerle a nada. El a se imaginó volando a su lado, con el viento llevándose todas sus preocupaciones.

Se estremeció y volvió a entrar en la cabaña. Aquél a habría sido la oportunidad perfecta para llamar a Ariana y contarle lo mucho que le estaba gustando el lago Clarissa, y que había visto a un hombre que había despertado su imaginación. Todavía le costaba creer que su mejor amiga no volvería a llamarla para contarle, hablando a toda velocidad, cómo le iba la vida. Que jamás tomaría a su hijo en brazos, ni vería cómo aprendía a andar y cómo empezaba a ir al colegio.

Mariella se limpió las lágrimas de las mejillas. Ariana había estado a su lado cuando sus padres habían faltado, pero ya no estaba allí. En esos momentos, le tocaba a el a ser fuerte.

El tiempo lo curaba todo, y lo sabía. Casi había superado la muerte de sus padres, cuando estaba en Nueva York, en su primer año de universidad. El dolor por la muerte de Ariana también iría

menguando. Estaba segura de que, con el paso de los años, recordaría a su amiga con cariño, pero a veces sentía un dolor insoportable. Ariana la había dejado con sólo veintidós años. Su vida tendría que haberse alargado hasta que ambas fuesen mayores, pero se había terminado demasiado pronto.

Sacudió la cabeza para intentar deshacerse de aquel os pensamientos y pensó en el futuro.

Tenía a Dante. Tenía un trabajo. Tenía un objetivo: vivir la vida día a día. Hasta entonces, le había funcionado bien. No pasaba nada porque algunos días se sintiese superada. Era difícil cuidar de un bebé. Al menos, ambos tenían salud, comida y una vida cómoda. Y el a estaba aprendiendo poco a poco a ser madre.

Cruzó el salón y se acercó a mirar al niño, que estaba dormido en el carrito. Luego miró el reloj y supo que pronto se despertaría para tomar el biberón. Todavía tenía unos minutos para colocar la comida que había comprado y preparar la del niño antes de que éste se moviese.

Había alquilado la cabaña por una semana, pensando que sería tiempo suficiente para conocer la zona y ver si alguien reconocía la foto de Ariana que había llevado. Si nadie la reconocía, irían a Monta Correnti. No tenía ninguna pista fiable, ni estaba segura de estar en el lugar adecuado. Sólo sabía que aquél era el lugar del que Ariana le había hablado. La única pista que le había dado acerca del padre de Dante.

Ariana había estado muy enferma y preocupada durante las últimas semanas. Ojalá la hubiese avisado antes, pero había esperado a después de la graduación, y a que Mariella estuviese en Roma, para compartir con el a el diagnóstico de su enfermedad. Y, a pesar de que el a se lo había suplicado, no había querido darle el nombre del padre de Dante. Sólo le había dicho que era de aquel a zona y que habían pasado un fin de semana estupendo en el lago Clarissa.

Mariella, que era hija única, se había quedado sola en el mundo, y a cargo de aquel niño.

Siempre había deseado haber tenido muchos hermanos, tíos y primos. Y deseaba que Dante los tuviese también. Tal vez pudiese encontrar a su padre, contarle que tenía un hijo y descubrir que procedía de una familia numerosa y cariñosa, que aceptase y diese amor al bebé.

Volvió a mirarlo y se le encogió el corazón. Quería a aquel niño, pero era demasiado duro ser madre soltera. Si encontraba a su padre, ¿sería capaz de entregárselo? ¿Sería una familia numerosa lo mejor para él? Todavía no estaba segura. No obstante, aún no tenía que tomar ninguna decisión, primero tendría que localizar al padre. Ya decidiría entonces qué hacer.

Cristiano aceleró al máximo la moto de agua. El aire era helado, pero la emoción de la velocidad, el reto de controlar el aparato, el sol brillando en el agua, le hicieron sentirse más vivo de lo que había estado en muchos meses. El resto de pensamientos y preocupaciones desaparecieron. Si la moto hubiese podido ir todavía más rápido, habría acelerado más.

El tobillo se le había curado. No había podido utilizar la moto en verano, pero iba a resarcirse en otoño. Tenía todo el lago para él. Se sentía invencible. Ya le había dado esquinazo a la muerte una vez ese año, aquél tampoco sería su día.

Pensó que daría otra vuelta más y terminaría. Hacía tanto frío que los dedos de los pies se le estaban empezando a entumecer, pero todavía quedaban días de sol en esa época del año.

Disfrutaría del lago todo lo que pudiera.

Unos momentos después, hacía un ocho en el agua, cerca de la orilla, antes de frenar y dirigirse al muelle. El lago Clarissa estaba vacío y, la playa, desierta. Los turistas que veraneaban allí se habían marchado ya, y todavía no habían empezado a llegar las pocas personas que iban en invierno. Tenía todo aquel o para él.

Pasó por delante de las cabañas que alquilaban los Bertatali y se dio cuenta de que la última estaba ocupada. En el lago Clarissa no había la vida nocturna que ofrecía Monta Correnti. Casi nadie se atrevía a meterse en el lago en aquel a época del año. Nadie era tan insensato como él.

Debía de tratarse de alguna pareja mayor, que había ido a pasear y a ver cómo cambiaban de color las hojas de los árboles. Y como aquel o estaba cerca de Monta Correnti, siempre podían ir a cenar allí.

Llegó al muelle y, poco después, tenía la moto en la pequeña rampa flotante que había alquilado. La ató bien y subió a tierra. De camino a su moto, los pies mojados dejaron huellas en el muelle de madera. Se secó y se puso los vaqueros y las botas que había dejado encima del sillín, y un jersey gordo. Se sintió bien. Se colocó el casco, se subió a la moto y la arrancó. Todavía le sorprendía que allí hubiese tan poco tráfico, en comparación con Roma. Ir de vacaciones al lago Clarissa siempre había sido huir. De niño, siempre había habido demasiado trabajo en casa. Y de

mayor, había preferido viajar por el mundo a pasar demasiado tiempo en aquel pueblo pequeño y tranquilo.

Hasta que los atentados lo habían cambiado todo.

Poco después de la una, Cristiano se bajó de su moto al lado del restaurante Pietro. Así no tendría que cocinar. Su padre se quedaría horrorizado si se enteraba de que no le gustaba cocinar.

No era que no le gustase, sino más bien que pensaba que, para una persona sola, no merecía la pena hacer el esfuerzo.

El restaurante tenía una terraza amplia para comer, pero estaba vacía en esa época del año.

No hacía tanto frío, pero el viento era fresco. Cristiano entró en el restaurante. En Pietro olía como en casa. El restaurante en el que él había trabajado de niño, que seguía perteneciendo a su padre, tenía la misma decoración rústica. Bel a Rosa tenía más clientes y más ajetreo que Pietro, pero en este último Cristiano se sentía menos atado a su pasado.

Había varias parejas y un par de grupos comiendo, más gente de la que él había imaginado, y saludó a varias personas. Emeliano salió de la cocina, con un delantal blanco atado a la cintura y una pesada bandeja en las manos. A Cristiano casi le dolieron también los brazos al recordar cómo se había sentido después de trabajar todo un día en Rosa. Hacía años que no trabajaba allí, pero todavía tenía muchos recuerdos. Aunque le hubiese gustado borrarlos.

—Cristiano, siéntate donde quieras. Ahora voy —le dijo Emeliano mientras servía a una mesa.

Él fue hacia su mesa favorita, delante de la gran ventana que daba a la plaza. Estaba ocupada.

Pasó por delante y se sentó en la siguiente. Luego estudió a la mujer que había ocupado su mesa preferida.

Tenía el pelo rubio, con mechas cobrizas. Estaba con un bebé en los brazos y parecía ajena a todo lo que la rodeaba. Cristiano pensó que no la conocía. Debía de ser una turista.

La mujer levantó la vista y sus miradas se cruzaron. El a sonrió y luego apartó los ojos.

Él se quedó observándola. Su sonrisa había hecho que le diera un vuelco el corazón. En aquel breve espacio de tiempo se había dado cuenta de que tenía los ojos grises y las mejillas sonrosadas. Miró a su alrededor y se preguntó dónde estaría su marido.

—¿Rigatoni? —preguntó Emeliano, que se acababa de acercar a la mesa de Cristiano.

—Claro —contestó él, que casi siempre que iba allí comía lo mismo.

—No están tan buenos como en Rosa — admitió Emeliano.

—No estoy en Rosa —comentó él con naturalidad.

No habría tardado mucho en llegar a Monta Correnti, pero todavía no estaba preparado para ver a su familia. A veces se preguntaba si algún día sería capaz de volver a casa.

—Te he visto en el lago. Podías haberte matado.

Cristiano había jugado mucho de niño en el lago, con su hermano Valentino y con Emeliano.

Sonrió a éste.

—Sí, pero no lo he hecho.

—Tienes que pensar en el futuro, Cristiano. ¿Por qué no os metéis Valentino y tú en el negocio de tu padre? Si Pietro no tuviese tres hijos, le pediría que me aceptase como socio.

—Vete a Roma, búscate un piso y un trabajo — le sugirió Cristiano al camarero.

Se dio cuenta de que la mujer que estaba en la mesa de al lado lo estaba escuchando, pero le dio igual, no tenía secretos.

Bueno, sólo uno.

—¿Y mi madre? Tú lo tienes muy fácil, Cristiano.

Él sonrió, pero fue una sonrisa falsa. Si Emeliano hubiese sabido la verdad, toda la verdad, lo habría mirado con desprecio.

—¿Cómo está tu madre?

—Muy mal. La artritis es algo horrible —Emeliano movió las manos—. Espero no tenerla nunca.

—Ni yo.

Cuando Emeliano se hubo marchado, Cristiano volvió a mirar a la mujer. Ésta se ruborizó y miró al bebé sonriendo. Tomó su mano y se inclinó a darle un beso. Luego, volvió a levantar la vista.

—Te he visto en la moto —le dijo a Cristiano.

Él asintió.

—Parecía muy divertido.

—Lo es. ¿Cuánto tiempo tiene tu bebé? —le preguntó, mirando al niño y preguntándose si era más pequeño que el que había tenido en sus brazos en mayo. No sabía mucho de bebés.

El a volvió a sonreír. Tenía unos ojos muy bonitos y Cristiano volvió a preguntarse quién sería y qué haría en el lago Clarissa.

—Tiene casi cinco meses.

Era un niño. Su padre tenía dos hijos y una hija. Bueno, cuatro hijos y una hija. Cristiano todavía no podía creer que tuviese dos hermanastros en Estados Unidos. Era surrealista. Otro motivo más para mantenerse alejado de su familia. No sabía qué pensar de que su padre les hubiese guardado aquel secreto durante toda la vida.

El niño tenía el pelo y los ojos oscuros. No se parecía en nada a el a.

—¿Se parece a su padre? —le preguntó.

—No tengo ni idea, pero su madre tenía el pelo y los ojos oscuros. Tal vez cuando sea mayor se parezca más al padre, pero ahora mismo yo le veo parecido a su madre.

—¿No es tuyo?

El a negó con la cabeza.

—¿Eres su niñera? —Cristiano se dijo que tal vez estuviese soltera. Parecía querer mucho al niño.

—Soy su tutora. Su madre ha fallecido —le contó el a, conteniendo las lágrimas.

Cristiano se sintió incómodo y esperó que no se pusiese a llorar. Nunca sabía cómo tratar a las mujeres cuando lloraban. Por desgracia, eran muchas las ocasiones en las que tenía que hacerlo.

Siempre ponía el mayor empeño, y nunca le parecía suficiente.

Emeliano llegó con una bandeja con los rigatoni, una ensalada y una cesta con pan de ajo caliente. Miró a la mujer y después a Cristiano.

—¿Queréis sentaros juntos? —les preguntó.

—No —contestó Cristiano.

—Sería estupendo —dijo el a al mismo tiempo—. Vaya. Supongo que no importa. Yo no tardaré en marcharme.

Cristiano se sintió como un cretino; no había pretendido avergonzarla.

—Ven, siéntate conmigo —le dijo, intentando arreglarlo—. Me vendrá bien algo de compañía mientras como.

—No, gracias. De todos modos, tengo que marcharme. Al bebé le gusta que lo pasee.

Buscó su monedero y dejó el dinero de su comida encima de la mesa.

Emeliano sirvió a Cristiano, lo miró mal y se marchó a atender a otro cliente.

Cristiano se dio cuenta de que la mujer estaba ruborizada y avergonzada y deseó haber pensado un momento antes de hablar.

El a se levantó, recogió su bolso y la bolsa del bebé y se fue hacia la puerta sin mirarlo. Unos segundos después, había desaparecido.

Cristiano pensó que su hermana lo habría reprendido por haber sido tan mal educado. Y su padre lo habría mirado con tristeza. Aunque su padre siempre parecía estar triste desde la muerte de su madre, de la que ya hacía mucho tiempo. Jamás volvería a compartir su vida con otra mujer.

Cristiano empezó a comer. La comida era buena. Al ver al bebé se había acordado de la hija de su mejor amigo, Stephano, que había fallecido en la segunda explosión.

Comió despacio y volvió a lamentar no haber aceptado la compañía de la mujer con el bebé. Si lo hubiese hecho, no habría pensado en su amigo, ni en el resto de sus preocupaciones.

Mariella colocó a Dante en el carrito. Le había faltado tiempo para salir del restaurante. Aquel hombre debía de tener muchas mujeres deseosas de ganarse su atención. Era moreno y muy alto, con los hombros muy anchos y un aspecto muy masculino. Y una gran vitalidad.

Al final, hasta se había olvidado de preguntarle al camarero si había visto a Ariana en alguna ocasión.

Entonces se le pasó por la cabeza que el hombre del restaurante

podía ser el padre de Dante.

También tenía el pelo y los ojos oscuros.

—¿Quién es tu papá, cariño? ¿Vive por aquí o trajo a tu madre sólo de visita? —le preguntó al bebé mientras paseaba.

Se sintió tentada a entrar en alguna tienda, pero los pasillos eran demasiado estrechos para el carrito. Tendría que pensar en otro plan que no fuese ir por ahí enseñando la fotografía de Ariana a todo el mundo.

Se detuvo cerca de la iglesia y se sentó en uno de los bancos de madera que daban a la plaza.

Iba abrigada, así que estaba a gusto al sol, a pesar de que hacía frío. Miró a Dante, que también estaba calentito y parecía contento, mirando hacia arriba.

—Árbol —le dijo el a, aunque sabía que a Dante le daba igual cómo se llamase aquel o.

A pesar de que había leído muchos libros acerca de recién nacidos y había pedido ayuda a sus amigas que tenían hijos, todavía la estresaba ocuparse del bebé.

La mayoría de las madres tenían meses para hacerse a la idea de que iban a serlo. El a, sin embargo, se había enterado de que iba a tener que ocuparse de él un mes antes. No había podido prepararse, ni tenía con quién compartir la tarea.

Dante se había quedado adormilado y Mariella pensó en volver a la cabaña, pensando que el bebé dormiría mejor en su cuna. Iban a pasar una semana allí, así que sería buena idea organizarse lo mejor posible.

—No pretendía espantarte.

Mariella miró hacia su izquierda y vio al hombre del restaurante, que se había detenido a su lado. El sol hacía brillar su pelo moreno. La estaba mirando a los ojos y a el a se le aceleró el corazón. Por un momento, dejó de respirar. Sintió atracción y una especie de aturdimiento.

—Ya iba a marcharme —le contestó, apartando la vista.

Era muy guapo: alto, moreno y fuerte. ¿Estaría de vacaciones? ¿O viviría por allí y tendría un trabajo que le permitía tomarse un rato libre a media mañana? Quería saber más.

Él se sentó a su lado en el banco, con la vista clavada en la fuente que había en medio de la plaza. Luego se giró hacia el a y le ofreció la mano.

—Me llamo Cristiano Casali —le dijo por fin—. La sugerencia de Emeliano me ha pillado desprevenido. Tienes un bebé y he pensado que sería mejor… Da igual. Perdona por haber sido tan grosero.

El a le dio la mano y sintió un cosquilleo. Se aclaró la garganta e intentó centrarse de nuevo.

—No pasa nada. Soy Mariella Holmes —se presentó sin mirarlo. No

podía hacerlo hasta que volviese a tener sus emociones bajo control.

—Me intriga la historia del bebé. Y eso que últimamente me han ocurrido muchas cosas sorprendentes. ¿Cómo es que lo tienes? Pareces demasiado joven para ser tutora de un niño.

—Tengo veintidós años, edad suficiente. Y tengo amigas que no fueron a la universidad, se casaron jóvenes y ya tienen dos hijos —contestó el a, negándose a contarle a aquel extraño lo poco preparada que se sentía para ser madre.

—Está bien, tienes edad suficiente, pero ¿cómo ha ocurrido?

—Su madre ha fallecido. Antes de hacerlo, accedí a quedarme yo con el niño. Ariana no tenía familia.

Se sintió orgullosa de poder decir el nombre de su amiga sin echarse a llorar. Y, al mismo tiempo, se fijó en que aquel hombre no parecía reconocerlo.

—¿Y al padre no le pareció mal? —preguntó.

—No tengo ni idea de quién es el padre.

Había preguntado a todas las amigas de Ariana que conocía, pero nadie lo sabía. Era un secreto que su amiga se había llevado con el a.

Cristiano frunció el ceño.

—Ariana, la madre de Dante, era mi mejor amiga. Conoció a un tipo y se enamoró. Al parecer, cuando le dijo que estaba embarazada, él la abandonó. Aunque yo no viví nada de eso. Estaba en Nueva York y mi amiga me llamó poco antes de que naciese Dante. Estaba enferma y me pidió que volviese a Italia, así que lo hice. Cuando me pidió que me quedase con Dante, no pude negarme.

Éramos como hermanas, pero no quiso decirme cómo se llamaba el padre.

—¿Qué le pasó a tu amiga? —le preguntó Cristiano en tono amable.

Mariella tardó un momento en recomponerse. Todavía le costaba hablar de la muerte de su querida amiga.

—Murió de leucemia. Se enteró de que la tenía cuando estaba embarazada y se negó a recibir tratamiento hasta que el bebé hubiese nacido. Dante nació sano y fuerte, aunque un par de semanas antes de lo previsto. Y el a murió cuando el niño tenía dos semanas.

Mariella intentó no recordar la imagen de su amiga durante esas últimas semanas. Las mejillas hundidas, el pelo sin lustre y los ojos muy, muy tristes. Ariana había sabido que no vería crecer a

su hijo. Y le había hecho prometer a Mariella que el a lo criaría. Poco después de que ésta firmase los papeles necesarios para quedarse con la tutela de Dante, Ariana había entrado en coma, para después morir.

—Aun así, me pareces demasiado joven para tener que estar atada a un niño. ¿No deberías estar disfrutando de la vida?

—Gracias, pero me gusta ser la tutora de Dante.

No le hacía falta que un extraño se cuestionase su capacidad para cuidar del bebé, ya pasaba el a sola muchas noches en vela dándole vueltas al tema. Mariella consideraba un honor haber sido elegida para criar al hijo de su amiga.

No era necesario que nadie supiese que se sentía abrumada y que, a pesar de querer a Dante, no sentía el amor materno que experimentaban otras madres. Mariella quería a aquel bebé, pero no podía evitar pensar que, si Ariana no hubiese estado embarazada cuando se había enterado de que tenía leucemia, todavía podría estar viva. También se sentía más sola que nunca, aislada debido a las necesidades del bebé.

No obstante, jamás se lo diría a nadie. Quería mucho al niño.

—Tengo que marcharme —dijo de repente, poniéndose en pie.

Tenía que escapar de sus pensamientos. Podía criar a Dante, o encontrar a su padre y asegurarse de que el niño tenía una familia que lo quería.

—Me da la sensación de que te espanto siempre —comentó Cristiano.

El a empezó a andar, empujando la sillita, y Cristiano la siguió y se puso a su lado.

—¿Por qué has venido aquí en esta época? Casi todos los turistas vienen en verano, para disfrutar del lago —le dijo. Luego miró al bebé y añadió—: Y vienen con hijos más mayores, para que puedan jugar en el agua. No tardará en ponerse a llover. Y hace mucho más frío que hace dos semanas. No apetece mucho sentarse junto al lago.

—Pensé que tal vez podría averiguar algo acerca del padre de Dante, pero ahora que estoy aquí, ya no estoy tan segura.

—¿Qué sabes de él? —le preguntó Cristiano.

—Nada. Ariana nunca me habló de él.

Llegaron a la zona de cabañas del lago. Había poco tráfico en aquel a cal e y sólo se oía cantar a los pájaros.

—Estás en la última cabaña, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes? —quiso saber Mariella, pensando que estaría bien que le hiciese compañía un rato, sobre todo, tratándose de un hombre así.

—He visto que estaba ocupada.

—¿Vives aquí todo el año? —le preguntó el a.

—No —respondió él sin más.

La expresión de su cara cambió, pero Mariella no fue capaz de descifrarla. Sólo supo que, de repente, se había cerrado en banda. ¿Qué había dicho?

—¿Estás de visita? —sugirió.

—Voy a estar unos días —fue lo único que contestó él.

El a sintió cada vez más curiosidad, pero pensó que no lo conocía lo suficiente como para hacerle muchas preguntas.

El camino que llevaba a la cabaña estaba lleno de piedras resbaladizas. A Mariella le costó empujar la sillita, pero Dante parecía encantado con tanto movimiento.

—Deja que te ayude —le dijo Cristiano, agarrando la sillita.

Mariella se sintió protegida y femenina, andando a su lado. Así era como debía ser una familia: un padre, una madre y un bebé. Se reprendió a sí misma por soñar despierta.

—Gracias —le dijo al llegar a la quinta cabaña.

En la pequeña terraza había dos sil as y una mesa con vistas al lago.

Se había levantado un poco de viento y hacía más frío que un rato antes.

—Aquí ya puedo sola —comentó Mariella sonriendo—. Espero volver a verte por el pueblo.

Él se apartó de la sillita y la miró. Mariella tuvo la sensación de que quería decirle algo. Su mirada parecía atormentada, pero él se limitó a asentir y dijo:

—Tal vez. Suelo ir bastante al pueblo. Adiós.

Y se marchó dando grandes zancadas. Un minuto después, había desaparecido y se había llevado parte de la luminosidad del día con él.

Mariella se dijo que tenía que haberle enseñado la fotografía. Tal vez hubiese visto a Ariana.

¿Dónde vivía? ¿Por qué había cambiado de actitud cuando el a le había hecho una pregunta? No era asunto suyo, pero sentía curiosidad. ¿Estaría casado? ¿Separado o divorciado?

En cualquier caso, esperaba volver a verlo antes de marcharse.

Cristiano volvió a la plaza preguntándose si había perdido la cabeza. Hacía meses que nada llamaba su atención tanto como Mariella Holmes. Era guapa, por supuesto, pero tenía algo más.

Un pelo brillante, que captaba y reflejaba la luz, y que parecía fuerte y sedoso. Deseó haberlo tocado. Y una mirada limpia y sincera, que expresaba sus sentimientos.

Intentó ignorar la imagen que tenía en su cabeza de el a acariciando al bebé y sonriendo. De cómo se había apartado el pelo cuando el viento se lo había puesto en la cara. ¿Estaba preparado para arriesgarse a tener una vida normal? ¿Iban a empezar las cosas a irle bien? Había vivido demasiadas cosas como para pensar en comprometerse.

Pero el a también había vivido mucho, y tenía un bebé.

Cristiano nunca se había imaginado siendo padre. Ni siquiera, marido. Le gustaban la velocidad, los retos, las actividades que le hacían liberar adrenalina y que le confirmaban que estaba vivo. Su

trabajo como bombero era emocionante, pero peligroso. Tenía compañeros casados, pero a él nunca le había parecido justo arriesgar su vida teniendo a alguien que dependiese de él.

Se detuvo en la acera y observó el agua. Tal vez no volviese a luchar contra el fuego con sus compañeros, o tal vez estuviese en forma para volver con el os a la semana siguiente. Nadie sabía lo que le depararía el futuro. Tal vez en el suyo hubiese una mujer guapa, de ojos grises, pero sabía que lo mejor era alejarse de el a.

Mariella Holmes llevaba la palabra «compromiso» escrita en la frente. Lo mejor para ambos sería mantenerse apartado de el a.

Llegó hasta donde estaba su moto, se sentó un momento y observó a los vecinos del pueblo.

¿Tendrían secretos capaces de cambiar sus vidas? ¿Tendrían también familias con secretos?

¿Tendrían preocupaciones como las que apagaban la sonrisa de Mariella?

Aquel as preguntas eran demasiado filosóficas. Se puso el casco negro y arrancó la moto. No estaba lejos de la casa de su familia. De niño, le había gustado poder ir andando al lago. Los tiempos felices de su familia parecían haberse quedado muy atrás. Aceleró, como si así pudiese huir de los recuerdos.

Ya era de noche cuando aparcó en la parte trasera de la casa. Entró en la cocina, sin mirar los platos que había en la encimera y en la pila, y fue directo al armario que había al lado de los fogones, de donde sacó una botella de coñac. Pesaba mucho menos que la noche anterior. Se sentó en la encimera, sacó un vaso y se quedó mirando fijamente la botella. Con un violento movimiento de la mano, la hizo chocar contra el suelo de piedra, donde se rompió en miles de trozos y el olor a coñac inundó el ambiente.

No necesitaba emborracharse. Entró en su habitación y fue a darse una ducha, pensando en la sonrisa de Mariella Holmes y en el amor que ésta había mostrado por el niño. Aquel o era lo que él quería, sentirse unido a alguien. Sentir pasión y cariño y tener esperanzas en el futuro. Amar. ¿Se atrevería a arriesgarse a volver a verla?

CAPÍTULO 02

Mariella se levantó a las cinco para darle el biberón a Dante. Cuando éste se quedó de nuevo dormido, el a sacó el ordenador y se puso al día con sus clientes. Ser asistente virtual tenía sus ventajas. Podía trabajar desde casa y adaptarse a los horarios de Dante. No obstante, no tenía nada que ver con el trabajo que había soñado hacer cuando terminase de estudiar.

En Nueva York, había hablado muchas veces con sus amigos de montar su propia empresa de marketing. Y, no obstante, se sentía afortunada por haber encontrado un trabajo con el que poder pagar el alquiler y todas sus necesidades. Era caro mantener a un bebé.

Cuando Dante se despertó de nuevo, a media mañana, Mariella había terminado de trabajar, así que cerró el ordenador. Dos de sus clientes más importantes estaban fuera esa semana, lo que le dejaba tiempo libre para ponerse a buscar al padre de Dante. Aquél a era una manera poco coherente de hacerlo, pero era un comienzo. Contratar a un detective habría sido demasiado caro.

Bañó al bebé, le dio de comer y luego se duchó y se preparó su comida. Como Dante todavía estaba despierto cuando terminó y hacía un día precioso, lo sacó al patio en la sillita. Deseó que hubiese una mecedora. El a había comprado una en cuanto se había enterado de que iba a tener a Dante en casa. El balanceo tranquilizaba al bebé mientras se tomaba el biberón. No obstante, sólo estarían allí una semana.

Se fijó en que esa tarde no había motos de agua e intentó no sentirse decepcionada. Observó el color azul intenso del agua, que contrastaba con el azul claro del cielo y con el verde de los árboles, y se sintió mejor.

Luego tomó al bebé en brazos y le dio un beso en la mejilla.

—¿No te parece un lugar precioso? —le preguntó—. Oh, Dante, ¿qué vamos a hacer? —susurró después—. Te quiero mucho, pero cada vez que te veo deseo que tu madre pudiese verte también. Te quería tanto. Algún día, te contaré cuánto.

En ese momento, un ruido captó su atención, miró hacia el lago y sonrió.

—Es él —le dijo al bebé—. El hombre de ayer.

Cristiano surcó el lago a gran velocidad y Mariella se preguntó si no tendría miedo a nada. El a se habría sentido aterrada.

Recordó cómo la había mirado con sus ojos marrones, con qué intensidad, y se le aceleró el corazón.

Esperaba poder volver a verlo. Quería saber más cosas de él. Que le hablase del pueblo y de sus habitantes. Que le contase a qué se

dedicaba, dónde vivía, qué le hacía reír. ¿Habría alguna mujer especial en su vida? El a pensaba que no, pero le habría gustado estar segura.

¿Habría lugar en su vida para el a?

Qué tonterías, sólo iba a estar allí unos días.

Al acercarse al pequeño muelle que había frente a su cabaña, Cristiano redujo la velocidad hasta detenerse. Luego, la miró. Mariella estuvo a punto de echarse a reír, sujetó a Dante con fuerza, y se acercó a él.

—Hola —le dijo—. Parece increíble. ¿Vas muy rápido?

—No mucho. ¿Quieres dar una vuelta? —le preguntó sonriendo de forma pícara, mirando al bebé.

—Con el bebé, no, muchas gracias. No le dejaré que se suba a una de ésas nunca.

—Tal vez cuando sea mayor —comentó Cristiano.

—Es demasiado peligroso. ¿No tienes frío?

La brisa le recordó a Mariella que era otoño, no verano, pero Cristiano la hizo entrar en calor con su mirada oscura. La atracción que había entre ambos la confundía. Nunca había sentido algo así por otro hombre. ¿Acaso Cristiano era diferente? ¿O era una reacción normal, después de varios meses tratando sólo con Dante?

—Tengo los pies congelados. Tengo que marcharme. ¿Vas a ir al pueblo hoy?

Mariella no lo había decidido hasta entonces.

—Sí, dentro de un rato. ¿Vas a ir tú? —le preguntó, dedicándole la mejor de sus sonrisas.

¿Estaba coqueteando con él? Sí, y se sentía estupendamente.

—Te invitaré a un helado —le dijo Cristiano mirándola a los ojos.

El a asintió.

—Gracias. No te caigas a la vuelta.

—De eso, nada —le dijo él antes de volver a arrancar la moto de agua y volver al pequeño puerto del pueblo.

El a lo siguió con la mirada hasta que dejó de verlo con nitidez.

—Bueno, vamos a volver a verlo —le dijo a Dante, volviendo con él a la cabaña. Estaba deseándolo.

Cristiano llevó la moto acuática hasta el atracadero y apagó el motor. Había vuelto a dejar la ropa encima de la moto, pero en esa ocasión no se la puso encima de la ropa mojada, sino que utilizó los baños públicos para cambiarse. Se negaba a reflexionar acerca de por qué había parado a verla. La había visto en el patio y no se había podido resistir.

Se vistió y guardó la ropa mojada en la parte trasera de la motocicleta. Tardaría sólo dos minutos en llegar a la plaza. Se detuvo a cierta distancia de allí, apagó el motor, se sentó en la moto y

observó a Mariella, que estaba hablando con el padre Andreas. Éste negó con la cabeza y sonrió al bebé, que estaba en la sillita.

En ese instante, el sol perdió fuerza. Cristiano recordó haber tenido al bebé en sus brazos, llorando. La pesadilla del humo, la oscuridad y los gritos lo invadió. Por un momento, volvió a estar allí, en los túneles del metro, esforzándose por respirar, por mantenerse en pie, por vivir junto a los dos niños, que eran demasiado jóvenes para morir.

Sintió el calor del fuego a su espalda. Oyó los gritos de otras personas que intentaban salir de aquel incendio, gritos de los que estaban muriendo. Podía oler el humo y el polvo, como lo hizo cuando su casco se rompió.

No podía respirar. No podía ver. ¿Dónde estaba la salida? ¿Dónde estaban el aire fresco, el sol y la vida?

Oyó un grito más alto que el resto. Notó un dolor en el tobillo y parpadeó. Bajó la vista y vio una pelota. Dos niños se acercaron corriendo, sus risas retumbaron en la plaza.

Miró a su alrededor. Mariella estaba empujando la sillita hacia él. El sol brillaba, no había nubes. Era una escena bucólica, de paz y tranquilidad, y de vida.

Respiró hondo y deseó poder pensar sólo en el presente. Había creído tener aquel os flashbacks bajo control. Lo había hecho desde que…

—Hola —lo saludó el a, sonriendo.

Nadie parecía haberse dado cuenta. Sólo él. Se le había pasado muy pronto. ¿Sería por Mariella?

No quería que el a lo supiera. Pasarían un rato juntos, disfrutarían de la compañía y luego él se iría a su casa, en la que estaba desde que había salido del hospital. Nadie de su familia sabía que sus heridas iban más allá del tobillo herido.

—¿Estás bien? —le preguntó Mariella.

—Claro —respondió él—. ¿Conoces al padre Andreas?

—Acabo de conocerlo. Le he enseñado la fotografía de mi amiga, por si la reconocía, pero no.

Se la sacó del bolsillo y se la enseñó también a Cristiano. Él la tomó. La sonrisa de aquel a mujer desconocida hizo que se le encogiese el corazón. No parecía ni siquiera de la edad de Mariella.

¿Sentiría ésta el mismo dolor que sentía él cuando pensaba en su amigo Stephano? ¿Habría intentado aprovechar mejor el tiempo con el a si hubiese sabido lo que le deparaba el futuro?

Si hubiese sabido él que Stephano iba a morir en la explosión, ¿habría actuado de otra manera los días anteriores? ¿O habría seguido dando por hecho que ambos vivirían siempre?

Había aprendido bien la lección. Nadie podía predecir el futuro.

Había que disfrutar la vida mientras se pudiese.

—No la conozco —dijo, devolviéndole la foto a Mariella—. ¿Cuándo estuvo aquí?

—No lo sé. Hace más o menos año y medio, es lo único que sé. Pensé que tal vez la reconociese alguien en alguna tienda o restaurante —se guardó la fotografía—. Por ahora no ha habido suerte.

—¿Qué vas a hacer si lo encuentras?

—Todavía no lo sé. El bebé debería estar con su familia. Espero que el padre tenga una gran familia que quiera a Dante. Tal vez no lo encuentre nunca, pero quiero poder decirle al niño algún día que al menos lo intenté.

—Tu familia puede ser la suya.

El a se encogió de hombros.

—No tengo familia. Ariana era lo más parecido a una hermana que he tenido. Nuestros padres habían muerto y ninguna de las dos teníamos más parientes. Tal vez sea una locura buscar a su padre, pero si fuese yo, me gustaría saber quién era. Y tal vez sea más fácil encontrarlo ahora que cuando Dante tenga veintiún años.

Cristiano no sabía cómo reaccionaría él si se enterase de que tenía un hijo cuando éste hubiese crecido.

En cierto modo, los recientes acontecimientos ocurridos en su familia se parecían un poco a la situación de Mariella. Él todavía no podía creer que su padre tuviese otros dos hijos, mayores que él, que habían crecido muy lejos de el os.

Pensó que él jamás dejaría a un hijo, si lo tenía. ¿Cómo había podido hacerlo aquel padre?

Puso la pata y se bajó de la moto.

—¿Le has preguntado a todo el mundo?

—Por el momento, sólo al sacerdote y al propietario de las cabañas.

—Ven, te invitaré a un helado y podrás preguntar allí. Creo que lo mejor será preguntar en restaurantes y tiendas, que es donde van los turistas.

—Tal vez, pero es posible que vinieran sólo un fin de semana en pleno verano —le dijo el a, empujando la sillita.

Hacía sol. El aire era fresco, pero agradable. Y estaba paseando al lado de un hombre guapo y atento. No quería hablar de Ariana. Quería saber más de Cristiano.

La heladería estaba completamente vacía.

—No es la mejor época del año para tomarse un helado. ¿Quieres otra cosa? —le preguntó él.

—No. Un helado estará bien. Le podré dar un poquito a Dante. Todavía no toma comida de verdad.

Pidieron los helados y volvieron a la plaza, a sentarse al sol.
—¿Has vivido aquí alguna vez? La gente te conoce —comentó Mariella.
—Mis abuelos eran de aquí. Tenían una casa cerca del lago. Vivimos con el os cuando éramos pequeños y mi padre estaba trabajando. En verano, íbamos a nadar al lago. A veces acampábamos en el bosque.
Observó cómo Mariella lamía su helado y decidió que la existencia solitaria que había llevado en los últimos meses había llegado a su fin. Hacía mucho tiempo que no se sentía normal. ¿Qué tenía aquel a mujer para cambiar eso? Podía olvidarse de sus pesadillas cuando estaba con el a.
Tal vez debiera llevársela a casa hasta que se rompiese el hechizo.
Pero había tenido un flashback un rato antes. Apartó la vista. No debía ir al pueblo. ¿Y si le daba un mareo? Tenía que superar aquel o antes de volver a recuperar su vida.
—Parece que lo pasaste muy bien aquí — comentó Mariella.
—Sí, fue una época muy feliz. Mi abuelo vivió bastante y formaba parte de este lugar. Le dio a nuestra niñez muchos momentos divertidos y emocionantes.
Le costaba pensar en el pasado cuando escuchaba la voz de Mariella, suave y musical.
—¿De ahí te viene la temeridad? —bromeó el a.
—¿Temeridad? —repitió Cristiano, olvidándose por un momento de dónde estaban y preguntándose qué pasaría si le daba un beso.
Mariella tenía los ojos brillantes y la nariz cubierta de pecas, besos del sol. Apartó la mirada de el a antes de hacer una tontería, como recorrerlas a besos. Acababan de conocerse. Era demasiado pronto para pensar en besos.
Pero, según fueron pasando los segundos, no pudo evitar pensar en el o. Deseó tomar su mano y sentir su suavidad. Sentarse más cerca para notar el calor de su cuerpo. Acercarse tanto que el a sólo pudiera verlo a él. Averiguar qué era lo que lo fascinaba de el a.
—Recorres el lago como si quisieras volar. A mí me parece una temeridad —le explicó Mariella, acercándose un poco más.
¿Sería recíproca la atracción? Cristiano respiró hondo, aspirando su olor suave a flores. Contuvo el aliento un instante para saborearlo. Luego lo soltó y negó con la cabeza.
—Yo no soy temerario. Tendrías que conocer a mi hermano Valentino. Él es el temerario de la familia.
El a señaló su motocicleta, aparcada al otro lado de la plaza.
—Ése es un medio de transporte peligroso.
—No, si sabes lo que haces.
—Háblame de cómo se vive aquí, sobre todo en verano —le pidió

el a.

Cristiano no quería hablar de sí mismo, quería saber más de Mariella, pero empezó a contarle cómo habían sido sus veranos jugando en el borde del lago, trepando por las rocas de la orilla y aprendiendo a nadar. Y luego las noches que había pasado con Valentino, merodeando por el bosque, sintiéndose valientes y mayores por estar haciéndole frente a la oscuridad.

El a rió al oír sus historias y de vez en cuando le pidió a Dante que dejase de escuchar, ya que no quería que le diese ideas. Cuanto más hablaba Cristiano, más liviano parecía el mundo. A él le gustó oírla reír. Y cuanto más reía, más extravagantes eran las historias que le contaba.

—Ahora, háblame tú de tus vacaciones —le pidió después de un rato.

Hacía mucho tiempo que se habían terminado el helado. El bebé se había quedado dormido y Mariella parecía contenta, allí sentada, al sol. Era como si hubiese llevado la luz del sol a la oscura vida de Cristiano.

—Siempre íbamos a lugares en los que se pudiese aprender historia. Mi padre era contable, pero le encantaba la historia. Así que fuimos a Pompeya y a Turín, a Florencia, por supuesto, y a Venecia —le contó, sonriendo al recordar.

Cristiano supo por su expresión lo mucho que había disfrutado de aquel as vacaciones.

—Ariana nos acompañaba cuando éramos adolescentes. Coqueteábamos con los gondoleros en Venecia. Aunque el os nos ignoraban —se echó a reír y, de repente, los ojos se le llenaron de lágrimas—. Teníamos que haber podido recordar todas esas locuras juntas, cuando fuésemos viejas. Es muy injusto que haya muerto.

Cristiano deseó reconfortarla, pero sólo el tiempo podría curar aquel dolor.

—Un amigo mío también falleció en mayo. La vida es muy injusta. Yo estoy soltero y tengo pocas responsabilidades, pero él tenía mujer y dos hijos. ¿Por qué él? Tenía que haber sido yo.

Mariella lo miró sorprendida.

—Nunca digas eso. La vida es un bien demasiado precioso. Hay que disfrutar de cada momento.

Tal vez todavía más, porque ahora estamos viviendo también por nuestros amigos.

Los recuerdos volvieron a amenazarlo y Cristiano sintió que debía marcharse antes de perder la compostura. Se levantó.

—Tengo que irme.

Cada vez le costaba más trabajo respirar. Se aferró al presente con desesperación.

—Gracias por el helado. Y por la conversación —le dijo el a.

Cristiano asintió y fue hacia su moto. No quería seguir jugando con fuego. Conocía sus límites, y ya los había superado. Era el momento de huir.

Arrancó la moto y miró a Mariella, que lo estaba observando con la cabeza ladeada, cómo preguntándose qué había pasado.

—Ven mañana —le dijo él.

El a sonrió y asintió.

Mariella observó cómo se marchaba Cristiano. Nunca había conocido a un hombre tan sorprendente. Había pensado que estaban charlando muy a gusto cuando él se había levantado y se había marchado. Intentó recordar qué había dicho para que hubiese tenido aquel a reacción.

Habían estado intercambiando recuerdos y el a había lamentado el hecho de no poder envejecer al lado de Ariana.

Era extraño que ambos tuviesen en común la pérdida de un amigo y, por un momento, eso la reconfortó. Cristiano podría entender la tristeza que sentía por la muerte de su amiga.

Esa noche, Mariella jugó con Dante hasta que el bebé se quedó dormido. Le estaban gustando aquel as vacaciones improvisadas. Seguía trabajando a deshoras para mantener contentos a sus clientes, pero podía pasar más tiempo con el niño.

No obstante, no podía permitirse el lujo de quedarse mucho tiempo en el lago Clarissa. Quería seguir buscando al padre de Dante antes de volver a Roma, así que al día siguiente seguiría preguntando por allí y, si no obtenía resultados, al siguiente se marcharía a Monta Correnti.

Después de trabajar, se le ocurrió buscar el nombre de Cristiano en Internet y descubrió que era bombero y que había estado en los atentados del mes de mayo en Roma. Y que era un héroe.

Había salvado siete vidas, entre el as la de un niño y un bebé a los que había sacado del túnel del metro, y había resultado herido.

Mariella leyó todos los artículos relativos al atentado. En esa época, el a había estado terminando los exámenes finales en Nueva York.

Ya había imaginado que Cristiano tenía un trabajo que requería un buen estado físico, porque era un hombre fuerte, musculoso y que estaba en forma. Y, cuando estaba a su lado, se sentía segura. Buscó una fotografía suya en la web, pero no la encontró.

Era tarde cuando apagó el ordenador. Comprobó que la puerta y las ventanas estaban bien cerradas y se dio cuenta de que hacía fresco en la cabaña. Encendió la calefacción y se preparó para meterse en la cama. Tapó a Dante, que estaba profundamente dormido, y se estremeció por el frío. El otoño había llegado de verdad. Al menos, el niño estaría calentito durante la noche y el a también, en cuanto se

metiese en la cama.

Cristiano se incorporó con brusquedad y se despertó al instante. Respiraba con dificultad debido a la pesadilla. Respiró hondo e intentó tranquilizarse. Estaba oscuro, como en el túnel después de los atentados. allí la única iluminación había sido la luz de su casco.

Apartó la sábana y se levantó, se acercó a la ventana y la abrió de par en par para que entrase el aire fresco. Respiró hondo. No había humo. No gritaba nadie aterrorizado. Sólo había campo.

Los árboles tapaban muchas estrellas. La luna estaba baja en el horizonte y su luz bailaba sobre el agua del lago.

Se aferró al alfeizar y luchó por olvidarse de la pesadilla. La había tenido muchas veces desde aquel fatídico día. Poco a poco el eco de los gritos fue atenuándose. El horror se desvaneció. Los suaves sonidos de la noche volvieron a aparecer.

Un rato después, fue a vestirse. Esa noche ya no podría dormir más.

Una vez abrigado, fue a por su motocicleta. Un paseo por las carreteras de montaña le despejaría la mente. Sabía que estaba intentando huir de sus demonios, pero nada le haría olvidar aquel día. Aun así, no podía seguir en casa ni un minuto más. Necesitaba respirar el aire fresco.

Iba a amanecer cuando volvió al pueblo. Pensó que una taza de café caliente le sentaría bien.

Estaba en la carretera que rodeaba el lago cuando lo olió.

Humo.

Se le hizo un nudo en el estómago. Por un momento, pensó que se lo había imaginado. Respiró hondo y, sí estaba en el aire. Donde había humo, siempre había fuego. Redujo la velocidad y miró a su alrededor. Nadie podía haber hecho una hoguera a esas horas, estaba casi amaneciendo. El olor se hizo más fuerte. Estaba hacia la izquierda, cerca del lago.

Por un momento, no supo qué hacer. Detuvo la moto y apoyó un pie en el suelo. Todos sus músculos estaban en tensión. No podía moverse, estaba paralizado. ¿Dónde estaban los bomberos del pueblo? ¿Por qué no había nadie? ¿Habría sonado la alarma?

De repente, el instinto hizo que volviese a moverse y arrancó la moto.

Vio una luz donde sólo debía haber oscuridad. Pisó el acelerador y pronto llegó a las cabañas de los Bertatali. La luz procedía de la última, ¡en la que estaban alojados Mariella y el bebé!

Hizo rugir el motor y tocó el claxon. En un segundo, vio luces en la casa de los Bertatali, pero él no se detuvo, esperó que el os también viesen el fuego y actuasen. Paró cerca de la cabaña, dejó caer la moto y corrió hacia la puerta. Por la ventana del salón vio que el interior

estaba en llamas.

El tejado estaba ardiendo también.

Corrió hacia la parte de atrás e intentó adivinar qué ventana era la del dormitorio. Golpeó el cristal, pero no obtuvo respuesta, así que se giró y buscó algo con que romperlo. Encontró una rama de árbol. Rezó por que el bebé no estuviese durmiendo debajo de la ventana y rompió el cristal.

El humo salió hacia fuera. A través de la puerta, se veían las llamas del salón.

—¡Mariella! —gritó, apoyándose en el alfeizar y apartando los cristales rotos, notando que se cortaba y tosiendo con el humo.

—¿Eh? —respondió una voz somnolienta. Cristiano entró y se dio cuenta de que tenía que darse prisa.

—¡Levántate! —gritó, cerrando la puerta del dormitorio de un golpe con la esperanza de que les diese tiempo a salir antes de que entrasen las llamas.

¿Dónde estaba Dante? Buscó al bebé a tientas y oyó un grito cerca de la pared. Tomó al bebé en brazos y volvió a buscar a Mariella, que no respondía a sus llamadas. ¿Se habría desmayado con el humo?

La encontró en la cama y la levantó en volandas.

—La cabaña está en llamas —le dijo.

Oyó sirenas. Por fin. El miedo lo paralizó. Oyó una explosión. ¿Se estaría cayendo el túnel?

¿Habría más bombas? ¿Por qué no funcionaba su mascarilla? Tosió y fue hacia la abertura con el a.

Oyó gritos de hombres y mujeres. El bebé se puso a llorar. ¿Dónde estaba el niño? ¿Dónde estaba Stephano? ¿Quién podía haber hecho algo así? ¿Cuánto tiempo les quedaba?

—¿Cristiano?

Oyó la voz de Mariella, que tosía.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el a.

—No lo sé. Sal.

Habían llegado a la ventana, la ayudó a salir y luego cruzó el alfeizar con Dante en brazos, sin dudarlo. Se oyó un estruendo; parte del tejado de la parte delantera acababa de derrumbarse. Ya fuera, Cristiano agarró a Mariella del brazo y la alejó de allí, con el bebé llorando en sus brazos. El pasado y el presente se hicieron uno. Cristiano no dejó de correr hasta que reconoció el lago.

Mariella seguía a su lado, tosiendo.

Los voluntarios del pueblo estaban de camino. Se oían las sirenas. Cristiano hizo un esfuerzo por mantener su mente en el presente y no revivir el terror del mes de mayo.

Unos segundos después se detenía frente a el os el camión de bomberos. Apoyado en un árbol, Cristiano observó el fuego. Esa

noche, el incendio no había terminado en tragedia.

—Todas mis cosas… —dijo Mariella, mirando hacia la cabaña—. Mi ordenador, mi ropa, la ropa de Dante. ¿Cómo ha podido pasar algo así?

Tenía lágrimas en los ojos. Volvió a toser.

Él la rodeó por los hombros con un brazo; el bebé lloraba en el otro.

—Sólo son cosas —le dijo—. El bebé y tú estáis a salvo, eso es lo importante.

Stephano y muchos otros no habían tenido tanta suerte.

Vio cómo el fuego devoraba la cabaña en cuestión de segundos. Notó que Mariella temblaba y se quitó la chaqueta para ponérsela por los hombros y, luego, le dio al bebé. Estaba descalza y debía de estar helada. Sin decir palabra, Cristiano tomó a ambos en brazos y fue hacia la casa de los Bertatali. Le dolía el tobillo izquierdo, pero se aguantó.

La señora Bertatali estaba en el porche con los ojos llenos de lágrimas. Cuando vio a Cristiano con Mariella y el bebé, se acercó corriendo.

—Gracias a Dios que están bien. Gracias, Cristiano. Dame al bebé —dijo—. ¿Qué ha pasado?

—No lo sé —respondió él—. Vi el fuego desde la carretera y me acerqué.

—Yo estaba dormida —comentó Mariella—. Cristiano me despertó. ¿Cómo pudo empezar el fuego? —preguntó, volviendo a toser con fuerza.

—Intenta respirar despacio. Has inhalado mucho humo.

—No sé qué ha podido pasar —dijo la señora Bertatali—. Paolo ha ido a ayudar a los bomberos.

El os nos dirán qué ha sido. ¿Te dejaste el horno encendido o algo así?

—No. Lo apagué todo después de cenar — contestó Mariella.

—Oh, tus pobres pies. Tienes cortes. Voy a buscar unas toallas para limpiarlos —exclamó la señora Bertatali, yendo hacia el baño con el bebé en brazos.

—Tuve que romper la ventana para entrar en el dormitorio. El salón estaba en llamas cuando llegué —le explicó Cristiano mientras dejaba a Mariella en una sil a y se arrodillaba para examinarle los pies. Sólo tenía un corte profundo, lo demás eran arañazos—. Creo que aquí vas a necesitar puntos.

Después llegaron más voluntarios y una ambulancia para llevar a Mariella y al bebé al hospital.

—Iré a veros —le dijo Cristiano.

Luego volvió a valorar el incendio y vio que la situación estaba

bajo control. Estaba empezando a tranquilizarse. Podía oír a Stephano llamándolo.

Fue por su moto y se alejó de allí, intentando huir del pasado.

CAPÍTULO 03

Una vez en la ambulancia, Dante siguió llorando hasta que Mariella lo tomó en brazos y lo acurrucó contra el a.

—Oh, cariño, hemos estado a punto de morir —le dijo con lágrimas en los ojos.

Tosió con fuerza. A pesar de la mascarilla de oxígeno que les habían puesto a ambos, le costaba respirar y notaba como si tuviese un gran peso sobre el pecho.

—Ya no tardaremos en llegar al hospital. Te limpiarán los ojos y te tendrán con oxígeno hasta mañana —le dijo con amabilidad el médico de la ambulancia, ofreciéndole un pañuelo para limpiarse las lágrimas.

El bebé se tranquilizó. El a le dio un beso en la mejilla y deseó poder relajarse como él y olvidarlo todo, aunque fuese sólo durante unas horas.

Una vez en el hospital, los recibieron varias enfermeras. Una tomó al bebé y le prometió a Mariella que cuidaría de él. Otra la ayudó a el a a sentarse en una sil a de ruedas y la llevó enseguida hacia la zona de urgencias, donde pronto le limpiaron las heridas de los pies y le dieron un par de puntos en el corte del pie izquierdo.

—¿Dónde está mi bebé? —preguntó Mariella.

—En pediatría. Le han puesto oxígeno. Ya lo han examinado y parece que está bien. Pronto podrás volver a verlo.

Mariella asintió. Ya lo echaba de menos. Necesitaba ver que estaba bien, pero tenía que tener paciencia. Por primera vez, tenía tiempo para pensar. Cristiano los había salvado. No tenía ni idea de por qué había estado allí en ese momento, pero le daba gracias a Dios por el o. Era un héroe. Si no hubiese sido por él, Dante y el a habrían muerto.

Un rato después la llevaron a ver al niño. Cuando por fin lo vio dormido, permitió que la condujesen a su propia habitación, donde insistió en darse una ducha rápida antes de tumbarse en la cama, con el oxígeno puesto, e intentar dormir. No obstante, no pudo dejar de preguntarse qué habría ocurrido si Cristiano no hubiese llegado, y cómo se habría originado el fuego. Tardó mucho tiempo en dormirse.

Al día siguiente, Mariella admiró por la ventana del hospital la belleza de todo lo que lo rodeaba. Los jardines daban a unas colinas y, más allá, apartado de su vista, estaba el lago. El pueblo estaba detrás de las colinas y no se veía humo en el cielo azul.

Todo el mundo seguía con su rutina. El a había perdido su ropa y su ordenador. Y su fotografía de Ariana. Dante sólo tenía el pijama que había llevado puesto la noche anterior. Su trabajo dependía de sus clientes, así que tendría que conseguir un ordenador lo antes posible. Tenía copias de seguridad de los archivos en casa, así que no tendría

que empezar de cero, pero aquel o le pondría las cosas más difíciles.

Estaba descansada después de haber dormido unas horas. Y necesitaba ser fuerte para seguir adelante. Tal vez debiese volver a Roma de inmediato, pero no sabía si tendría otra oportunidad para buscar al padre de Dante en el futuro.

A pesar del oxígeno, seguía costándole trabajo respirar. No obstante, le dieron el alta y le dijeron que volviese en un par de días para que le hiciesen una revisión.

Se fue directa a la zona de pediatría, cojeando un poco debido a las heridas del pie izquierdo.

Redujo el paso al ver a Cristiano observando a los bebés.

—¿Cristiano?

Él se giró y sonrió al verla.

—¿Cómo estás?

Mariella tosió y luego sonrió y se acercó más a él.

—Mucho mejor. Ya me dejan marcharme a casa —miró en la sala en la que estaban los bebés

—. ¿Está Dante aquí?

—No, aquí sólo hay recién nacidos. Mira qué pequeños son.

Mariella vio cuatro bebés y sonrió.

—Dante también era así cuando nació y mira lo grande que se ha hecho.

Él se giró y la estudió con la mirada.

—¿De verdad estás bien?

—Voy a estar bien enseguida. Vamos a buscar a Dante.

Iba vestida con la ropa que le había prestado la enfermera del turno de noche. Los pies no le dolían demasiado, pero tenía que quitarse aquel as zapatillas de estar por casa. Empezó a pensar en todo lo que tenía que hacer.

Al llegar a la zona de pediatría, la enfermera les anunció que le habían dado el alta a Dante también.

Mariella se acercó a su cuna y el niño la miró y levantó los brazos hacia el a, sonriendo. El a lo tomó y lo abrazó con fuerza. Estuvo a punto de echarse a llorar al pensar que podría haberlo perdido. Era su hijo. Lo quería. Su único vínculo con su amiga Ariana.

Se giró hacia Cristiano.

—No sé cómo darte las gracias por habernos salvado —le dijo, respirando hondo.

—Espero que te recuperes pronto. Yo también me alegro de haber estado allí.

—Y de haber sabido qué hacer. No quiero ni pensar en lo que podría haber pasado.

—No lo hagas. Salgamos de aquí —le dijo él—. No me gustan los hospitales.

Una vez fuera, Cristiano la condujo hacia un coche deportivo negro que había aparcado cerca.

—¿Tiene sillita para Dante? —preguntó Mariella.

—El hospital nos ha prestado una, ya la devolveremos cuando tengamos otra. Ahora, tenemos que ir a comprarte ropa. Aunque no quiero decir que no estés guapa con ese conjunto.

El a se echó a reír y volvió a toser.

—Gracias. No hay nada como un cumplido para subirle el ego a una mujer.

Colocó a Dante en la sillita. El niño parecía contento.

—Parece que está bien —comentó Mariella—. Ni siquiera tose.

Una vez con el niño bien sentado, se giró hacia Cristiano.

—Tengo miles de cosas que hacer. ¿Estás seguro de que quieres acompañarme?

—¿Quién va a hacerlo si no?

El a se mordió el labio y asintió. Sólo tenía amigos en Roma, así que estaba dispuesta a aceptar su ayuda.

—No tengo ningún documento, se me ha quemado todo. Y el dinero. Supongo que deberíamos ir en primer lugar al banco, a ver si me dan algo de dinero.

—Si no te lo dan, yo te lo prestaré. Sube al coche, hace mucho aire.

Quince minutos más tarde, Mariella estaba hablando con el director de una sucursal bancaria, contándole su caso. Dante estaba sentado en el regazo de Cristiano.

—Todo solucionado —les dijo el director por fin, colgando el teléfono—. Ahora le traerán el dinero y una chequera provisional. Le enviaremos otra a su casa.

—Muchas gracias —respondió Mariella.

Habían podido resolver todo gracias a que el director de la sucursal conocía a Cristiano y a su familia, y el a se sintió de nuevo agradecida.

Luego fueron a comprar un cochecito nuevo para Dante.

—Cómprale también algo de ropa. Yo me quedaré con él mientras tanto —sugirió Cristiano.

—Eres un santo por hacer todo esto por mí — le dijo el a—. No sé si podría hacerlo todo yo sola.

Cristiano alargó la mano y le apartó un mechón de pelo de la cara. Mariella sintió un escalofrío, sonrió con timidez y deseó agarrarle la mano para que le diese fuerzas, pero no lo hizo.

—Estoy seguro de que te las habrías arreglado sin mí, pero, estando aquí, ¿para qué vas a hacerlo todo sola?

El a asintió. Sabía que Cristiano estaba haciendo un esfuerzo por el a. La señora Bertatali había comentado que Cristiano no había salido

del lago Clarissa desde su llegada. Mariella no sabía por qué estaba haciendo una excepción con el a, pero estaba agradecida.

—Lo siguiente será la comida del bebé. Cuando tiene hambre, se pone a llorar sin parar.

Mariella disfrutó de las compras y de las bromas de Cristiano. Jamás se habría imaginado tan contenta después de la devastación del incendio.

Lo único malo del día fue su tos. Se compró ropa para un par de días, zapatos y unas cremas y maquillaje.

Pensó que debía volver a Roma, pero estaba disfrutando demasiado con Cristiano y no quería ser práctica en esos momentos.

Cristiano esperó delante del probador a que saliese Mariella. Dante ya había comido, le habían cambiado el pañal y estaba durmiendo en su cochecito.

Miró a su alrededor y se dio cuenta de que era el único hombre de la tienda, a excepción de un señor mayor que estaba con su esposa. Jamás habría imaginado que estaría allí, cuidando de un bebé en el mes de octubre, pero no podía dejar a Mariella y a Dante solos.

El a salió del probador con unos vaqueros que le sentaban de escándalo. La camiseta rosa de manga larga realzaba el color de su piel y hacía que sus ojos pareciesen de un gris más brillante.

Cristiano habría podido pasarse del día entero mirándola. Sus ojos parecían irradiar optimismo, ojalá le pudiese pegar algo a él.

—Ya tengo todo lo que necesito, sólo hay que pagarlo —le dijo sonriendo.

—Te esperaré aquí —le contestó él.

Mientras Mariella se alejaba, pensó que le gustaban las pecas que tenía sobre la nariz. ¿Le gustarían a el a también? Cuanto más la miraba, más atraído se sentía por el a. Era guapa, sexy y maternal. Le gustaba verla con Dante. El bebé también parecía estar fascinado con el a.

—Debe de ser cosa de hombres —murmuró Cristiano.

—Ya está todo —anunció Mariella poco después.

—Vamos a comer. Debes de tener hambre, después de tantas compras. Yo la tengo.

—Estupendo. ¿Adónde vamos? Ah, supongo que he hecho una pregunta muy tonta, seguro que comes siempre en el restaurante de tu familia.

A Cristiano el comentario le sentó como una bofetada. Hacía mucho tiempo que no estaba en Rosa.

—Había pensado en comer por aquí cerca. Rosa está en la otra punta. Luego tenemos que volver al lago Clarissa.

—¿Por qué? No tenemos donde quedarnos.

—Podríais quedaros conmigo —le dijo él.

Un segundo después de haber dicho aquello, se estaba preguntando si estaba loco. Había querido estar solo debido a los flashbacks. No quería que nadie conociese su secreto.

—Gracias, pero no podemos quedarnos contigo. Si los Bertatali tienen otra cabaña libre, tal vez nos quedemos un par de días. Aunque creo que deberíamos volver a Roma.

—No te marches.

—Bueno, tal vez estemos un par de días. Ya no tengo la fotografía de Ariana, ni tengo ordenador.

—Yo puedo dejarte uno.

El a sonrió despacio y Cristiano tuvo que hacer un gran esfuerzo para no darle un beso allí, en medio de la tienda. Contuvo la respiración y se obligó a apartar la mirada. ¿Es que se había vuelto completamente loco? Nunca había deseado tanto besar a una mujer.

—Entonces, me quedaré un par de días.

Cristiano no podía pedirle más. Al menos, todavía.

Cuando Cristiano entró en el pueblo pasando al lado del lago, Mariella se dio cuenta de que empezaba a estresarse. Cuanto más se acercaba a las cabañas, más miedo sentía, y se preguntó si volvería a dormirse sin temer que se desatase un incendio y se quemasen todas sus pertenencias.

Él detuvo el coche cerca de la residencia de los Bertatali. A la luz del día se veían bien los escombros de la cabaña. ¿Cómo había empezado el fuego?

La *signora* Bertatali debió de oírlos llegar, porque abrió la puerta enseguida y se acercó a Mariella.

—Ah, *signorina* Holmes. Ha vuelto —le dijo, abrazándola, con el bebé y todo—. Gracias a Dios.

Y el bebé, ¿está bien?

Después saludó a Cristiano e insistió en que entrasen todos.

—Nos sentimos muy consternados por el incendio. Cuando pienso en lo que podría haber pasado si no hubiese sido por la rápida intervención de Cristiano. Le daremos alojamiento gratuito, insistimos. Es inaceptable que haya ocurrido algo así. El jefe de bomberos piensa que fue la calefacción. Están examinando todas antes de asignarle otra cabaña. Cuando pienso en lo que podría haber ocurrido…

—Estamos bien, *signora*.

Cristiano asintió.

—El seguro lo cubrirá todo. Por favor, quédese unos días más. No queremos que se marche del lago Clarissa con ese recuerdo. Permita que la compensemos. Le garantizo que la cabaña en la que se aloje será completamente segura. Por favor, quédese.

Mariella miró a Cristiano.

—Un día o dos —accedió.

—Estoy tan contenta de que su bebé y usted estén bien. Venga, voy a preparar un té. Por favor, venga a la cocina y siéntese.

La *signora* Bertatali fue de un lado a otro sin dejar de hacer preguntas.

—¿Cómo pudiste ver el fuego desde la casa de tu abuelo? —le dijo a Cristiano.

Él le explicó que había pasado por allí en moto y Mariella se preguntó qué haría paseando a esas horas. Aunque, en realidad, daba igual. Gracias a él estaban bien.

La *signora* Bertatali les sirvió el té y se sentó a la mesa con el os. Dante empezó a protestar y Mariella le preparó un biberón.

—Dame —le dijo Cristiano—. Tú tómate el té.

Y tomó al pequeño en brazos. Por un momento, recordó al niño al que había rescatado unos meses antes y se preguntó qué tal estaría. Tendría que averiguarlo.

—Gracias.

—Y tu familia, Cristiano, se sentirá muy orgullosa cuando se entere de lo de anoche. Después de lo de los atentados de Roma. Se me ponen los pelos de punta cuando lo pienso.

Él no respondió. No le importaba que su familia no se enterase de lo de la noche anterior.

Estaba contento por haber sido capaz de actuar tal y como debía hacerlo. Sólo había temido por las vidas de la mujer y el niño.

Después de dar el biberón a Dante y de cambiarle el pañal, la *signora* Bertatali los llevó a la cabaña que estaba justo al lado de la casa. Cristiano descargó el coche y llevó allí todas las compras de Mariella.

Ésta, que estaba demasiado cansada para pensar, le dio las gracias y lo vio marchar, luego se dejó caer sobre la cama y se tapó con una manta. Antes de que le diese tiempo a repasar todas las cosas que tenía que hacer, se quedó dormida.

A la mañana siguiente, Cristiano se sentó en el patio empedrado a leer el último manual que le había enviado su superior. Todavía estaba de baja y tenía tiempo de sobra para repasar todos los documentos que le iban mandando para mantenerlo al corriente de todo.

Oyó un ruido y levantó la vista. Se quedó sorprendido al ver a Mariella avanzando por el camino de grava. El sol hizo brillar su pelo. Llevaba puestos unos pantalones oscuros y un jersey, aunque hacía calor para ser octubre. Cristiano no había esperado verla allí. ¿Cómo habría encontrado la casa?

— *Buon giorno* —lo saludó el a.

—Hola —respondió él, levantándose y dejando el manual boca abajo encima de la pequeña mesa.

No había esperado que Mariella recorriese todo el camino andando, con el pie herido, y ¿dónde estaba el bebé?

—Vengo a darte las gracias por habernos salvado —le dijo.

—Ya me las diste ayer —le recordó él, observando cómo se acercaba.

—Ya lo sé, pero quería volver a verte — confesó el a, sonriendo con timidez.

Por un momento, Cristiano se sintió eufórico. Luego su sentido común se puso a funcionar.

Había sido él quien le había pedido que se quedase en el lago Clarissa y el a lo había hecho. En esos momentos, debía de estar preguntándose por qué.

Miró a su alrededor. Al sol hacía calor, pero el patio estaba a la sombra y allí hacía más fresco.

—¿Quieres beber algo? —le preguntó a Mariella.

Desde que había llegado, no había entrado nadie a la casa, así que le resultó extraño invitarla.

—Un vaso de agua. Hace más calor de lo que pensaba y el camino ha sido largo.

—Sobre todo, con un pie herido.

El a levantó la pierna un poco e hizo girar el pie en cuestión.

—La verdad es que no me molesta tanto.

Él miró su pie y fue subiendo la mirada hasta las pecas de la nariz. Los ojos estaban más grises que la otra noche. El sol se reflejaba en su pelo, de color miel con algunas mechas casi blancas.

Cristiano deseó acariciárselo para ver si era tan suave como parecía. Pasar los dedos por las pecas que salpicaban su rostro. Besarla y sentir cómo aumentaba el deseo de estar con una mujer bonita. Demostrarse que seguía vivo, sano y normal.

Resistió la tentación. ¿Se atrevía a arriesgarse?

Todas las células de su cuerpo deseaban entrar en contacto con el a. Nunca era fácil contener la tentación. Disfrutó de aquel a sensación, del deseo, de la atracción. Después de meses solo, era como despertar, como si su cuerpo volviese a estar vivo después de una larga enfermedad. Qué ironía, sentirse atraído por una mujer por primera vez en mucho tiempo y no atreverse a dar un paso al frente.

—El agua está en la cocina —le dijo.

Mariella ladeó la cabeza y sonrió.

—Suele ser así.

Él la condujo a través del salón a oscuras hasta la cocina. Abrió el armario y se quedó mirándolo. No había vasos.

El a lo siguió, mirando a su alrededor con curiosidad. Cristiano se dio cuenta de que había platos sucios en la pila.

Oyó una risa a sus espaldas y, al girarse, vio a Mariella tapándose

la boca. Él frunció el ceño; sabía perfectamente lo que estaba pensando.

—Había visto casas de estudiantes así. ¿O es cosa de hombres? —preguntó divertida.

—Dante lo comprendería —respondió él, viendo un vaso en la encimera. Lo fregó en un momento, se lo lleno de agua y se lo dio.

Su hermana lo habría matado si hubiese visto la cocina así. Su padre se habría quedado sin habla. Luca siempre había sido muy exigente en la cocina de Rosa.

Mariella aceptó el vaso con una sonrisa.

—Gracias. No pretendía ofender —dijo. Se bebió el agua de un trago y le pidió un poco más.

Cristiano volvió a llenarle el vaso. El a tosió hasta que tuvo lágrimas en los ojos y se bebió el segundo vaso más despacio. Volvió a mirar a su alrededor y sonrió.

—He estado recuperándome —gruñó él, deseando dejarle claro que no solía vivir así.

—Lo siento. Además, me has salvado la vida. No puedo creer que la cabaña ardiese con tanta rapidez.

—Todo depende del combustible y de las condiciones de seguridad —le dijo él—. ¿Qué tal el niño?

—Bien. Los Bertatali están intentando complacernos lo máximo posible. ¿Sabías que tenían tres hijos mayores? A el a le encantan los bebés y me ha pedido que le dejase a Dante un rato. Y su marido se ha ofrecido a llevarme a pescar al río.

—Se dedica a llevar a los turistas en el verano. Hazlo si tienes la oportunidad, te gustará.

—Umm, tal vez, pero me parece que hace demasiado frío para ir en barco.

—Cuando quieras marcharte, te llevaré yo a casa, para que no fuerces ese pie.

—No quiero molestarte, sólo he venido a darte las gracias. Eres un héroe.

—No, no lo soy —la contradijo, pensando que, si supiese la verdad —. Te llevaré.

La moto estaba en la parte trasera de la casa. Detrás de el a había una pequeña construcción con la puerta cerrada.

Mariella lo siguió.

—Podría venir mañana y limpiarte la cocina. Como muestra de mi agradecimiento. Cristiano negó con la cabeza.

—No hace falta.

Arrancó la moto y la ayudó a subir. Le pidió que se agarrase con fuerza, sin pensar que lo afectaría tanto que lo abrazase por la cintura. Mariella tenía el cuerpo apoyado en su espalda, Cristiano cerró los

ojos y disfrutó de la sensación. Deseó girarse y darle un beso.

—¿Cuánto tiempo va a quedarse la señora Bertatali con Dante? —le preguntó.

—No me ha puesto un límite.

—¿Quieres que volvamos a casa por el camino más largo?

—Claro.

—¿Estás suficientemente abrigada?

—Sí.

Cristiano puso la moto en marcha, acelerando al llegar a la carretera. Fue en dirección opuesta al lago, por la carretera que le gustaba recorrer cuando quería huir de sus fantasmas, que atravesaba el bosque.

De vez en cuando veían el lago, brillando a lo lejos y reflejando como un espejo el cielo y el bosque.

A Mariella le encantó el paseo. Se sentía libre y, después del incidente del incendio, estaba más atenta a todo, era como si lo viese con una luz distinta.

Y todo gracias a Cristiano, que los había salvado y que el día anterior los había acompañado de compras.

Aunque lo que más le había gustado a Mariella había sido que le pidiese que se quedase.

Cristiano redujo la velocidad y salió de la carretera para llegar a un claro.

—¡Vaya! —exclamó el a la ver las vistas.

Él detuvo el motor. El silencio era absoluto. Solamente se oía el susurro de la brisa entre los árboles.

—Es precioso —añadió Mariella en voz baja, para no estropear el momento.

—Podemos dar un paseo hasta el borde del lago, si quieres —le sugirió Cristiano.

El a se bajó de la motocicleta y lo esperó. Luego anduvieron hacia el borde. Mariella se sentó en una rama que había al sol y Cristiano se sentó a su lado.

Durante unos segundos, ninguno de los dos habló, luego él comentó en voz baja:

—Vengo aquí cuando necesito escapar.

—Es un lugar especial —dijo el a—. Ojalá yo también tuviese uno. A veces me siento superada, entre Dante y el trabajo. Me gustaría tener un lugar al que poder ir simplemente a sentarme.

Él asintió.

—Tal vez sea eso, aquí puedo ser yo mismo.

El a lo miró con la cabeza ligeramente ladeada.

—¿No puedes ser tú mismo en todas partes?

—La gente siempre espera determinadas cosas —respondió él.

—Y uno siempre intenta estar a la altura —le dijo el a suspirando —. Debe de ser por eso por lo que siento que soy tan inepta con Dante. Me gustaría ser como mi madre y no lo soy.

—Seguro que el a tampoco sabía tanto cuando tú tenías seis meses. Mariella lo pensó. ¿Habría aprendido su madre también sobre la marcha?

—Tal vez tengas razón, pero tengo la sensación de que siempre sabía qué decir, cómo explicar las cosas.

—Tú eres una buena madre para Dante. No dudes de ti misma.

De repente, Cristiano le tomó la mano y entrelazó los dedos con los de el a.

—Es precioso en invierno, cuando parece que han espolvoreado azúcar glas sobre los árboles.

Ahora están cambiando de color, pero en primavera volverán a estar verdes.

—Gracias por haberme traído aquí —le dijo el a, que se sentía como si hubiese dejado atrás todas sus preocupaciones.

Pasearon despacio hasta que el sol empezó a ocultarse entre los árboles y la temperatura comenzó a bajar.

—Es hora de marcharse —anunció Cristiano.

Mariella asintió, aunque no quería que la tarde terminase nunca. Jamás la olvidaría.

Cristiano la llevó al pueblo a comprar unas cosas para Dante.

—Gracias por traerme —le dijo Mariella, bajando de la moto y dándole un beso en la mejilla—.

Hasta pronto.

Cristiano la vio alejarse, tan viva y feliz. No quería pensar en lo que podía haber pasado la noche anterior.

No obstante, se sentía como un impostor. No era un héroe. Jamás le contaría, ni a el a ni a nadie, el miedo que tenía ni las pesadillas que lo asaltaban desde el mes de mayo, día y noche.

¿Por qué no podía sacarse aquel as imágenes de la cabeza? A veces pasaba varios días sin tenerlas y, de repente, volvían a aparecer.

No obstante, la otra noche había sido capaz de actuar de manera normal. Tal vez estuviese empezando a superarlo.

Mariella entró en la tienda y miró hacia atrás. Cristiano estaba sentado en la moto, mirando hacia la puerta. ¿La estaría viendo? El a tenía el corazón acelerado. Era la primera vez que montaba en moto y no había pensado que la sensación de ir agarrada a él sería tan íntima.

Se preguntó si tendría la oportunidad de volver a hacerlo, de ir a aquel lugar tan especial. La vida le parecía muy dulce ese día.

Tenía mucha curiosidad por él, por saber más de las heridas de las que había estado recuperándose, aunque a el a le parecía que estaba fuerte y en forma.

No obstante, había perdido todas sus pertenencias y tendría que volver a Roma lo antes posible para intentar retomar su vida.

Volvió a casa con dos bolsas llenas de comida y con un ramo de flores para la señora Bertatali, para agradecerle que se hubiese quedado con Dante toda la tarde. No le gustaba que se sintiesen tan culpables por el incendio, no había sido culpa suya. Además, todo estaba solucionado, salvo la pérdida de su ordenador.

¿Habría algún lugar en el pueblo en el que pudiese utilizar uno? También podía aceptar el ofrecimiento de Cristiano y utilizar el suyo. Eso sería lo más sencillo.

A la mañana siguiente, después de recoger la cabaña y bañar y vestir al bebé, Mariella decidió ir a casa de Cristiano.

Hacía un día parecido al anterior, soleado y agradable. Las hojas de los árboles habían empezado a cambiar de color. Mariella respiró el aire fresco. ¿Cómo sería vivir allí todo el año?

Aquel lugar no se parecía en nada a Nueva York, que era donde había pasado los últimos cuatro años.

También era distinto de Roma, pero allí tenía su hogar.

Tomó una curva y vio la casa.

Cristiano no estaba en el patio esa mañana. Mariella fue hasta la puerta principal y llamó.

Él abrió y se mostró sorprendido al verlos, pero su expresión se suavizó al mirar al bebé.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —preguntó, sonriéndole al niño.

—He venido porque necesito utilizar tu ordenador para ponerme al día con mis clientes.

—Entra.

Cristiano le abrió la puerta de par en par y el a empujó la sillita.

—Está muy oscuro —comentó el a cuando llegaron al salón—. ¿Por qué está todo cerrado?

Él miró a su alrededor, como si acabase de darse cuenta de que todas las cortinas estaban echadas.

—Porque me apetecía estar así.

—Qué raro.

—Las cortinas ayudan a aislar las ventanas.

—No hace tanto frío.

Él la miró fijamente unos segundos y luego se encogió de hombros.

—Voy a por el ordenador.

Cinco minutos después, Mariella estaba encendiendo el ordenador encima de la mesa de la cocina. Cristiano no tenía conexión rápida a Internet, pero conectó el aparato a la línea telefónica.

Cuando hubo comprobado que funcionaba bien, la dejó sola.

Mariella miró a su alrededor. Le gustaba aquel a casa antigua, con encanto. Al fondo había una enorme chimenea de piedra. Podía

imaginársela funcionando en invierno. Era una cocina muy acogedora. En la mesa de madera había sitio para una familia de ocho personas. El suelo de piedra también era frío, pero con unas alfombras podía ser cómodo en los meses de invierno.

Pero el a no pasaría nunca el invierno en el lago Clarissa y, durante unos segundos, se sintió decepcionada por el o.

CAPÍTULO 04

Dante se puso nervioso. Mariella le preparó un biberón y lo tomó en brazos. No quiso sentarse en una de las sil as de madera de la cocina, así que entró en el salón. Pensó que le gustaría limpiarlo y, al menos, abrir las cortinas para disfrutar de las estupendas vistas.

Se sentó en una mecedora, le dio el biberón a Dante y, tal vez gracias a la oscuridad, el niño se quedó dormido nada más terminar.

Mariella se quedó con él en brazos, saboreando el momento. Volvió a preguntarse si, cuando fuese mayor, se parecería a su amiga Ariana o a su padre. Las lágrimas amenazaron de nuevo con anegarle los ojos, como ocurría siempre que pensaba en su amiga.

Cristiano entró en el salón.

—¿La hora del almuerzo? —preguntó, observándolos. Se sentó en el sillón que había al lado de la mecedora.

—La hora del biberón de media mañana —le dijo el a—. Lo pondré en la sillita y nos marcharemos cuando se despierte. Tengo que terminar unas cosas de trabajo. Gracias por dejarme el ordenador. No te molestaremos.

Se levantó y dejó al niño con cuidado en la sillita. Lo tapó con una manta.

—No me molestáis. Termina de trabajar y quédate a comer.

Cristiano sabía que se estaba aferrando desesperadamente a una ilusión, pero no quería verla partir. Quería hablar con el a, verla reír. Averiguar qué le gustaba y qué no. Y besarla.

Se dio cuenta del camino por el que iban sus pensamientos y apartó la mirada de el a.

—Después del incendio, me he preguntado qué ocurriría si me pasase algo. ¿Quién cuidaría de Dante? —comentó Mariella.

La madre de Cristiano había fallecido cuando él era pequeño. Todavía recordaba su sonrisa y el olor de su perfume. El amor casi tangible que le había dado. Uno nunca se acostumbraba del todo a la pérdida de un padre. ¿Se había sentido su padre como se sentía Mariella? ¿Se habría preocupado por sus hijos si algo le pasaba a él? No obstante, no era lo mismo. La hermana de su padre vivía en Monta Correnti y, durante casi toda su niñez, el abuelo de Cristiano había vivido allí, con el resto de su familia. Siempre había tenido a alguien cerca, pero, aun así, nunca había conseguido superar la muerte de su madre.

—Mi madre también falleció —dijo muy despacio.

—¿Pero tu padre no?

—No, mi padre está bien.

O eso suponía. De lo contrario, alguien se lo habría contado.

Aunque no había estado muy receptivo con su familia desde que estaba en el lago Clarissa.

Los flashbacks llegaban sin aviso, así que no podía estar con personas que lo conociesen bien, se darían cuenta de cómo estaba. Tenía que vencer aquel o.

Mariella lo miró como si esperase que dijese algo más.

Él la miró también mientras se preguntaba si por fin estaba saliendo de aquel o. Había actuado correctamente durante el incendio, no había vuelto a tener pesadillas.

Respiró hondo, inhalando el dulce olor de Mariella. No podía enamorarse de el a.

—¿Eres el hijo mayor?

—Sí, luego está Isabel a, que es muy mandona. Mi madre murió cuando éramos niños y fue el a la que asumió todo el peso de la casa e intentó mantenernos a raya.

Por un momento, recordó los días felices que había pasado en aquel a casa, jugando en el lago, con su familia.

—¿Y tus hermanos todavía viven por aquí cerca?

—Isabel a sigue en Monta Correnti y, Valentino, también —contestó él sonriendo.

—Así que os veis mucho. Debe de ser bonito. Yo soy hija única.

Cristiano no respondió. No los había visto desde que habían ido a visitarlo al hospital, después de los atentados. Había estado ingresado mucho tiempo y se había perdido la boda de su hermano y la de su prima Lizzie. Después, cuando le habían dado el alta, Isabel a lo había llamado muchas veces, pero él había dejado que fuese el contestador quien respondiese.

En los últimos meses habían pasado muchas cosas en su familia, incluida la revelación de que su padre tenía dos hijos gemelos, mayores que él, de un matrimonio anterior. Él todavía no sabía qué pensar al respecto. Todavía no conocía a los gemelos, que se habían criado en Estados Unidos. Era extraño pensar que compartían padre.

Por el momento, las excusas que había ido poniendo no habían levantado sospechas, pero se le estaba acabando el tiempo. ¿Hasta cuándo podría ocultar su problema a su familia? Quería que su vida volviese a ser como antes.

De niño le había encantado aquel lugar, así que había decidido ir a descansar allí. Pero esconderse no había cambiado las cosas.

—Me encanta esta habitación. ¿Utilizáis la chimenea cuando hace frío? —preguntó Mariella al volver a la cocina.

—Por supuesto. Es la principal fuente de calor —le respondió él.

Recordaba haber pasado muchos días lluviosos de otoño delante de la chimenea, jugando con sus hermanos. Hacía meses que no veía a su hermano y, de repente, se dio cuenta de lo mucho que lo echaba de

menos.

Cristiano la siguió hasta la cocina. El a se sentó frente al ordenador y comprobó su cuenta de correo. Él se acercó a la pila y miró por la ventana que había encima. Las vistas de la parte de atrás daban a las colinas, que ofrecían paz y serenidad. El color de los árboles presagiaba la llegada del invierno. Cinco meses antes había estado trabajando en Roma, contento con su vida, con sus amigos. En esos momentos, se había convertido casi en un ermitaño, su mejor amigo había muerto y su trabajo pendía de un hilo.

Pero las colinas seguían en el mismo sitio año tras año. Cristiano se preguntó si podría recuperarse del todo. ¿O sería el momento de pensar en otro modo de ganarse la vida?

—Ya está —anunció Mariella unos segundos después.

Él se giró a mirarla.

—Casi no tenía mensajes. Les he mandado una nota a dos clientes, diciéndoles que tardaría un día o dos más en contactar con el os. Mañana intentaré comprarme otro ordenador. Tal vez en Monta Correnti.

—Pensé que estabas de vacaciones.

—Y lo estoy, pero tú también estabas de baja y entraste en la cabaña al ver el fuego. No lo olvides. ¿Tienes una impresora?

—Aquí, no. ¿Por qué?

—Quería imprimir una fotografía de Ariana. La que traje se quemó en el incendio.

—Yo no tengo, pero hay una cafetería en Monta Correnti, cerca de la plaza, en la que puedes conectarte a Internet e imprimir lo que quieras.

El a apagó el ordenador y lo cerró.

—Entonces, iré allí. Gracias por dejarme utilizar tu ordenador hoy —apoyó la espalda en el respaldo y lo miró—. Dime, ¿cómo es que te hiciste bombero? Me parece uno de los trabajos más peligrosos que existen.

—Me gusta poder cambiar las cosas —le contestó él.

Era una respuesta preparada. No quería pensar en los distintos motivos por los que había elegido aquel a profesión.

El a sonrió. Le brillaban los ojos, lo mismo que el pelo.

Cristiano deseó una vez más tocarle la melena y sentir su calor. Le ocurría cada vez que la veía, no lo podía evitar.

—¿Tu padre no quería que hicieses otra cosa? —le preguntó Mariella.

—Es probable, pero nunca nos dijo nada a ninguno. Mi hermana trabaja con él en el restaurante familiar y mi hermano Valentino va por casa todavía menos que yo.

—¿Eres hermano de Valentino Casali? ¿El piloto? —inquirió el a

sorprendida.

Cristiano asintió. Sabía que Valentino tenía fama de ser un hombre temerario. Por vez primera, se preguntó si la decisión de ambos al elegir trabajo habría herido a su padre. Luca estaba muy orgulloso de Rosa. Era un buen restaurante, pero Isabel a había sido la única que había decidido seguir su camino.

—Se ha casado hace poco, lo he visto en alguna parte —comentó el a—. No pensé que fuese de los que se casaban.

Cristiano se encogió de hombros.

—¿Y cómo son para ti los que se casan?

—Personas fieles.

—Valentino es muy leal. Siempre será fiel —le dijo Cristiano enseguida.

—Yo quiero que mi marido esté en casa más de lo que parece estar él. Y sano y salvo.

—Tal vez ahora que tiene una esposa, cambie. La gente cambia, no sé si lo sabes —el a asintió

—. ¿Qué más atributos buscas en un marido?

Mariella frunció el ceño, pensativa, durante un instante.

—Que sea divertido, con quien se pueda hablar y compartir muchas cosas. Me gustaría tener un marido que quiera las mismas cosas que quiero yo.

—Parece que le has dado muchas vueltas al tema —comentó él.

—Ariana y yo hablábamos mucho acerca del hombre de nuestros sueños. El suyo, al parecer, no fue el soñado.

—¿Y tú?

—No lo he conocido todavía. ¿Qué haces aquí todo el día? No trabajas. No tienes televisión, parece.

—Hago cosas —contestó él, pensando en contarle lo que hacía con la madera. Tal vez se lo enseñase más tarde—. ¿Y tú? ¿Siempre quisiste ser asistente virtual?

A Cristiano le parecía un trabajo extraño para una persona tan efervescente como el a. Se la imaginaba mejor trabajando en el seno de un equipo, no sola en casa.

—Cuando estaba en la universidad, en Nueva York, planeaba montar una empresa de marketing al estilo americano. Pero entonces murieron mis padres, y luego Ariana. Las cosas cambiaron mucho y no podía dedicarme a la empresa y a Dante. Tal vez lo haga algún día.

—Me ha parecido oír al bebé —dijo Cristiano.

Mariella se incorporó de un salto y fue a ver a Dante. Dos minutos más tarde, volvía con la sillita.

—Estaba dando patadas y diciendo algo. Estoy deseando que empiece a hablar.

—Voy a preparar la comida. Vas a probar una de las mejores salsas

marineras del mundo.

—¿La has preparado tú?

—No, mi hermana me manda paquetes con comida. Y yo la congelo. No tardaré en hacer la comida.

—Mientras le daré a Dante de comer.

—¿Otra vez?

—Come mucho, por eso está creciendo tanto.

Cristiano sacó la salsa del congelador y la puso en una sartén. Pronto empezó a hervir a fuego lento, mientras se cocía la pasta. Vio cómo Mariella le daba la comida a Dante mientras él cocinaba. Por primera vez en meses, se sentía optimista, como cuando cocinaba para sus amigos.

A Stephano le había encantado aquel a salsa, así que Cristiano lo había invitado, junto con su familia, muchas veces a cenar.

Por una vez, el recuerdo de su amigo no le dolió tanto. Era un recuerdo agridulce de una época que ya no volvería. Echaba de menos a Stephano y era probable que siempre lo hiciera.

Pero la vida continuaba. Stephano amaba tanto la vida que habría ido al lago Clarissa a hacerlo entrar en razón si se hubiese enterado de que había ido allí a esconderse.

Aunque los flashbacks eran reales.

La risa de Mariella lo sacó de sus pensamientos y levantó la vista. El bebé tenía algo por la cara y lo estaba ensuciando todo con las manos.

—¿Qué es eso?

—Una papilla de avena que me ha recomendado el pediatra, pero creo que no ha sido buena idea.

—Eh, pequeño, ¿quieres probar la salsa de mi papá?

—Ni siquiera tiene seis meses todavía. Es demasiado pequeño.

—Probarla no le hará daño —dijo Cristiano hundiendo el dedo meñique en la salsa caliente y acercándose al bebé.

Dante le agarró la mano y se la llevó a la boca. Mariella y Cristiano se echaron a reír al ver cómo fruncía el ceño.

—Tal vez vaya tomándole el gusto con el tiempo.

El bebé había comido ya, así que Mariella lo dejó en el suelo, encima de una manta, mientras Cristiano servía la comida.

—Vaya, creo que ha merecido la pena la espera —comentó el a después de probarla—. ¿Qué la hace tan deliciosa?

—Es un secreto de familia —le respondió él.

—Ah, estoy segura de que Rosa tiene lista de espera todas las noches para cenar.

—Con la crisis, las cosas están revueltas, pero creo que no va mal —comentó Cristiano.

No obstante, su hermana le había hecho un comentario que le

había hecho pensar lo contrario.

Tendría que ver qué ocurría. Si había algún problema, tal vez él pudiese ayudar. Tenía dinero ahorrado.

—La gente gasta menos dinero, pero una buena comida siempre merece la pena.

—Mi hermana lleva un tiempo insistiendo en hablar conmigo acerca de la situación, pero es su trabajo, no el mío. Decida lo que decida, me parecerá bien.

—Pues yo espero que decida seguir preparando esta maravillosa salsa. ¿La vende en tarros? —

Cristiano negó con la cabeza—. Pues creo que debería hacerlo. Tal vez pudieses sugerírselo. Podría venderla por Internet. Estoy segura de que la gente la pagaría muy bien. Es evidente que se puede congelar. Me pregunto si también se podría exportar.

—¿Siempre eres tan comercial? —el a asintió, pero siguió pensativa—. Me contaste que habías ido a la universidad en Nueva York. ¿Cómo fue la experiencia? ¿Por qué allí?

—Mi padre era norteamericano, pero llevaba años viviendo en Roma. Siempre pensó que algún día estudiaría en su país, así que, después de su muerte, decidí marcharme para no tener que lidiar con los recuerdos que tenía en Roma.

—Pero ahora vuelves a vivir en Roma, ¿no?

—Soy italiana, igual que Dante. No nos ata nada a Nueva York. Cuando sea mayor, lo llevaré y le enseñaré la ciudad. Es fantástica, pero allí no me siento como en casa.

Mariella levantó la vista.

—Creo que es estupendo que crezca en Roma, pero también me pregunto si no sería todavía mejor que creciese en un pueblo, donde yo tuviese más ayuda. No es fácil ser madre soltera, y yo he perdido el contacto con casi todos mis amigos del colegio.

Y había perdido a su mejor amiga, recordó Cristiano.

—Yo estaba deseando irme a vivir a Roma. Es una ciudad más emocionante, hay más cosas que hacer.

—Sí, pero cuando estás mal, vuelves a casa. Y en Roma no hay estas vistas. Puedes sentarte en el patio, ver el lago, las colinas. Es fantástico.

—Pero hay pocas oportunidades para la gente joven.

—Eso depende de lo que uno busque. Yo tengo trabajo, un hijo. No es como cuando estaba soltera y libre.

Mariella volvió a sonreír y a Cristiano le llamó la atención que pareciese tan contenta. Daba la sensación de no tener ni una preocupación, aunque él sabía que no era así. ¿Cuál era el secreto de aquel optimismo?

Para empezar, no tener un trastorno por estrés postraumático.

—Creo que esta tarde voy a llevar al niño a dar un paseo por el lago. ¿Te apetece acompañarnos?

—¿No crees que hace demasiado frío para él? —preguntó Cristiano.

—Al sol estará bien, estoy segura de que tú has ido en todas las épocas.

—El lago está bonito en cualquier momento del año. Ya hace un tiempo que se me rompió el tobillo, pero todavía me estoy curando. Cuanto antes lo haga, antes podré volver a trabajar.

¿Quieres montar en la moto acuática?

El a se echó a reír y negó con la cabeza.

—No, gracias. Me conformo con sentarme en un banco.

CAPÍTULO 05

Cristiano los llevó de vuelta al pueblo en coche y dieron un paseo con el bebé cerca del puerto deportivo.

Había llevado una manta, así que tumbaron a Dante y, cuando se enfadaba, Mariella lo sentaba.

Ya casi se mantenía sentado solo. Estuvo mordiendo sus llaves de plástico y tirándolas. Mariella se las daba y él las volvía a tirar.

Así una y otra vez.

Cristiano se tumbo a su lado, riendo con las gracias del bebé. Mariella le lanzó las llaves.

—Inténtalo tú.

Dante se giró hacia Cristiano y le sonrió.

—No pierdas nunca las llaves —le dijo éste—. Sobre todo, cuando seas mayor y sean las del coche.

La tranquilidad del entorno era relajante. Mariella respiró hondo y tosió.

Dante volvió a tirar las llaves.

Cristiano las recogió y se las dio. El niño las tiró y él lo miró sonriendo de oreja a oreja. A Mariella se le encogió el corazón. Quería a aquel bebé con todo su alma.

—Es un sitio maravilloso, aunque no podamos bañarnos. Tal vez volvamos cuando Dante sea mayor, a continuar con la búsqueda de su padre, si no lo encontramos en esta ocasión.

—¿Cómo es posible que no averiguases nada más sobre él?

—Ariana estaba en la última etapa de su embarazo y muy enferma. Pasamos más tiempo hablando de nuestros recuerdos, reviviendo buenos tiempo. El a cambiaba de tema siempre que yo le hacía preguntas acerca del padre de Dante, y me hablaba de lo que quería para el futuro del niño. Un futuro que jamás vería.

—Tal vez no quisiera que su hijo conociese a su padre.

—Tal vez.

Mariella se preguntó si estaría haciendo mal en buscarlo. Era evidente que no sería tan agradable como Cristiano. No podía imaginarse a ninguna mujer que no quisiese que su hijo lo conociese.

—Se está muy bien aquí —comentó, girándose un poco y jugando con el bebé para disimular mientras estudiaba el perfil de Cristiano.

Aquel hombre le alegraba el corazón. Podía haber salido de una película. El héroe que rescataba a la heroína del peligro y luego la besaba. Y el corazón se le derretía cuando lo veía jugar con Dante.

Suspiró; ojalá a el a le prestase la misma atención.

—¿Pasa algo? —le preguntó él, mirándola con una ceja arqueada.

—No, sólo estaba pensando en lo bien que se está aquí y en lo

horrible que fue la otra noche —

se estremeció—. Podíamos haber muerto.

—Pero no fue así.

El a acarició la cabeza de Dante, que estaba muy contento, sentado en la manta y lanzando las llaves de plástico. Mariella deseó poder contentarse con tan poco.

—Ya lo sé. Supongo que, como bombero, has debido de ver mucha muerte.

Cristiano frunció el ceño y se sentó.

—Es algo a lo que uno no se acostumbra nunca —dijo.

—Imagino que no —admitió el a, pensando en las vidas que habría salvado Cristiano y en las que no habría podido salvar. Ser bombero era mucho más que apagar fuegos—. ¿Crees que seré capaz de criarlo? —preguntó poco después.

—Uno puede hacer todo lo que se proponga. Recuérdalo siempre. A mí me parece que lo estás haciendo bien.

—Cuéntame más cosas acerca de tu niñez aquí.

—Los fines de semana siempre había mucho trabajo en el restaurante. Mi padre trabajaba duro, y mi madre con él, hasta que murió. A pesar de verlos poco, tuvimos una niñez mágica. En especial, mientras mi abuelo vivía. Conocía todos los árboles, el bosque, pescaba en el lago.

Mariella se quedó en silencio, pensando en sus vacaciones con sus padres. Le parecía algo muy lejano en el tiempo. Se preguntó si, volviendo a algunos de los lugares que habían visitado, podría refrescar su memoria. ¿O sólo se sentiría todavía más sola? Quería que Dante conociese toda Italia. Crearían nuevos recuerdos.

—Mañana voy a ir a Monta Correnti. En el hospital me dijeron que teníamos que volver. Y

necesito imprimir la fotografía de Ariana. Tal vez alguien la reconozca allí.

—Aparca cerca de la plaza. Está cerca de todo.

—Gracias. Eso haré —dijo el a, deseando que Cristiano se hubiese ofrecido a llevarlos.

Después de pasar por el hospital a la mañana siguiente y de que le dijeran que tanto el bebé como el a estaban bien, Mariella se paseó por el centro de Monta Correnti. Lo primero que hizo fue ir a la cafetería, en la que pudo imprimir una fotografía de Ariana.

Luego volvió a la cal e, a enseñar la fotografía en los lugares que le parecían más turísticos.

Nadie la reconoció.

Era más de la una cuando volvió a la plaza y miró a su alrededor. El restaurante Rosa le llamó la atención. Era el restaurante de la familia de Cristiano, en el que hacían aquel a salsa tan deliciosa.

Se acercó y vio que tenía una terraza, donde podría sentarse a comer sin arriesgarse a que el bebé se pusiese nervioso al estar en un sitio con demasiada gente.

Se sentó, colocó al niño en una trona y se puso a leer la carta. Probaría los tortellini con la famosa salsa.

Cuando le sirvieron la comida, Mariella sonrió.

—Estoy deseando probarlo. He tomado esta salsa hace poco en casa de Cristiano Casali. ¿Lo conoces?

—Por supuesto —le dijo el chico—. Es hijo del dueño, Luca, pero hace mucho que no viene. Le diré a su hermana que está aquí.

Mariella empezó a comer; la pasta y la salsa estaban deliciosas. Saboreó cada bocado.

—¿ *Signora*?

Una mujer guapa, con un delantal, se acercó a el a poco después.

—¿Sí?

—Soy Isabel a, la hermana de Cristiano. ¿Es amiga de mi hermano?

Mariella sonrió.

—Nos ha salvado a mí y a mi bebé de un incendio en el lago Clarissa. Lo considero un héroe.

—¿Puedo sentarme? —preguntó Isabel a.

—Por supuesto.

—¿Cómo está?

—Bien. Dice que se está recuperando de unas heridas —contestó el a, extrañándose de que la hermana de Cristiano le preguntase cómo estaba.

—Estuvo en los atentados que hubo en Roma en el mes de mayo.

—Ya lo sé. Fue allí donde se hizo daño.

—Tuvo una quemadura y se rompió un tobillo, pero está tardando mucho en curarse. ¿Anda bien?

—Sí.

Isabel a miró fijamente a Mariella.

Ésta se sintió incómoda, pero se las arregló para sonreír.

—Había probado esta salsa en casa de Cristiano, así que, al ver el restaurante, he decidido volver a tomarla. Está deliciosa.

—Gracias. ¿Dice que ha comido en casa de Cristiano?

—Sí, en la casa que hay cerca del lago —le aclaró Mariella.

—Ya. ¿Y la ha traído él aquí? —preguntó Isabel a, mirando a su alrededor.

—No, he venido sola.

Isabel a miró a Dante.

—Me alegro de que esté bien. ¿Y dice que los rescató Cristiano?

—Estábamos alojados en una de las cabañas de los Bertatali, que ardió durante la noche. Tanto el bebé como yo estábamos dormidos.

Ambos estaríamos muertos si Cristiano no hubiese pasado por allí y no hubiese entrado a rescatarnos.

Isabel a sonrió.

—Así es mi hermano. ¿Va a volver hoy al lago Clarissa?

—Sí, voy a quedarme un par de días más —le dijo, buscando en su bolso la fotografía de Ariana

—. ¿La ha visto? —preguntó.

Isabel a miró la fotografía.

—No. ¿Es una amiga?

Mariella asintió. No podía contarle toda la historia a todo el mundo.

—Tengo algo para Cristiano. ¿Puede llevárselo? Ahora mismo tenemos mucho trabajo y no puedo ir yo. Además, creo que tampoco le alegraría verme por allí.

—¿Por qué no?

—Porque me está evitando. No responde al teléfono y, las dos veces que me he acercado a verlo, no estaba. Se está convirtiendo en un ermitaño.

Mariella se echó a reír.

—En eso no estoy de acuerdo, pero a veces parece que está de mal humor.

—¿Cristiano? Eso no es normal en él. Suele ser muy tranquilo.

—Los hombres odian estar enfermos. Mi padre se ponía muy gruñón cuando estaba mal. Mi madre siempre me decía que no me preocupase, que cuando estuviese mejor, volvería a la normalidad. Tal vez ahora

Cristiano se siente frustrado porque está tardando en recuperarse y lo paga con su familia.

Isabel a asintió.

—Tal vez, pero yo creo que ya ha ido bastante lejos. Iré por una carta que tengo para Cristiano y por la salsa, para que se lo lleve todo. Me alegra saber que, por lo menos, se come lo que le mando.

—La salsa se congela muy bien. Yo había pensado que podría comercializarla por Internet. A mí me encantaría poder comprarla siempre que me apeteciese.

—Sólo somos un restaurante local.

—Piénselo. Yo podría ayudarles si decidiesen ampliar el negocio.

—¿Costaría mucho?

—Mi ayuda sería gratuita. Le estaré eternamente agradecida a Cristiano.

Isabel a asintió.

—Me conformaré con que le lleve la carta y la salsa a mi hermano. Y dígale que me llame.

Antes de que Mariella se marchase, el camarero le llevó una bolsa

con un tarro y un sobre. El a la dejó en la sillita, le limpió las manos y la cara a Dante, lo dejó en la sillita y pagó. Unos minutos después volvían a estar paseando por la plaza. Mariella se fijó en el restaurante que estaba al lado de Rosa y que parecía moderno y caro. Contenta después de haber comido tan bien, decidió seguir conociendo el bonito pueblo.

Se preguntó qué le gustaba más últimamente, si el bullicio de la gran ciudad o la tranquilidad de aquel os pueblos de montaña. Se preguntó si le gustaría criar a Dante en un lugar así, o si sería mejor que creciese en una ciudad con museos, galerías de arte y ópera.

Cuando volvieron al coche, Dante se había quedado dormido. Mariella también estaba deseando llegar a casa y echarse una siesta. El doctor le había dicho que estaba bien, pero todavía tosía de vez en cuando.

A la mañana siguiente, Mariella colocó a Dante en su cochecito, sacó de la nevera la salsa que le había dado Isabel a Casali y fue hacia casa de Cristiano. Estaba nerviosa de pensar que iba a volver a verlo.

Sin pensarlo, se detuvo en el mercado y compró un ramo de crisantemos de un amarillo intenso, que alegrarían la cocina. Esperaba que Cristiano apreciase el detalle. Quería alegrarle el día, lo mismo que él se lo alegraba a el a.

Cuando llegó, lo vio sentado en la terraza y él le sonrió al verla. Su expresión fue primero de sorpresa, luego de alegría y, para terminar, de cautela. Se levantó y se acercó a recibirla.

— *Buon giorno*. Te hemos traído regalos — anunció Mariella al llegar a la terraza.

—No necesito regalos —le dijo él.

—Bueno, las flores son de parte de Dante, así que háblalo con él. Y esta bolsa es de parte de tu hermana Isabel a. Espera que estés bien y que la llames pronto.

—¿Mi hermana?

—Piensa que te estás convirtiendo en un ermitaño, pero le he dicho que no se preocupe, que venimos mucho a verte.

Él la miró divertido y eso la animó. Le tendió las flores.

—¿Las ha escogido Dante? —preguntó Cristiano.

—Bueno, digamos que ha alargado las manos hacia este ramo, así que he pensado que eran las que quería regalarte.

—O comerse.

El a se echó a reír.

Cristiano pensó que era preciosa cuando se reía. Era como si el sol brillase desde su interior, iluminándole los ojos. Volvió a desear acariciarle el pelo, pero apartó la vista antes de que se le ocurriese hacer una tontería.

—Y tu hermana te manda más salsa —añadió Mariella, dándosela

también.

Cristiano la aceptó. Tenía las dos manos ocupadas.

—Te abriré la puerta para que puedas poner las flores en agua y la salsa en el congelador o donde quieras ponerla. Está deliciosa, todavía más recién hecha. Sigo pensando que tu familia podría venderla por todo el país. Ah, imprimí la fotografía de Ariana, pero no la reconoció nadie.

—Ya veo que hiciste muchas cosas.

Cristiano la siguió hasta la cocina. Dejó la bolsa en la encimera y buscó algo donde poner las flores. Al final, se decidió por un vaso largo.

Eran bonitas, pero no estaba acostumbrado a que ninguna mujer le hiciese regalos, así que no sabía cómo actuar.

—A mi madre le gustaban las flores — comentó.

—A casi todo el mundo le gustan. Alegran mucho. En Rosa, le comenté al camarero que ya había probado la salsa y fue él quien llamó a tu hermana.

Por un momento, Cristiano deseó haber llevado a Mariella y a Dante a Rosa, pero todavía no sabía si estaba preparado. Se dio cuenta de que tenía ganas de ver a su padre y a su hermana. Y de averiguar cómo iban las cosas por el restaurante.

—¿Y qué te dijo el médico?

—Que estamos los dos sanos. Aunque yo sigo tosiendo de vez en cuando, me dijeron que se me irá pasando. Luego pasamos el resto del día paseando por Monta Correnti. Reconocí el restaurante nada más verlo. La comida es deliciosa. Ah, también te he traído una carta.

Cristiano miró en la bolsa y sacó el sobre. Era del Ministerio del Interior.

—¿Son malas noticias? —preguntó Mariella.

—No tengo ni idea.

En el fondo, Cristiano sabía cuál era el contenido de la carta, pero no quería aceptarlo.

—Entonces, ábrela a ver qué pone.

Lo hizo. La carta le confirmó que le iban a dar una medalla al valor por su actuación el día de los atentados. Arrugó el papel y lo dejó en la encimera.

—Malas noticias, ¿no? —adivinó Mariella.

Él negó con la cabeza.

—Es un error, eso es todo.

Cristiano no quería la medalla. ¿Por qué él? Stephano había muerto, como muchas otras personas. ¿Por qué le querían dar a él una medalla al valor? Sobre todo, teniendo en cuenta que todavía sentía terror cuando tenía los flashbacks.

—¿Qué clase de error?

—No importa. ¿Te quedas un rato?

—Sí, después de semejante invitación, ¿cómo iba a negarme? —dijo el a sonriendo con malicia.

Cristiano deseó abrazarla y besarla hasta olvidarse de todo lo que lo atormentaba. Quería sentir aquel cuerpo delgado pegado al suyo, quería perderse en el a y encontrar aquel optimismo que irradiaba.

La deseaba.

Pero había ido al lago Clarissa para estar solo hasta que ya no tuviese pesadillas. Mariella hacía que se sintiese normal, completo. Y el bebé era adorable.

Dante empezó a inquietarse y Mariella se quitó el jersey y lo dejó sobre la encimera. Al hacerlo, la carta se cayó al suelo. Se agachó a recogerla y, de repente, abrió mucho los ojos.

—¡Van a darte una medalla! ¡Qué bien!

—Ya te he dicho que es un error. No me merezco una medalla. ¡No soy ningún héroe!

Mariella no lo escuchó, ni atendió a Dante; estaba leyendo la carta.

—Salvaste a siete personas.

—Otros también salvaron vidas.

—Y te arriesgaste a pesar de tus heridas para sacar a las dos últimas —continuó el a, como si no lo hubiese oído.

Cristiano no necesitaba que se lo recordasen, lo veía una y otra vez en sus flashbacks. Revivía la angustia, el horror del momento.

Mariella lo miró con los ojos brillantes.

—Sabía que eras un héroe. Y no sólo por Dante y por mí. Debes de estar muy orgulloso.

—No voy a aceptarla, sería una farsa.

—Pero…

Le quitó el papel de la mano y lo tiró a la basura.

CAPÍTULO 06

A Mariella le sorprendió mucho su reacción, pero tuvo que ocuparse de Dante antes de ir detrás de Cristiano. Sacó al bebé de la sillita e intentó tranquilizarlo. Le preparó un biberón con una mano, pero el niño siguió protestando hasta que por fin empezó a tomárselo.

—¿Te están saliendo los dientes, cariño? —le preguntó el a, que había leído que eso ocurría hacia los cinco o seis meses de edad.

Con Dante más tranquilo, tomándose el biberón, Mariella fue al salón. Las cortinas estaban abiertas de par en par y el sol entraba a raudales en la habitación, dándoles la bienvenida. El a se sentó en el sillón desde el que se veía mejor el lago y siguió sujetando el biberón y al niño.

Aquel bombero era un hombre muy enigmático. Era un héroe, pero eso parecía enfadarlo. No parecía satisfecho con lo que había hecho.

Suspiró e intentó imaginárselo de niño, corriendo por la plaza de Monta Correnti, o por el restaurante de su padre. No pudo. Sí se lo imaginaba allí, en el lago Clarissa, jugando en el bosque, nadando en el lago en verano, en la moto acuática. Cortando madera para el invierno.

Persiguiendo a un hermano que se parecía a él.

Dante se quedó dormido. El a se levantó y fue hacia la puerta. Tal y como había imaginado, Cristiano estaba sentado en el patio, observando el lago.

—¿Podrías ayudarme? —le dijo.

Él se giró.

—¿Puedes reclinar el respaldo de la sillita? Así dormirá bien y podremos marcharnos en cuanto yo esté lista.

Él asintió y se levantó. El a lo observó. No cojeaba, ¿por qué seguía de baja? ¿Por qué se negaba a recibir la medalla?

La sillita estaba en la cocina. Cristiano averiguó cómo reclinar el respaldo y salió al patio.

Mariella estaba meciendo al bebé.

—Gracias, cada vez pesa más.

—Se te da bien la maternidad —comentó él—. No les ocurre a todas las mujeres.

—Todavía me cuesta trabajo —dijo el a después de dejar al niño en su cochecito, mirándolo con adoración.

Tenía un mechón de pelo sobre la mejilla y Cristiano no pudo evitar alargar la mano y apartárselo mientras la miraba a los ojos. Sintió su piel caliente. Su sonrisa también era cálida y, sus labios, tentadores. Como en un sueño, Cristiano se inclinó y la besó. Tenía los labios calientes y dulces. Deseó que aquel momento durase siempre.

Pero volvió a la realidad cuando el a se apartó.

—Llevo días queriendo hacerlo —le confesó él, acariciándole la mejilla.

—Pensé que sólo lo sentía yo. Me refiero a la atracción.

—No —le aseguró él, volviendo a besarla y tomándola entre sus brazos.

No obstante, Cristiano se dijo que debía controlarse. Se negaba a enamorarse de Mariella. No podía hacerlo, ya que todavía no sabía si iba a poder volver al mundo normal.

Abrazándola, tocándola y besándola, podría olvidar el horror de aquel día, el dolor de la pérdida de su amigo y de otros compañeros, pero no habría sido justo para el a.

Cristiano retrocedió despacio. Ambos tenían la respiración entrecortada. Por un momento, él deseó que el bebé estuviese dormido toda la tarde, para poder llevársela a su dormitorio y hacerle el amor hasta que ambos estuviesen saciados.

—Vaya —susurró Mariella, relamiéndose con la punta de la lengua.

—Lo mismo digo —respondió él, besándola en las mejillas, para ver durante cuánto tiempo podía resistirse a sus labios.

El niño se despertó y empezó a llorar.

Mariella fue hacia él.

—Oh, cariño, ¿qué te pasa? —le preguntó, tomándolo en brazos—. Tal vez no quiera dormir en la sillita. Me lo llevaré a casa.

—Yo os acercaré en coche.

—No, gracias. Hace muy buen día, iremos andando.

Unos minutos más tarde, se habían marchado.

Cristiano se quedó mirándolos hasta que desaparecieron de su vista. Era evidente que Mariella quería mucho al niño. Lo querría toda su vida. No tenía de qué preocuparse, sería una buena madre. Y ojalá él pudiese hacérselo ver.

Mariella anduvo por el borde de la carretera sin ver el paisaje, sólo pendiente de los coches, divertida por el beso y preocupada por el niño al mismo tiempo. Iba sonriendo, con el corazón todavía acelerado, pensando en Cristiano. Tenía la sensación de que cada vez estaban más cerca. Y

era evidente que él también se sentía atraído por el a. Deseó que Dante no los hubiese interrumpido.

—Aunque no sabías que nos estabas interrumpiendo —le dijo al niño, que estaba despierto, nervioso, con el puño metido en la boca.

Esperó que se durmiese cuando lo dejase en la cuna. Y deseó poder volver a casa de Cristiano y pasar la tarde con él. Compartiendo más besos apasionados.

Cristiano entró en el pequeño cobertizo que había detrás de la

casa. Olía a serrín y a cera. Poco a poco, se fue relajando. Siempre que entraba en el taller se sentía cerca de su abuelo. El padre de su madre había sido ebanista y le había enseñado lo básico para seguir sus pasos.

Desde que había ido allí, se había puesto a hacer pequeños muebles, que estaban alineados contra la pared, ya lustrados, como esperando a que alguien se los llevase a casa. Pensó que a su abuelo le habría gustado verlos.

Fue hacia la madera que estaba apilada al otro lado del cobertizo. Estudió cada trozo y escogió uno de cerezo. Era pequeño, pero suficiente para hacerle una mesa y dos sillitas a Dante. El niño todavía tardaría un par de años en utilizarlo, pero a Cristiano le apetecía que tuviese algo del lago Clarissa. Cando se hiciese mayor, Mariella le contaría los días que habían pasado allí y le hablaría del bombero que le había hecho la mesa.

Puso la pieza de madera en la mesa de trabajo, imaginándose el conjunto. Debía ser pequeño, pero resistente, para que durase varios años. Mariella se casaría en algún momento, todas las mujeres guapas lo hacían, y tendría más hijos. Dudó un momento al pensar en el a con otro hombre. La idea no le gustó, pero a no ser que se recuperase, no podría hacer nada al respecto.

Tomó un lápiz y una cinta métrica y empezó a marcar la madera.

Cuando media hora más tarde sonó el teléfono, Cristiano se quedó mirándolo, preguntándose si debía responder. Lo más probable era que se tratase de su hermana o de su padre. Tal vez fuese Mariella. No le había dado el número, pero los Bertatali lo tenían. El teléfono siguió sonando y decidió contestar.

—¿ *Ciao*? —Por fin. Pensé que no ibas a responder nunca —le dijo su hermana—. ¿Cómo estás?

—Bien —respondió él, apoyándose en la pared.

—¿Eso es todo? ¿Bien? ¿Cuándo vas a venir a vernos?

—¿Por qué tengo que hacerlo?

—Para vernos. Para ver a papá. Ya debes de estar recuperado de tus heridas.

—Sí —al menos, de las externas—, pero he estado ocupado.

—Ven a cenar esta noche.

—Te digo que estoy ocupado. No puedo ir a cenar.

—¿Y otro día de esta semana?

—Tal vez —le contestó, aun sabiendo que no iría.

Su hermana suspiró de forma exagerada.

—Háblame de tu nueva amiga, Mariella —le dijo de repente—. Me ha gustado.

Él recordó los besos. Tragó saliva e intentó hablar en tono normal.

—Está pasando unos días por aquí, eso es todo.

—¿Dónde la conociste?

—La salvé de un incendio. A el a y al bebé.

—Dijo que había probado la salsa de Rosa en tu casa. Te he mandado otro frasco con el a.

—Ya lo sé, gracias.

—Sinceramente, Cristiano, hay que sacártelo todo a la fuerza. Cuéntame algo.

Él rió y el cariño que sentía por su hermana lo reconfortó. Se le había olvidado que Isabel a siempre quería saberlo todo. Su curiosidad no tenía límites. La echaba de menos.

—Vino a darme las gracias y la invité a comer. Eso es todo.

—Así que no vas a volver a verla.

—Por supuesto que sí —respondió él, sintiendo pánico al pensar en no volver a verla. Seguiría viéndola hasta que se marchase a Roma.

—Estoy planeando una reunión familiar para finales de mes —le contó su hermana después de un silencio—. En realidad, es una sorpresa para papá, así que no le digas nada.

—¿Qué tipo de sorpresa? No es su cumpleaños.

Cristiano se alegró de que la fiesta no fuese para él.

—Sólo una sorpresa, pero no quiero que sospeche nada, así que, si ya estás bien, podríamos decir que la hemos organizado para celebrarlo.

—Llevo ya varias semanas bien.

—Pues nadie lo sabía. No te hemos visto desde que saliste del hospital. Si de verdad estás bien, ven un día al restaurante. Ven a cenar.

—Te llamaré.

—Y reserva el último sábado para la fiesta.

Cristiano colgó pensando que lo último que le apetecía en esos momentos era una fiesta. No obstante, echaba de menos a su familia. Tenía suerte de tener hermanos y primos. Y una tía a la que no veía mucho. Tendría que encontrar un hueco.

Volvió al trabajo, pensando en el niño, intentando imaginárselo de mayor. Pensó que tal vez pudiese pasar las vacaciones en el lago Clarissa.

Terminó de cortar la madera al final de la tarde y se repitió una y otra vez que el futuro de Dante y Mariella no tenía nada que ver con el suyo. Recogió y entró en la casa. Los días no tardarían en refrescar, así que decidió que cenaría en el patio y disfrutaría de la puesta de sol.

E intentaría no pensar en Mariella y en el bebé.

Mientras preparaba la cena se dio cuenta de que hacía días que no tenía pesadillas ni flashbacks. La noche del incendio había sido la última. Tal vez estuviese mejorando de verdad, pero era demasiado

pronto para estar seguro.

Si seguía así, podría tener una existencia normal.

Si no, le esperaba una vida muy solitaria.

A la mañana siguiente, consciente de lo rápido que se estaban pasando las vacaciones, Mariella colocó al niño en su cochecito y salió. El cielo estaba nublado y el viento soplaba con más fuerza que los días anteriores. Esperó que no se pusiese a llover antes de que llegasen a casa de Cristiano, aunque sabía que, si lo hacía, él los llevaría en coche de vuelta al pueblo.

Iba vestida con vaqueros y un jersey, pero por el camino echó de menos un abrigo. Tenía ropa de invierno en Roma y no había querido gastar más dinero. Tendría que volver a casa pronto si el tiempo empeoraba mucho.

Tomó la curva y se estremeció. Cada vez hacía más frío y las nubes anunciaban tormenta. Tal vez hubiese debido quedarse en su cabaña, pero le quedaba poco tiempo para estar con Cristiano.

Llegó a la casa y se sintió decepcionada al no verlo sentado en el patio a pesar de no hacer buen día. Llamó a la puerta, miró a Dante y éste le sonrió. Él sí iba bien abrigado.

Volvió a llamar.

No obtuvo respuesta. Se acercó a la ventana y miró dentro. El salón estaba vacío, no había ninguna luz encendida.

Oyó el ruido de una sierra eléctrica. Empujó la sillita hacia la parte de atrás de la casa y volvió a oír el ruido, procedente del cobertizo que había allí. Tenía que encontrar a Cristiano, ya que parecía que iba a ponerse a llover en cualquier momento.

La puerta estaba abierta y Cristiano estaba de espaldas a el a, cortando una pieza de madera.

Mariella entró con la sillita para resguardarse del viento. allí hacía mucho más calor.

Vio los muebles alineados junto a la pared. Cristiano cortó otro trozo de madera y el niño gritó al oír el ruido.

Él se detuvo de repente y se giró.

—No sabía que estabais aquí —dijo, con el ceño fruncido, apagando la sierra—. ¿Has venido en coche?

—No, andando. Y creo que va a ponerse a llover.

—Va a haber tormenta —le informó él, quitándose las gafas protectoras y sonriendo a Dante—.

Eh, pequeño, ¿estás calentito?

—Sí, lo he abrigado bien. Tengo que pedirte un favor.

—¿Qué es?

—El viernes es el cumpleaños de Ariana. Me gustaría ir al cementerio y llevarle unas flores.

También podría recoger algo de ropa de invierno de mi casa. La

signora Bertatali se ha ofrecido a cuidar de Dante.

La idea de ir con el a a Roma le provocó casi náuseas. Era demasiado pronto. No estaba preparado. Retrocedió y miró por la puerta, vio la parte trasera de la casa y los árboles que había detrás. No podía ver el lago desde allí. Pasó un momento. No volvió a estar en el túnel. Respiró hondo. Nada. Oyó al bebé jugando con sus llaves de plástico y vio a Mariella por el rabillo del ojo.

No hubo flashback ni sintió miedo.

En algún momento tendría que volver a Roma. ¿Qué mejor que una visita relámpago?

Tal vez se estuviese preocupando por nada. Tal vez lo peor ya hubiese pasado y pudiese seguir adelante.

Podría ir a visitar la tumba de Stephano.

No había podido ir a su funeral porque estaba en el hospital. Tampoco había ido a ninguno de los servicios que se habían organizado por las víctimas.

Se había imaginado el entierro de su amigo miles de veces. La tumba en la tierra. Su mujer llorando. Sus padres aturdidos por la pérdida de su único hijo. Respiró hondo e intentó captar el olor del serrín para volver al presente.

Un ligero olor a flores llamó su atención. Era el olor de Mariella. Cerró los ojos. La imagen de su beso lo asaltó.

Abrió los ojos, se giró y la miró, anhelando otro beso. Se sentía solo. No le gustaba estar alejado de sus amigos y de su familia. Lo único que lo había mantenido aislado era la vergüenza de no ser capaz de controlar las cosas.

Hasta entonces.

Mariella alargó la mano y le tocó el brazo con cuidado.

—¿Me llevarás? —le preguntó.

Él la miró fijamente. Estaba pensando en besarla, en abrazarla con fuerza, en perderse en su dulzura. Y el a estaba centrada en la visita al cementerio.

—Está bien. Iré contigo. Por Dante. Así podrás decirle que no fuiste la única en llorar la pérdida de su madre.

Esperó no tener ningún flashback cuando fuesen al cementerio. Un trueno los sobresaltó y Dante se puso a llorar. Mariella se acercó y lo sacó de la sillita.

—Ya vale, ya vale, pequeño. Es sólo un ruido —le dijo, mirando por la puerta.

Fuera llovía a mares y estaba muy oscuro.

Cristiano aspiró el aire limpio y fresco. Mariella y el bebé no podrían volver al pueblo así. De hecho, se empaparían si iban hasta el coche. Tendrían que quedarse allí hasta que amainase.

Mariella se acercó a él, con el bebé colocado en la cadera y

mirándolo todo. Dante le sonrió y se tiró a sus brazos. Cristiano lo tomó y Mariella soltó al niño, que le sonrió y se acercó más a él.

¿Quién no iba a querer a un bebé así?

—Lluvia —le dijo Cristiano, señalando hacia la puerta.

El bebé gorjeó y le dio una palmada en la mejilla. Y a él se le encogió el corazón.

—Tiene toda la vida por delante. ¿A qué crees que se dedicará cuando crezca?

—A lo que él quiera. Sólo deseo que sea feliz y que esté sano. Y, cuando sea mayor, le contaré todo lo que recuerdo de su madre —le dijo Mariella, acercándose a él.

Cristiano la rodeó por los hombros y los tres se quedaron unos segundos observando la lluvia.

—¿Y de su padre? ¿Qué le dirás de él? —le preguntó Cristiano después.

—Ariana me dijo que había desaparecido de su vida. Y que lo suyo había sido un error, pero yo eso no se lo diré nunca a Dante. Le diré sólo que se marchó.

—¿Piensas que puede estar muerto?

—No tengo ni idea. Tenía la esperanza de averiguar algo de él durante este viaje, pero es una zona a la que vienen muchos turistas y nadie recuerda a Ariana.

—Ya.

—Espero que el viernes no llueva. Los cementerios ya son bastante tristes como para que, además, llore el cielo.

—Tienes razón. El día del funeral de Stephano llovió y yo pensé que el cielo estaba llorando —

comento Cristiano muy despacio. Nunca lo había visto de aquel modo.

—¿Stephano era tu amigo?

—Mi mejor amigo.

—Siento que muriese.

—Falleció en los atentados. Era la tercera vez que entrábamos en el túnel cuando estalló la segunda bomba. El techo del túnel se cayó, matando a todos los que estaban allí.

Cristiano deseó salir bajo la lluvia, sentir el frío, ver el cielo, saber que estaba vivo, pero tenía al bebé en brazos, así que se quedó en la puerta. La confianza de Dante le emocionó. El bebé sabía que los adultos que estaban con él iban a cuidarlo.

Mariella lo agarró por la cintura, abrazándolo.

—Qué horror.

—Fue un día horrible.

—Pero salvaste siete vidas. Si no hubiese sido por ti, habrían fallecido con la segunda bomba.

—No fue suficiente. Murieron muchas personas más.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Cómo puedes decir que no fue suficiente? Es más de lo que habría esperado cualquiera.

—Tenía que haberme asegurado de que Stephano estaba detrás de mí, que no se quedaba atrás. Perdimos a siete hombres de la brigada.

Se sintió angustiado. Su obligación era salvar vidas. Había elegido dedicarse a apagar fuegos y a rescatar personas y no había sido capaz ni de rescatar a su mejor amigo.

Mariella lo reconfortó del único modo posible, rodeándolo con su cuerpo caliente. Deseó poder curar su pena. O que alguien pudiese hacerlo.

CAPÍTULO 07

Ajeno a todo, el bebé balbuceó contento y sacó la mano varias veces para tocar la lluvia. El aire era helado, pero Cristiano no se movió de donde estaba. El niño iba bien abrigado.

Se hizo el silencio, pero no fue incómodo, sino casi sanador. Cristiano respiró hondo, intentando dejar marchar ese dolor que lo invadía.

—¿Desde cuándo eras amigo de Stephano? — le preguntó Mariella.

Cristiano estuvo a punto de sonreír.

—Recuerdo el día en que lo conocí, en el centro de entrenamiento. Venía de Génova y le encantaba el mar. Yo venía de aquí, de las montañas y los lagos. Era hijo único, tenía una mujer guapa y unos padres que lo adoraban. A ambos nos apasionaba el fútbol. Nos pusieron de pareja durante los entrenamientos y el resto…

No había pensado en aquel os días desde la muerte de Stephano. En esos momentos, al hablar de el o con Mariella, se dejó llevar por los recuerdos. Además de trabajar juntos, también habían compartido gran parte de su tiempo libre.

—Siempre estaba dispuesto para la aventura —empezó a decir Cristiano, recordando en voz alta sus viajes al mar y a esquiar.

—Es probable que a su mujer le guste tener noticias tuyas —comentó Mariella—. ¿No la has vuelto a ver?

Él negó con la cabeza.

—¿Cómo iba a hacerlo, si yo estoy vivo y Stephano no?

—Tú no lo mataste. Fueron los terroristas. Igual que el a, lo querías, aunque fuese un amor diferente, pero eso os une. Apuesto a que a el a le gustaría verte.

—Le recordaría a Stephano.

—Tal vez quiera que se lo recuerden. Tal vez quiera tener cerca a alguien que lo conociese, con sus defectos y todo. Alguien que pueda recordarle los tiempos felices que pasó con él. Para celebrar su vida, no ignorarla.

—No lo entiendes.

Mariella se encogió de hombros. El bebé estaba cada vez más inquieto.

—Debe de tener hambre. Dámelo —le dijo.

Cristiano soltó al bebé y sintió frío al separarse de él.

—¿En qué estás trabajando? —le preguntó Mariella, acercándose a la mesa de trabajo.

Él se giró también.

—En una mesa y unas sil as para Dante.

—¿De verdad? ¿Has hecho tú todo eso? — volvió a preguntarle,

mirando los muebles alineados junto a la pared.

—Ha sido un verano muy largo. No me he dedicado sólo a apilar platos en la cocina — contestó Cristiano, intentando dar un tono menos grave a la conversación.

—Son preciosos —comentó el a, pasando un dedo por una pequeña mesa con elegantes patas.

La madera de cerezo brillaba a pesar de que había poca luz.

—Me costó hacer las patas. Tuve que estropear más madera de la que quería.

—Y ésta es increíble. ¿La has hecho para alguien? —era una pequeña consola de líneas clásicas.

—Sólo la he hecho para matar el tiempo mientras me recuperaba.

—Me gustaría comprarla, si está a la venta — le dijo Mariella sin mucha convicción.

—Llévatela si quieres. No tienes que pagarla.

Cristiano se preguntó dónde iba a ponerla. ¿Podría ir a su casa un día y ver para qué la estaba usando? La consola crearía un vínculo entre ambos.

Se acercó a la mesa de trabajo.

—Continúa trabajando si quieres. Creo que va a seguir lloviendo un rato. No te molestaremos

—le dijo Mariella sonriendo—. Estoy deseando ver lo que le estás haciendo a Dante. Es un niño muy afortunado, ¿verdad?

Cristiano sacudió la cabeza. ¡Maldito optimismo! ¿Cómo podía pensar Mariella así? El niño no tenía madre ni padre. Ningún familiar conocido. Y representaba una gran carga para la joven que se había convertido en su madre. No obstante, Mariella le había parecido sincera al hacer el comentario.

Cristiano se puso a trabajar en la pata de la sil a. Al principio, era consciente de que Mariella lo estaba observando, pero pronto se dejó llevar por el placer de trabajar con la madera.

El a le dio un biberón al bebé y luego lo dejó en la sillita para que durmiese y se acercó a él.

—La vida es curiosa, ¿verdad? —comentó.

—¿Qué quieres decir?

—Que luchas contra el fuego y la destrucción y creas cosas bonitas. Hay un equilibrio. ¿Por eso lo haces? ¿Para equilibrar las cosas?

—No. Lo hago porque me gusta. Mi abuelo me enseñó.

—¿Y tu padre te enseñó a cocinar?

—Un poco. Me gusta comer bien.

—Yo sé cocer huevos —le dijo el a con picardía.

Cristiano se echó a reír. No pudo evitarlo. Mariella había ido a estudiar a Estados Unidos y había vuelto. Era capaz de ocuparse de un niño. ¿Y no sabía cocinar?

—Así que Dante y tú seréis felices y comeréis huevos cocidos.

—Tal vez tenga que aumentar mi repertorio — dijo el a, arrugando la nariz—. Quizás podrías darme algún truco. No creo que sea un problema en el futuro, ¿no? Quiero decir, que puedo aprender. Y por el momento Dante no come casi de nada, así que no me preocupa.

—Seguro que crece sano, aunque para que disfrute comiendo, tendrás que aprender a preparar alguna cosa más.

Cristiano pensó que en su familia todos sabían cocinar. Bueno, no sabía qué tal se le daría a sus hermanastros de Estados Unidos, pero si vivían solos y tenían tiempo, cocinarían algo.

—Dime qué estás haciendo ahora —le pidió el a, acercándose más.

A Mariella le gustaba el contacto físico. A Cristiano no lo había tocado nadie desde que había salido del hospital. Hasta entonces. Siempre que el a se acercaba, lo tocaba, ya fuese con las manos o con el cuerpo. Y a él le gustaba aquel contacto. Deseó tenerla entre sus brazos.

Se aclaró la garganta y empezó a explicarle lo que hacía con la esperanza de olvidarse de lo que le estaba pidiendo el cuerpo.

Lo peor de la tormenta parecía haber pasado. El bebé dormía en su sillita. Y Cristiano le estaba enseñando su trabajo a Mariella. Tal vez no estuviese recuperado al cien por cien, pero era capaz de crear cosas bonitas.

Miró su reloj, sorprendido de que la mañana hubiese pasado tan pronto.

—Puedo llevarte a casa si quieres, ya parece que ha pasado lo peor.

—De acuerdo, empujar la sillita cansa un poco, y ha refrescado.

Una vez en el coche, Cristiano la miró.

—Ya que vamos a salir, ¿por qué no comemos juntos?

—Me encantaría. Tengo hambre. ¿Nos da tiempo a ir a Monta Correnti? Podríamos comer en el restaurante de tu familia.

Él dudó. Prefería ir a Pietro. No había estado en Rosa desde antes de los atentados. Por un momento, sintió pánico. ¿Y si tenía un flashback en el restaurante? ¿Y si se le nublaba la vista y terminaba desmayado encima de la mesa? Su familia se quedaría horrorizada.

Pero sabía que en algún momento tendría que ir. Cuanto más lo retrasase, más sospechas levantaría su ausencia. Su hermana y su padre ya se estaban quejando de que no lo veían nunca.

No obstante, no estaba preparado.

¿Lo estaría algún día?

—No pasa nada. Olvídalo. Podemos ir a Pietro, aunque su salsa no sea tan buena —dijo Mariella al verlo dudar.

—No, iremos a Rosa.

Con un poco de suerte, su hermana estaría demasiado ocupada

para hablar con él. Aunque no solía haber tanta gente a la hora de comer como durante las cenas y los fines de semana. Así que intentaría actuar como una persona normal y luego volvería a su refugio.

Al llegar a las afueras de Monta Correnti, Mariella habló por primera vez en todo el trayecto.

—Es muy bonito, incluso con lluvia. Ahora entiendo por qué Ariana me habló tan bien de este lugar. Y creo que sus recuerdos eran felices, a pesar de que estaba dolida por el final de la historia.

Cuanto más cerca estaban del restaurante, más tenso se ponía Cristiano. Llevaba meses sin ver a Isabel a. Sólo habían hablado esporádicamente por teléfono, seguro que le hacía cientos de preguntas. ¿Había cometido un error al acceder a ir allí?

Aparcaron el coche y caminaron deprisa bajo la lluvia. Cristiano sujetó un paraguas grande que tenía en el coche. Mariella llevaba al bebé e iban andando juntos, muy cerca para evitar mojarse.

Todavía podían darse la vuelta. Cristiano pensó que no podría explicarle la situación a Mariella si tenía un flashback.

Entraron al restaurante y Mariella respiró hondo.

—Si pudiésemos embotellar este olor y echarlo por las cal es, todo el mundo vendría a comer aquí —comentó—. Se me hace la boca agua.

Cristiano respiró también. Él se sentía en casa, como siempre. Aunque siguió poniéndose tenso.

Tenía miedo.

Uno de los camareros se acercó. Se saludaron.

—Hacía mucho tiempo que no venías —le dijo el camarero.

—Sí. ¿Están mi hermana o mi padre por aquí?

—No, tenían que ir a una reunión los dos.

—Bueno, nos sentaremos en la parte de atrás, si hay sitio —dijo Cristiano, sintiéndose aliviado.

Una preocupación menos.

—Hoy está esto tranquilo, supongo que por la lluvia —comentó el camarero, acompañándolos hasta una de las pequeñas mesas que había junto a la pared trasera del local.

Luego les llevó una trona para el niño. Mariella lo sentó y le dio sus llaves de plástico para que se entretuviese.

Abrió la carta y la leyó. Todo parecía delicioso. No era fácil escoger sólo una cosa.

Cuando hubieron pedido, miró a Cristiano fijamente.

—¿Conoces a todo el mundo?

—Eso creo. Mi padre tiene este restaurante desde antes de que yo naciese.

—Siento que no esté hoy aquí.

—Tanto mejor.
—¿Por qué?
—Por nada.
Mariella frunció el ceño, pero no insistió.
Partió un palito de pan por la mitad y le dio uno de los trozos a Dante. El a mordisqueó la otra mitad y observó la decoración.
—La otra vez que comimos aquí nos sentamos en la terraza. Es muy agradable. Me gustó mucho. Es una pena que esté lloviendo.
Oyeron alboroto en la puerta. Cristiano miró hacia allí y frunció el ceño.
Mariella se giró a mirar.
Una mujer de unos sesenta años estaba discutiendo con los camareros. La mujer se giró con brusquedad y vio a Cristiano.
—Vaya, vaya —dijo él, levantándose al tiempo que el a se acercaba.
—Cristiano —dijo la mujer, besándolo en ambas mejillas—. Pensé que estabas herido y recuperándote —añadió, mirándolo de los pies a la cabeza—. Yo te veo bien. Siempre fuiste un chico guapo.
—Gracias, tía Lisa. Estoy bien.
—Eso veo. ¿Dónde está tu padre? ¿En qué reunión está?
—No lo sé. Yo también esperaba encontrarlo aquí.
El a miró a Mariella.
—¿Qué tal está? Soy Lisa Firenzi, la tía de Cristiano.
—Mariella Holmes.
—¿Holmes? ¿Eres de por aquí?
Mariella negó con la cabeza.
—De Roma. Aunque he vivido unos años en Nueva York.
—Ah, allí sí que hay buenos restaurantes que la gente sabe apreciar —miró a su alrededor y sacudió la cabeza—. ¿Quién quiere un restaurante acogedor? Dile a tu padre que quiero hablar con él. O con tu hermana. Tal vez sea más fácil con Isabel a.
Cristiano sonrió ligeramente.
—Se lo haré saber.
Lisa se despidió con la mano y se marchó.
—Todo un torbellino —comentó Mariella.
—Es la dueña del restaurante de al lado. A pesar de ser la hermana de mi padre, llevan años casi sin hablarse. Me preguntó qué querrá.
—Ojalá tuviese yo familia en alguna parte, además de Dante, por supuesto.
—Dante tiene mucha suerte de tenerte. Hay muchas personas que no quieren hacerse cargo de un hijo. Es una gran responsabilidad.
—¿Tú no quieres tener hijos? —le preguntó el a—. Quiero decir, cuando te cases y todo eso.
Cristiano no quería hablar de aquel o. Parecía un hombre normal,

pero no lo era. Por un momento, deseó estar recuperándose de verdad. Tal vez pudiese volver pronto al trabajo.

—Tal vez, si me caso —respondió.

—Me sorprende que no formes parte de este negocio. Podrías hacerte cargo de él cuando tu padre se jubile —comentó Mariella poco después, cuando ya habían empezado a comer.

—Eso es cosa de mi hermana. Mi hermano y yo estábamos deseando marcharnos. A mí, la vida aquí siempre me pareció demasiado ordenada.

—Por eso vosotros dos elegisteis el extremo opuesto. Tú con tu trabajo y él con sus carreras.

¿Por qué os gusta poner vuestras vidas en peligro? Al menos, tus acciones tienen un buen fin, pero dedicarse a arriesgar la vida en un coche, me parece un tanto temerario.

—Supongo que mi hermano lo hace por la increíble sensación de ganar. No tiene precio.

—¿Así te sientes tú cuando apagas un fuego?

—Siempre es un reto. Nunca hay dos incendios iguales.

—Qué miedo.

Cristiano se encogió de hombros. No iba a admitirlo, pero había sentido miedo varias veces.

—Ya hemos hablado suficiente de mí y de mi familia. Háblame de Nueva York.

—Es una ciudad llena de vida. Estuve trabajando de acomodadora en varios teatros para poder ver las obras gratis. Pasé muchas tardes de lluvia o nieve visitando museos. En la universidad, me especialicé en marketing. No era la única extranjera de mi clase, también había estudiantes de Gran Bretaña y de Japón.

—Sería más fácil que consiguieses un trabajo bien pagado si no tuvieses un bebé.

—Toda mi vida sería diferente si no tuviese a Dante. Quería montar una empresa de marketing con una compañera de Nueva York.

—Debió de ser duro dejar aquel o —le dijo Cristiano.

—La realidad ha resultado ser muy diferente a mis sueños. Adoro a Dante. Y cada vez me siento más segura de mí misma. Cuando el niño empiece a ir al colegio, podré probar a trabajar en otra cosa. Hay muchas madres solteras y todas salen adelante.

—También hay padres solteros, pero aun así las cosas funcionan mejor si están los dos.

Mariella guardó silencio. Un momento después, levantó la vista.

—Tengo que hablar con la señora Bertatali para que se quede con Dante cuando vayamos a Roma.

Él la llevaría al cementerio y, después, iría a hablar con su superior. Daría una vuelta por su piso, que llevaba vacío los últimos

meses y, para terminar, visitaría a la viuda de Stephano.

También le gustaría ver dónde vivían Mariella y Dante. La llevaría a casa para que recogiese la ropa. Podrían cenar juntos en el camino de vuelta. Por primera vez en mucho tiempo, se sintió ilusionado.

—Saldremos temprano.

—¿Cómo de temprano es temprano?

—¿A las siete?

—De acuerdo. ¿Vas a acercarte al ministerio a hablar de tu medalla? A Cristiano se le había olvidado aquel o. Negó con la cabeza.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque murieron muchas personas en esos atentados. Buenas personas. Hombres que intentaban rescatar a otros. Yo tuve más suerte que la mayoría, salí de allí vivo, pero muchos otros no lo hicieron.

—Salvaste a siete personas. Incluidos dos niños —le dijo el a, alargando la mano para tocarlo—.

Debió de ser aterrador. Se perdieron tantas vidas, Incluida la de Stephano. Cristiano empezó a notar la inquietud propia de un ataque de pánico. Estaba empezando a ver borroso por los bordes.

El corazón se le aceleró.

Mariella le agarró la mano y él la miró a los ojos. Observó las pecas de su nariz. Se preguntó cómo sería besárselas de una en una. Parecía la felicidad personificada, a pesar de haber pasado también por muchos baches en su vida. Por un momento, la envidió. Él lo habría dado todo por poder dar marcha atrás. Por volver a ser el hombre que había sido.

Pasó aquel momento. Luego otro. Volvió a ver el restaurante: la gente disfrutando de la comida, las risas y las conversaciones. Respiró hondo.

—¿Quieres postre? —le preguntó a Mariella, apartando la mano.

Mariella era como un salvavidas. ¿Sería ése el truco? ¿No encerrarse, sino estar con el a todo el tiempo?

Lo habría dado casi todo por poder hacerlo.

Decidieron no tomar postre y enseguida volvieron al coche, encantados de que hubiese dejado de llover, aunque fuese sólo temporalmente. Seguía habiendo nubes oscuras en el cielo.

Mariella se quedó sentada en el coche cuando Cristiano lo detuvo delante de la casa de los Bertatali. Dante estaba dormido en su sil a.

—Ha sido un buen día, a pesar de la lluvia. Gracias por la comida —le dijo.

—Ha sido un placer.

—El restaurante de tu familia es muy agradable. Me gusta mucho. Tienes suerte de formar parte de él, aunque no trabajes allí.

Tal vez eso cambiase. Si no podía volver a ser bombero, ¿qué

haría? ¿Trabajar con su hermana en el restaurante?

Aunque, si no se recuperaba, tampoco podría trabajar de cara al público, ya que podría tener un flashback en cualquier momento. Se aferró al volante. Habría sido mejor morir en los atentados que quedarse así.

Haría todo lo posible para que nadie supiera nunca lo que le pasaba.

—Gracias otra vez —repitió Mariella, abriendo la puerta.

—Sacaré el carro —dijo él, saliendo del coche y sacando el carro del maletero mientras el a sacaba a Dante y la sil a del coche.

La pesadilla volvió a despertarlo, aterrorizado. Cerró los puños y luchó contra aquel os recuerdos que no querían dejarlo en paz. Apartó la manta, se levantó y fue hasta la ventana. La abrió y respiró hondo. Poco a poco, se fue calmando. Hacía días que no había tenido una pesadilla.

Había pensado, que tal vez… ¿Es que iba a seguir reviviendo los atentados eternamente?

Se vistió y fue a la cocina a tomarse un café. No iba a poder dormir más después de aquel o.

Miró a su alrededor mientras esperaba a que hirviese el agua. Se sentía frustrado y enfadado. Vio el ordenador portátil encima de la mesa y se acordó de Mariella allí sentada. Podía imaginarse su melena rubia cayendo hacia delante. Sus dedos en el teclado. Se calmó sólo de pensar en el a.

Estuvo a punto de sonreír y deseó poder verla en ese momento.

No podía empezar una relación con ninguna mujer, ya que la asustaría si se despertaba con una pesadilla. El agua empezó a hervir y Cristiano se preparó el café. No obstante, Mariella aportaba cordura a su vida, le hacía tener esperanzas en el futuro. Le gustaba estar con el a. Quería saberlo todo de su vida: sus esperanzas, sus sueños, sus planes teniendo un hijo al que criar.

La quería tener en su vida. ¿Podría arriesgarse a intentarlo?

Se llenó la taza de café y paseó por la casa. Consideró ir a trabajar al cobertizo, pero estaba demasiado nervioso. Se tomó el café, tomó las llaves de la moto y decidió pasarse el resto de la noche subido en el a.

Hizo el recorrido que había hecho tantas otras noches y redujo la velocidad al acercarse a las cabañas de los Bertatali. La última vez que había mirado hacia allí había visto el fuego. Esa noche no había llamas, pero la cabaña en la que se alojaba Mariella tenía las luces encendidas.

Fue hacia allí y se detuvo justo delante. Se preguntó si debía bajar de la moto y llamar a la puerta para ver si todo iba bien. ¿La asustaría? ¿Y si Mariella se había quedado dormida con las luces

encendidas?

Miró hacia el este y vio que estaba a punto de amanecer.

Oyó llorar al niño.

Fue corriendo hasta la puerta y llamó.

Mariella le abrió la puerta. Tenía los ojos llenos de lágrimas y al niño en brazos.

—Cristiano, ¿qué estás haciendo aquí?

—¿Qué pasa? —preguntó él, entrando.

—Lleva casi toda la noche llorando, no consigo que se calme. Lo he intentado todo, pero ni siquiera quiere el biberón. No sé qué hacer —le confesó, rompiendo a llorar.

—Dámelo a mí —le dijo él.

Mariella obedeció y se limpió las lágrimas.

—Ahora vuelvo.

El bebé continuó llorando y Cristiano se acordó de otro bebé. Lo balanceó con cuidado.

—Eh, pequeño, no llores. No has dejado dormir a tu mamá en toda la noche —le susurró.

El bebé hizo un puchero, parecía que iba a volver a ponerse a llorar.

—¿Qué te pasa?

Cristiano lo apoyó contra su pecho en posición vertical. Le acarició la cabeza con la mejilla.

Dante dejó de llorar y se echó hacia atrás para mirarlo. Tenía la cara húmeda de tanto llorar y los ojos rojos, pero observó a Cristiano como si estuviese examinando algo maravilloso.

—Así, mejor. Dale un respiro a tu madre. Normalmente, la gente duerme toda la noche.

Mariella entró en el salón, después de haberse lavado la cara y de haberse puesto un jersey encima del pijama.

—¿Qué estás haciendo por aquí a estas horas? ¿Y cómo has conseguido que deje de llorar?

¡Llevaba sin parar desde las doce! —Mariella miró al bebé, que parecía que iba a volver a echarse a llorar en cualquier momento.

—Me he despertado pronto y he salido a dar una vuelta.

—Hace mucho frío fuera.

Cristiano se encogió de hombros. Cuando más frío sentía era después de una pesadilla.

—En cualquier caso, me alegro de verte. ¿Crees que va a dormirse? —le preguntó Mariella esperanzada, mirando al bebé con preocupación.

—No lo sé, pero parece que está más tranquilo.

El a asintió y acarició la cabeza de Dante.

—Estoy tan cansada. Pero si él no puede dormir, yo tampoco. Creo

que le están saliendo los dientes. No quiere comer ni dormir. No sé qué hacer.

—Échate un rato. Yo me quedaré con él.

—¿De verdad?

Cristiano asintió.

Mariella se acercó más, se puso de puntillas y le dio un beso en los labios.

—Gracias. Estoy tan cansada que casi no me tengo en pie. Avísame si necesitas algo.

Y, dicho aquel o, se dio la vuelta y entró en el dormitorio.

Cristiano la vio marchar, sintiendo todavía la presión de sus labios. Sin quererlo, sin saberlo, Mariella le había robado el corazón. Pensó que daría cualquier cosa por que lo besase todos los días. Por compartir las tareas relacionadas con el bebé, por verla con sueño, preparada para meterse en la cama. Sacudió la cabeza al notar cómo crecía el deseo. Tenía un bebé en los brazos, el a estaba agotada y él, pensando en tenerla en la cama, los dos solos. La melena rubia de Mariella extendida en la almohada, suave y sedosa. Su piel, caliente y delicada.

Se apartó de la puerta y de sus pensamientos y miró a Dante.

—Tu madre cautiva a los hombres, ten cuidado —le dijo.

El bebé lo miró como si estuviese aturdido.

—Está bien, vamos a ponernos cómodos.

Dejó a Dante en el sofá para quitarse la cazadora, pero el niño empezó a llorar otra vez.

—Eh, ya vale. Tu mamá necesita dormir —dijo Cristiano, tomándolo de nuevo y paseándose por el pequeño salón.

El niño pesaba poco y le transmitía su calor. Le hizo sentir una tranquilidad que no había experimentado desde hacía mucho tiempo. Recordó al niño al que había salvado. ¿Cómo estaría?

¿Tendría algún recuerdo de aquel horrible día? Esperó que Dante nunca tuviese que pasar por nada parecido.

Unos minutos después, Dante apoyaba la cabeza en su hombro. Por fin se había quedado dormido.

Cristiano se sentó en el sofá con cuidado, frotando la espalda del bebé despacio, impregnándose de la paz que reinaba en la cabaña. Deseó poder embotellar aquel a sensación y llevársela con él para utilizarla cada vez que lo amenazase un flashback.

Poco a poco, fue amaneciendo. El bebé estaba dormido. Cristiano disfrutó de la sensación de tenerlo en sus brazos, pero se puso a pensar en Mariella. Sabía que estaba dormida, pero deseaba que se despertase y que fuese a hablar con él. Podrían pensar juntos en algo para que a Dante no le doliesen tanto los dientes. Deseó saber qué les depararía el futuro.

Pero, todavía más, deseaba haberle devuelto el beso que el a le había dado.

El sol estaba ya muy alto cuando Mariella volvió a entrar en el salón. Había dormido varias horas. Se detuvo en la puerta y sonrió. Cristiano estaba tumbado en el sofá, con Dante en brazos.

Ambos estaban profundamente dormidos.

Se quedó un rato mirándolo, anhelando y deseando muchas cosas. Era un hombre maravilloso.

Fuerte, sincero y capaz. Además de muy sexy. La barba que empezaba a salirle le daba un toque desenfadado. Su pecho musculoso hacía que el bebé pareciese más pequeño, pero protegido y amado.

Fue a la cocina y preparó café sin hacer ruido. Luego miró en la nevera, a ver qué tenía para el desayuno. Ya había cenado con su salvador la noche anterior y no quería ocupar todo su tiempo.

Ya los había ayudado demasiado.

Con un poco de suerte, Dante se pasaría casi todo el día durmiendo y el a podría echarse otro rato.

Oyó al bebé antes de terminar de cocer los huevos del desayuno. Sabía que no era buena cocinera, pero podrían tomar unos huevos con tostadas. Y café. El café se le daba bien.

—Algo huele muy bien —comentó Cristiano, entrando en la cocina con Dante en brazos.

—Café. Y un huevo cocido para cada uno.

Él se echó a reír, se acercó más y se inclinó para darle un beso en la boca. Mariella saboreó el contacto, que terminó demasiado pronto.

—Me gustan los huevos cocidos —afirmó él un momento después.

—También sé hacer tostadas —balbuceó el a.

—Todo un banquete.

—Gracias por dejarme dormir —le dijo, apartándose al ver que empezaba a perder el control.

Deseaba dejar a Dante en su cuna y agarrar a Cristiano con ambas manos, pero tenía responsabilidades.

—Dámelo, voy a darle el biberón.

—Puedo sujetarlo mientras se lo preparas, pero me vendría bien una taza de café.

—Hecho.

Se movieron por la cocina juntos, como si ya lo hubiesen hecho antes. Poco después, Dante se estaba tomando su biberón, aunque seguía nervioso. Mariella lo animó a comer, consciente de que tenía a Cristiano muy cerca. Deseó haberse vestido mejor y haberse maquillado un poco.

—Ojalá pudiese decirme si son los dientes los que lo molestan. Empiezan a salirles sobre los seis meses y Dante casi los tiene.

—Pregúntale a la señora Bertatali qué hizo el a con sus tres hijos

—le sugirió Cristiano.

—Buena idea.

Cuando Dante se quedó dormido, Mariella sonrió y le dio un beso.

—Esperemos que, por lo menos, nos deje desayunar —susurró—. Voy a ponerlo en la cuna.

Cristiano había empezado a comerse la tostada cuando el a volvió. Mariella puso los huevos en dos hueveras y preparó la mesa.

—Son los mejores huevos cocidos que he probado —le dijo Cristiano.

El a se echó a reír.

—Lo siento, no soy buena cocinera. En Nueva York comía casi siempre fuera de casa. Mi madre sí cocinaba, pero nunca me dio por aprender. Apuesto a que a ti se te da muy bien.

—Eso dicen quienes no están en el negocio de los restaurantes —contestó él, mirándola a los ojos y sonriendo.

Mariella sintió que le daba un vuelco el corazón y que luego, se le aceleraba.

—Si quieres, puedo hacer la cena yo esta noche.

—Me encantaría —respondió el a, sin apartar la vista de sus ojos oscuros.

Terminaron de desayunar y, cuando Dante se despertó, volvía a haber nubes en el cielo. Había probabilidades de lluvia, pero para más tarde. Mariella dio de comer a Dante y lo bañó mientras Cristiano los miraba. Hablaron de cosas sin importancias, como de los restaurantes favoritos de Mariella en Nueva York, o de cuando él había ido a esquiar a los Alpes suizos.

—Ven a mi casa —le dijo él cuando el bebé estuvo vestido.

—¿Para qué?

—Para ayudarme con la mesa y las sil as.

—Yo no sé nada de eso.

—No hace falta. Ven conmigo, así saldrás un rato de casa, pero no puedo llevaros a los dos en la moto, tendrás que conducir.

—O ir andando. A Dante le encanta que lo saque a pasear.

—De acuerdo, nos veremos allí.

El a sonrió y asintió. Miró por la ventana.

—No tardaremos, pero si empieza a llover, tendremos que meternos corriendo en la casa. Tal vez pueda volver a utilizar tu ordenador. Quiero ver qué pasa con el que he pedido, si ya lo han mandado a Roma.

Cristiano esperó a que Dante estuviese abrigado y en su sillita. Arrancó la moto mientras Mariella empezaba a andar con el niño. Había bajado mucho la temperatura. Al día siguiente, se irían a Roma. Ambos harían lo que tenían que hacer y luego Mariella volvería al lago a terminar sus vacaciones. Parecía tener ganas de pasar el día sin

el bebé. ¿Qué pasaría, los dos solos?

Cuando Mariella llegó a su casa, Dante estaba dormido. Fue directa al cobertizo, donde ya se oían ruidos.

Entró y aparcó el cochecito al lado de la puerta y se acercó a Cristiano, que levantó la vista.

El a respiró hondo.

—Me encanta cómo huele aquí.

—A mí también. ¿Está todo organizado para mañana?

—He hablado con la señora Bertatali y está encantada de quedarse con Dante. También me ha confirmado que parece que al niño le están saliendo los dientes. Me ha dicho que le dé algo frío para que lo muerda, como un paño húmedo o un juguete de goma que haya estado en el congelador.

Él asintió. Mariella se acercó más y pasó el dedo por lo que iba a ser la pata de una sil a.

—Parece de terciopelo —murmuró.

Levantó la vista y se dio cuenta de que estaba muy cerca de Cristiano. Podía oler su after-shave, ver las arrugas que tenía alrededor de los ojos, sentir el calor que irradiaba su cuerpo. Hipnotizada, lo miró a los ojos y el tiempo pareció detenerse.

Él se inclinó y la besó. Mariella cerró los ojos y disfrutó del calor de su boca. Fue un beso perfecto. Ninguno de los dos se apartó, el niño no los interrumpió. Eran sólo un hombre y una mujer compartiendo un momento especial.

Cristiano fue el primero en retroceder. Se quedó mirándola a los ojos, luego respiró hondo y miró a su alrededor, como si no recordase dónde estaba.

El a sonrió y volvió a tocar la madera, feliz. El día le pareció más luminoso que un rato antes, los colores más vibrantes. Cristiano parecía más contento que nunca. Le encantaba mirarlo.

—Entonces, nos iremos temprano —comentó él sonriendo, sin dejar de mirarla a los ojos.

CAPÍTULO 08

Cristiano tomó un trozo de lija y se lo dio a Mariella.

—Frótalo por toda la pata. Queremos que quede completamente suave. Que no haya astil as con las que pueda hacerse daño el niño —le dijo, tocando sus dedos a propósito al darle la lija.

El a sonrió y asintió. Y sintió el deseo que sentía siempre que lo tenía cerca.

Era la primera vez que Mariella hacía algo así, y le resultó muy relajante. Estaba deseando ver la mesa y las sil as terminadas. Miró a su alrededor y se impregnó de todo. Siempre recordaría los momentos pasados en aquel cobertizo.

Cristiano estaba concentrado en el trozo de madera con el que estaba trabajando. Lo único que se oía era el ruido que hacía la lija y el viento que soplaba en el exterior. Mariella miró hacia fuera.

Cada vez estaba más nublado. Se levantó y se acercó al bebé, que seguía dormido. Lo tocó y comprobó que tenía una buena temperatura. Miró a su alrededor. La belleza del otoño era evidente mirase donde mirase.

Se preguntó si podría llegar a ser feliz en un lugar tan tranquilo.

—¿Qué haces durante todo el día? —le preguntó a Cristiano, volviendo a la mesa de trabajo.

—¿Qué quieres decir?

—Que no hay muchas tiendas, ni vida nocturna. ¿Escuchas música o ves la televisión?

Él se encogió de hombros.

—La televisión no se ve aquí arriba. A veces escucho la radio. Me gusta el silencio.

—Pero tu familia vive cerca. ¿Vas mucho a verlos?

—No mucho. El os tienen su vida y yo, la mía.

—Si yo tuviese una familia con un restaurante, comería allí al menos una vez por semana. La pasta es deliciosa y esa salsa, increíble. Tal vez te hayas cansado de esa comida, después de toda una vida.

—No me canso nunca de comer allí, pero es complicado.

—¿Cuándo vas a volver a trabajar?

—Pronto.

Dante se despertó y Mariella fue a sacarlo de la sillita. El niño se frotó la cara y se puso a llorar.

El a lo acunó y lo paseó.

—¿Quiere un biberón? —preguntó Cristiano, acercándose.

—No lo sé. Debería dormir más. Aunque si le preparas un biberón, intentaré dárselo. Tal vez tenga hambre.

Cristiano llevó la sillita vacía hasta la cocina. Unos segundos más

tarde, siguiendo las instrucciones de Mariella, le había preparado el biberón al niño.

Dante no lo quiso. Lo apartó y se puso a llorar.

—Tranquilo, cariño —le dijo Mariella, apoyándoselo en el hombro y andando por la cocina—.

¿Crees que le pasa algo más, aparte de los dientes?

—Creo que son los dientes, pero pregúntaselo a la señora Bertatali si quieres. Y, si no, podemos llevarlo al médico.

Llamaron por teléfono a la señora Bertatali. Cuando colgó el teléfono, Mariella miró a Cristiano.

—El a piensa que son los dientes. Me ha dicho que le demos algo que pueda morder sin hacerse daño. Dice que podría estar así semanas e incluso meses.

—Vaya, estupendo. ¿Tienes algún juguete de goma que podamos meter en el congelador?

El a negó con la cabeza mientras Dante se frotaba la cara y lloraba.

—¿Y un trapo frío? —le preguntó.

—Eso sí que lo tengo —le dijo Cristiano—. Ahora vuelvo.

Cinco minutos después, Cristiano volvía con un paño mojado y frío. Cuando se lo ofreció a Dante, éste dejó de llorar para mirarlo y se tiró a sus brazos.

—Guau —exclamó sorprendido, tomando al bebé y volviendo a ofrecerle el paño.

Dante lo aceptó y sonrió.

—Lo muerde y lo suelta una y otra vez —le dijo a Mariella.

—Al menos, ha dejado de llorar, el pobre — comentó el a—. Si sigue así varios meses, no podré dormir nunca.

—Tal vez se calme con esto.

Pero según fue avanzando la tarde, ambos se dieron cuenta de que el niño seguía nervioso.

Mordía el paño y luego lloraba. Le dieron otro y estuvo tranquilo un rato. Cristiano insistió en que se paseasen con él en brazos por turnos.

Al final de la tarde, se bebió un biberón a trompicones, entre llanto y llanto, y por fin se quedó dormido.

Mariella lo abrazó.

—Creo que deberíamos irnos a casa —susurró.

—Yo no creo que se despierte con nuestras voces. Está agotado —comentó Cristiano. Oyó un ruido y miró por la ventana—. Y está lloviendo otra vez. Más bien, diluviando. Quédate.

—No te libras de nosotros.

Él le acarició la mejilla.

—No pasa nada. Podemos empezar a preparar la cena, cenar temprano y, cuando deje de llover, te llevaré a la cabaña.

Mariella asintió.

—Si el niño sigue así, no podré ir a Roma mañana. No puedo dejarlo aquí si no está del todo bien. Quería ir a visitar la tumba de Ariana el día de su cumpleaños, pero el a entendería que no dejase solo a su hijo.

—Roma seguirá ahí cuando vayamos. Si te digo la verdad, no estoy seguro de estar preparado para ir.

—¿Preparado para qué? ¿Para conducir hasta Roma? ¿Te duele el tobillo?

—No, no es eso. No estoy seguro de poder enfrentarme a la mujer de Stephano. Tenía tantas cosas por las que vivir. ¿Por qué murió él y no yo?

—No sabemos por qué ocurren las cosas. Estoy segura de que todas las familias que perdieron a alguien en los atentados se preguntan por qué ocurrió.

—Stephano salvó a varias personas antes de morir en la segunda explosión.

—Así que también es un héroe.

—Eso ahora es de poca ayuda para su familia.

—Pero reconforta, Cristiano —le dijo el a, tocándole el brazo—. Su mujer debió de quedarse destrozada, pero tanto el a como sus hijos pueden estar orgullosos de lo que estaba haciendo cuando murió. Y seguro que le encantará verte. A mí me encantó poder ver a amigos de Ariana que estuvieron con el a durante los últimos meses. Hablar de el a, recordarla, hace daño, pero también ayuda. Ariana no tuvo una vida maravillosa, pero adoraba la vida. Y fue optimista casi hasta el final.

—Al menos, tuviste tiempo para prepararte.

—Uno no está nunca preparado. Ve a ver a la mujer de tu amigo, háblale de Stephano.

Cristiano apartó la vista, miró el techo y se preguntó cómo enfrentarse a su miedo.

—No es tan fácil.

—Nadie ha dicho que lo fuese, pero es importante.

—Era un buen amigo.

—Ariana también. No es fácil tener un amigo especial. Me pregunto si llegaré a tener otro del que me sienta tan cerca.

Él lo pensó un momento.

—Es probable que no. Tal vez un buen amigo, pero no tanto. Stephano y yo estábamos muy unidos. Nos íbamos de vacaciones juntos. Tanto Anna María como él siempre me incluían en todas sus actividades familiares.

—Seguro que está dolida porque no te has puesto en contacto con el a.

—Pensé que no querría que le recordase.

—Te necesitará para que compartas tus recuerdos. Puedes hablarles a los hijos de Stephano de su padre. Será especial para el os.

Cristiano no había considerado aquel o. Echaba de menos a su amigo, pero la mejor manera de honrar su memoria era hacer que no fuese olvidado nunca. No había atendido a la mujer de su amigo como se merecía. Era más duro perder a un marido que perder a un amigo.

—¿Cristiano?

Él la miró.

—¿Qué?

—Parecía que estabas en trance.

—Sólo estaba pensando en la familia de Stephano. Tengo que ir a verlos.

—Sí. Y también a la tuya.

—¿Por qué dices eso?

—Porque tienes mucha suerte de tener una gran familia en la que apoyarte cuando las cosas van mal. Están ahí para ti. Creo que los atentados debieron de ser muy duros también para el os.

Necesitas a tu familia. Necesitas tener cerca a personas que te conocen, que te quieren. El os siempre te apoyarán.

—¿Sabes que hace sólo unos meses me enteré de que mi padre tuvo otra esposa y dos hijos antes de conocer a mi madre? Nunca nos lo contó, así que tal vez mi familia no esté tan unida como yo pensaba.

Mariella lo miró sorprendida.

—¿Es una broma? ¿Qué pasó?

—No conozco los detalles. Todo salió a la luz un día que mi padre y mi tía estaban discutiendo.

Isabel a me ha dicho que los gemelos viven en Estados Unidos, pero que han venido a conocer a la familia. Yo no he coincidido todavía con el os.

—Qué raro. ¿Y cómo te sientes? No me imagino enterándome de que tengo hermanos a esta edad. ¿Por eso casi no vas a ver a tu familia?

Él dudó. Tenía ganas de contárselo todo, pero no quería decepcionarla.

—Es complicado —repitió.

—¿Por qué?

—Por un lado, porque no puedo creer que mi padre no nos contase que teníamos dos hermanos mayores. Extraños que llevan nuestra sangre. Al parecer, perdió el contacto con el os.

Isabel a no me ha dado todos los detalles.

—Así que tienes todavía más familia de la que pensabas. Qué suerte.

—Tienes la maldita costumbre de verlo todo de color de rosa. ¿Qué hay de la falta de confianza de mi padre en su familia? Los ignoró durante años.

—Tal vez debieras preguntarle el motivo —le sugirió Mariella—. Yo daría cualquier cosa por pertenecer a una familia tan numerosa, por tener cerca a personas que me quisieran y que me ayudasen cuando las necesitase. O para compartir buenos momentos con el as. ¿Qué hay de malo en ser feliz? ¿Tú eres siempre pesimista?

—No. Soy realista. A la gente le ocurren cosas malas. Cosas que no pueden cambiarse. La vida no es toda de color de rosa.

—Es cierto, pero casi siempre es una aventura emocionante. Hay momentos duros, pero otros felices.

—¿Eres feliz? Has perdido a tu amiga, a tus padres, tienes que ocuparte de un niño, tienes un trabajo que no es el que querías. Y ningún pronóstico de cambio en un futuro próximo, creo yo.

El a asintió y sonrió.

—Hoy estoy feliz. El bebé está dormido, tú me estás haciendo la cena y tengo salud. Que ahora no tenga el trabajo que deseaba no quiere decir que no vaya a tenerlo nunca. En los últimos días, me he dado cuenta de que jamás podría separarme de Dante. Seguiré buscando a su padre para que sepa algo de él, pero no sé si me acercaré a él. Tengo que estar segura de que Dante seguirá conmigo. Es lo que más quiero.

—¿No quieres casarte y tener tu propia familia?

—Dante es mi familia. Y, sí, me gustaría casarme algún día. Pero si no me llega, no voy a pasarme los días llorando desconsoladamente. ¿Tú quieres casarte?

Cristiano se encogió de hombros.

—Dejaré que mis hermanos se ocupen de las futuras generaciones de la familia.

Mariella se echó a reír.

—Casarse es mucho más que tener hijos. Es compartir la vida con otra persona. Mis padres tuvieron un matrimonio estupendo. En cierto modo, y a pesar de desear que las cosas hubiesen sido diferentes, me alegro de que muriesen juntos. Creo que uno se habría sentido perdido sin el otro. Ése es el tipo de matrimonio que yo quiero si algún día encuentro al hombre adecuado.

—Me pregunto si es lo mismo que pensó mi padre cuando se casó las dos veces. La primera mujer lo dejó. Y mi madre murió joven. Ha sido padre soltero casi toda su vida.

—Y con cinco hijos, ¿no? No debió de ser fácil.

Dante volvió a agitarse y Mariella se acercó a tranquilizarlo antes de que se despertase del todo. Cristiano continuó preparando la cena mientras fuera seguía lloviendo. Se preguntó si su padre se habría

arrepentido de su pasado. Y deseó estar más unido a sus hermanos estadounidenses. No había dudado nunca del amor de su padre, pero parecía que todo su mundo se había puesto patas arriba y eso no le gustaba.

—Éste es un lugar muy agradable —comentó Mariella después de dejar al niño y su sillita en el salón—. Háblame más de tu niñez aquí.

Pasaron el resto de la tarde compartiendo recuerdos de tiempos más felices.

La cena estaba deliciosa.

—Si decides abandonar el cuerpo de bomberos, podrías trabajar de cocinero en cualquier parte

—le dijo Mariella.

—¿Por qué iba a dejar de ser bombero? — inquirió él.

—No lo sé. No es precisamente un trabajo para octogenarios, ¿no? —comentó, relamiéndose.

—No, no es un trabajo para personas mayores, pero aún me queda mucho para cumplir los ochenta.

El a asintió y se echó a reír.

—Es verdad.

Como si hubiese adivinado que habían terminado de cenar, Dante empezó a llorar de nuevo.

Intentaron calmarlo con un paño húmedo, le frotaron las encías con el dedo, pero nada parecía funcionar.

Mariella le dio otro biberón, pero el bebé mordió la tetina más que bebió.

—Debería marcharme —dijo el a.

—Quédate un poco más. No tienes por qué enfrentarte a esto sola. Yo puedo ayudarte.

—Si pasamos la misma noche que ayer, no pegarás ojo.

—Nos turnaremos. Yo no necesito dormir mucho.

—Gracias, pero es problema mío.

—Es tu hijo, sí, pero déjame que te ayude, Mariella.

El a acunó al bebé para intentar tranquilizarlo.

—No sabes lo que estás diciendo.

—Claro que sí. Lo vi anoche. Y hoy. Todo irá bien. Vamos a darle otro paño mojado.

Se turnaron para tener al niño en brazos y pasear con él. Las horas fueron pasando lentamente.

Poco después de la media noche, Mariella accedió a tumbarse en uno de los dormitorios para dormir un rato.

—¿Y tú?

—Estaré bien. Te despertaré cuando necesite dormir, a no ser que el niño duerma también.

El a asintió y cerró los ojos un instante.

—Estoy muerta —le dijo—. Gracias, Cristiano. ¿En qué habitación me tumbo?

—La única cama que está hecha es la mía, pero hay sábanas y mantas limpias en el armario del pasillo.

—De acuerdo.

Eran casi las tres cuando Dante se durmió por fin, todavía con el rostro surcado de lágrimas.

Cristiano continuó abrazándolo, sentado en el mismo sillón en el que habían pasado las dos últimas horas. Dante estaba tan incómodo que nada parecía funcionar. No obstante, se había dormido. Cristiano lo envidió. A él también le gustaría dormirse y escapar de todo, pero nunca sabía si tendría una pesadilla o si se pasaría la noche en vela.

Seguía lloviendo. El sonido de la lluvia en el tejado le recordó los días en que, con su hermano y su hermana, habían tenido que quedarse en casa.

Los echaba de menos. Echaba de menos formar parte de sus vidas. ¡Valentino se había casado!

Todavía no se hacía a la idea. Mariella tenía razón, tenía una familia en la que apoyarse.

También pensaba mucho en sus dos hermanos que vivían en Estados Unidos.

Tenía a Dante apoyado en el pecho. Tomó una manta para taparlo. Se quedaría un rato más así con él. Su padre también habría estado así con sus hermanos gemelos. ¿Habría planeado un futuro para el os? Debía de haberse sentido destrozado cuando los niños habían tenido que marcharse a Estados Unidos.

¿Habría tenido su madre una familia que la ayudase? ¿O habría sido madre soltera, como Mariella? A él le gustaría ver crecer a su hijo, ver cómo aprendía a andar, oír cómo decía sus primeras palabras, ver cómo se sorprendía al descubrir cosas nuevas. Eso, si se casaba algún día, si tenía un hijo.

—¿Y tú, pequeño? ¿En qué vas a convertirte? En lo que quieras. ¿Médico? O tal vez artista.

Le dolió pensar que no volvería a ver al niño cuando Mariella se marchase.

La conocía desde hacía muy poco tiempo, pero lo que sentía por el a no tenía nada que ver con el tiempo que hacía que se conocían. Si las cosas hubiesen sido diferentes, él se habría encargado de que no se marchase a Roma. La habría cortejado a la antigua usanza: con flores, bailes, largos paseos durante los cuales pudiesen hablar de sus sueños y enamorarse.

Por desgracia, su futuro pendía de un hilo. Tal vez no lo tuviese.

Alargó la mano y bajó la intensidad de la luz al mínimo. Intentaría dormir un rato mientras Dante estaba tranquilo.

Era de día cuando Mariella se despertó. Por un momento, no supo dónde estaba, pero luego se acordó. Se quitó el edredón con el que se había tapado la noche anterior y corrió al salón. La casa estaba en silencio. ¿Dónde estaban Cristiano y Dante?

Se detuvo en la puerta del salón. Había una lámpara encendida, con la luz muy tenue. Cristiano estaba tumbado en un cómodo sillón, con las piernas estiradas y la cabeza apoyada en el respaldo.

Echo un ovillo contra su pecho estaba el bebé, profundamente dormido, tapado con una de sus mantas. Como el día anterior. Mariella pensó que podría llegar a acostumbrarse a aquel o.

Se quedó un rato mirándolos, grabando la imagen en su mente. Por un momento, soñó que aquel o se repetiría muchas veces. Que cuando despertase, se encontraría con Cristiano y con el bebé. Los despertaría y pasarían los días juntos. Y las noches. Dante no siempre estaría así. Por regla general, dormía bien por las noches.

Fue a la cocina para recoger las cosas de la cena y a preparar algo de desayunar, aunque fuese sólo café.

Luego tendría que pensar en volver a casa, en volver a su vida normal. Estaba empezando a enamorarse del bombero y pensaba que él no.

Contuvo las lágrimas, se sentía decepcionada. Deseó que él también se enamorase de el a, pero era evidente que le había puesto una coraza a su corazón. Cada vez que Mariella pensaba que estaban más cerca, él se apartaba.

El a nunca había sentido algo igual por un hombre. En dos ocasiones, había creído estar enamorada. Primero de un chico del colegio y, después, de un joven en Nueva York. Pero los sentimientos pronto habían desaparecido. Al conocer a Cristiano, se había dado cuenta de que aquel os sentimientos del pasado no tenían comparación con los que tenía por él. Era un hombre fuerte, generoso, servicial. Salvaba vidas. Era un héroe. Y la hacía sentirse muy especial.

Lo que le recordó la medalla que le habían otorgado. Cristiano debía ir a la ceremonia y aceptarla. Si no lo hacía por él, tendría que hacerlo por otros héroes que no podían estar allí.

Mariella quería que todo el mundo supiese que era un héroe de verdad.

Se preguntó cómo podría convencerlo para que fuese. ¿Podría ayudarla su familia? Tal vez no estuviese al corriente. E ir a contárselo sería traicionar la confianza que Cristiano tenía en el a, a pesar de no haberle dicho nunca que no se lo contase a nadie.

La carta todavía la tenía el a. Y, según había leído, la entrega iba a hacerse, la aceptase Cristiano en persona o no.

La casa estaba en silencio. El ordenador de Cristiano estaba encima

de la mesa de la cocina.

Mariella lo encendió, rodeada del calor de la cocina, del olor a café. Comprobó sus mensajes y escribió a sus clientes para que supiesen que estaba ocupándose de todo. Y luego miró cuándo era la ceremonia de entrega de medallas. Encontró varios artículos de prensa al respecto.

Tendría lugar en el Parlamento y acudiría el mismísimo Primer Ministro. La ceremonia tendría como objetivo honrar a todos aquel os que habían trabajado el día de los atentados, arriesgando su vida.

Por fin dejó de llover. Mariella cerró el ordenador y se levantó para ir hasta la puerta. La abrió y respiró el aire fresco y mojado. Se animó. Había sido una locura ir allí a buscar al padre de Dante, un hombre que jamás había querido saber que tenía un hijo. Si había dejado a Ariana, había sido por algo. Y a pesar de que el a desease tener una familia, no podía ir en contra de los deseos de su amiga, por mucho que también quisiese que Dante la tuviese.

No obstante, no se arrepentía de haber ido allí. Si no, jamás habría conocido a Cristiano.

—Sé feliz, mi amor, sea lo que sea lo que te depare el futuro —le susurró al viento, deseando poder susurrárselo a él al oído.

Había llegado el momento de volver a casa.

CAPÍTULO 09

El teléfono sonó.

—Contesta tú, por favor —le dijo Cristiano desde el salón.

Mariella se acercó a la encimera y descolgó.

A la mujer del otro lado del teléfono le sorprendió oír su voz.

—¿Quién eres?

—Mariella Holmes —respondió el a, que había reconocido la voz de la hermana de Cristiano.

—¿Dónde está Cristiano? —le preguntó Isabel a.

Mariella le explicó que estaba con el bebé.

—Espera un momento. Voy a buscarlo — añadió.

—Un momento, por favor, Mariella. ¿Estás al corriente de la ceremonia de entrega de medallas para aquel os que rescataron a personas el día de los atentados? —le preguntó Isabel a.

—Sí, la verdad es que acabo de leer un artículo al respecto en Internet.

—Sabes que a Cristiano le van a dar una medalla, ¿verdad? ¿Todavía se niega a ir?

—Eso creo —contestó Mariella—. Tienes que hablar con él.

Fue al salón y le dio el teléfono a Cristiano.

—Es tu hermana —le dijo, tomando al bebé en sus brazos y saliendo de la habitación.

No obstante, oyó cómo Cristiano discutía con su hermana.

Él pensaba que no había hecho nada extraordinario, sólo su trabajo. Pensaba que debía haber hecho más. Sólo pensaba en las personas a las que no había podido salvar. Tenían que encontrar el modo de hacerle ver que había hecho más que la mayoría y que, el hecho de que estuviese vivo, no quería decir que no lo hubiese dado todo.

Oyó que juraba y, luego, se hizo el silencio. El a se quedó al lado de la puerta trasera de la casa, con el bebé en los brazos. ¿Se habría enfadado Cristiano con su hermana? ¿O estaría sólo enfadado, con el destino, con cómo habían salido las cosas?

Estuvo allí un rato, no supo cuánto, pero cuando oyó que llegaba un coche por el camino supo que se trataba de Isabel a, que había ido desde Monta Correnti. La vio bajar del coche y acercarse a la casa con paso rápido.

—Hola —le dijo al entrar.

—Cristiano está en el salón —le informó Mariella, preguntándose si debía quedarse o marcharse—. ¿Quieres un café?

—Sí, por favor —le contestó la hermana de Cristiano, quitándose la chaqueta y dejándola en el respaldo de una sil a.

Mariella dejó al bebé en su sillita y se puso a preparar el café mientras oía cómo discutían los dos hermanos. Cristiano no quería aceptar la medalla. No creía haber hecho nada especial. Seguía pensando en los que habían muerto.

Por fin se hizo el silencio. Mariella se acercó a la puerta. Los hermanos se estaban fulminando con la mirada.

—Creo, Cristiano —le dijo el a—, que es algo que debes hacer.

Él empezó a protestar, pero Mariella levantó la mano.

—No te terminado de hablar. He estado pensándolo y he leído varios artículos al respecto. Es la manera que tiene nuestro país de honrar a los que han ayudado. ¿Qué otra cosa se puede hacer?

Nosotros no estuvimos allí contigo. No morimos como tus amigos y compañeros. No vimos el horror. Lo único que hemos visto ha sido la valentía de los que os adentrasteis en aquel infierno sin saber lo que ibais a encontraros, o si saldríais de él. Tú lo hiciste. Salvaste siete vidas.

—Stephano… —empezó él, pero Mariella volvió a levantar la mano.

—¡Escúchame! Tienes que aceptar la medalla por Stephano. Porque él no está aquí para recibirla. Ve y represéntalo. Representa a todos los hombres y mujeres que murieron. Permite que tu país te premie por la valentía y la entrega que demostraste al arriesgar tu vida para salvar a personas a las que no conocías. Nuestro país lo necesita, Cristiano. Pienses lo que pienses tú, el resto pensamos que eres un héroe y queremos expresar nuestra gratitud de un modo en que todo el mundo lo entienda.

Había una enorme angustia en la mirada de Cristiano, pero Mariella no se achantó. Tenía que hacerlo por los que habían muerto. La tensión aumentó. Por fin, Cristiano asintió y fue hacia la puerta de la cal e.

—Lo pensaré —fue lo único que dijo.

—¡Vaya! —exclamó Isabel a al verlo marchar—. Gracias, Mariella. Has sido muy elocuente.

—Sólo he dicho la verdad. Él cree haber fracasado porque sus amigos murieron, pero no es así.

Estoy segura de que las siete personas a las que salvó se lo agradecerán durante toda su vida.

Volvieron a la cocina y se sentaron a tomarse un café.

—Si acepta la medalla, tendremos una excusa todavía mejor para organizar la fiesta. Mi padre jamás sospechará nada.

—¿Qué? —preguntó Mariella, confundida.

—Lo que voy a contarte es un secreto —le dijo Isabel a, bajando la voz.

—De acuerdo.

—Mi padre y mi tía tienen cada uno un restaurante en Monta Correnti. Hace muchos años, antes de que yo naciese, regentaban juntos Sorella. Entonces se pelearon. Mi padre le dejó el restaurante a tía Lisa y montó Rosa.

Mariella asintió, todavía sin comprender.

—Últimamente ambos restaurantes han tenido problemas económicos, sobre todo Rosa.

Durante un tiempo, creímos que íbamos a tener que cerrar, pero pensamos que la solución podría ser fusionar los dos restaurantes y hacer que funcionasen como uno solo. Seguirían teniendo distintas cartas, pero se complementarían y se ayudarían el uno al otro.

—¿Todavía están enfadados tu tía y tu padre?

—En realidad, mi padre ha dejado el día a día del restaurante en manos de mi prima Scarlett y mías. Yo ya he hablado con mi tía y hemos decidido que la fusión es lo mejor. Quiero presentarle a mi padre un hecho consumado. Él adora el restaurante. Espero que acepte lo que sea con tal de mantenerlo abierto, incluso unir fuerzas con su hermana. Aparte de ése, hay otro problema.

—¿Cuál?

—¿Te ha hablado Cristiano de nuestros hermanos estadounidenses?

Mariella asintió despacio.

—Quiero unir a toda la familia. Hacer una reunión. Así que la excusa de la medalla es perfecta.

Todo el mundo adora a Cristiano. Hemos estado preocupados por él. Si decimos que vamos a celebrar su medalla, nadie sospechará. Les diré a Alex y a Angelo que vengan desde Estados Unidos y me aseguraré de que tía Lisa y su familia también estén presentes. Entonces, podremos mezclarnos, celebrar y anunciar los planes de fusión. ¡Es perfecto!

—¿El qué es perfecto? —preguntó Cristiano, que estaba en la puerta.

—La excusa de la fiesta de la que te hablé. Diremos que vamos a celebrar tu medalla.

Cristiano frunció el ceño, pero Isabel a no le hizo caso.

—Papá estará muy orgulloso de ti. Lo celebraremos en el restaurante, por supuesto. Y podrá venir todo el mundo —continuó Isabel a. Se miró el reloj—. Tengo que marcharme. Te llamaré para contarte los detalles —miró a Mariella y le guiñó un ojo—. Trae a Mariella también.

Cuando Isabel a se marchó, Cristiano se sentó a la mesa. Parecía agotado.

—¿Estás bien? —le preguntó Mariella—. ¿Quieres un café? Está recién hecho.

Él asintió. Tomó la taza y le dijo:
—Hay otros motivos que no conoces por los que no quiero aceptar la medalla.
El a le tomó la mano. Él se quedó mirando sus manos unidas durante unos segundos y, luego, la miró a los ojos.
—¿Vendrás conmigo? —le preguntó a Mariella.
—No puedo —respondió el a, sorprendida—. Debería ir alguien más próximo a ti, como tu padre o tu hermana.
—Si no vienes tú, no iré.
—¿Por qué yo?
—Porque si te has unido a Isabel a para convencerme, quiero que vengas. Si no, no iré.
—Está bien, en ese caso, te acompañaré.
Mariella pensó que le encantaría formar parte del público cuando Cristiano recogiese la medalla.
Dante se despertó y se puso a protestar.
Mariella le preparó un biberón e intentó que se lo tomase, pero seguía nervioso.
—¿Puedo ayudarte? —le preguntó Cristiano.
—Ahora me toca a mí. Tú ya lo has tenido antes.
—No hay límite de tiempo. Me gusta este niño —le dijo él.
Mariella sonrió al bebé y le dio un beso en la frente.
—Te está empezando a conquistar, ¿verdad? Ve al cobertizo, nosotros iremos también cuando se haya terminado el biberón.
—¿Qué te hace pensar que tengo ganas de trabajar?
—Te relaja, tú mismo lo dices y, además, se te nota.
Cristiano fue al cobertizo y encendió todas las luces. Estaba confundido: la idea de aceptar la medalla no le estaba sentando bien. Y la preocupación de tener otro flashback en mitad del evento hacía que desease huir.
Había sido sincero al decirle a Mariella que quería que lo acompañase. La miraría a los ojos y no vería el horror y la devastación de aquel día. Se concentraría en sus ojos plateados, en su sonrisa optimista, y sabía que se arriesgaría a meterse cientos de veces en el infierno con tal de verla sonreír.
—Es una excusa, ya sabes —le dijo Mariella poco después desde la puerta.
—¿El qué? —le preguntó él, levantando la vista, sintiéndose mejor al verla.
—La celebración de tu medalla. Isabel a quiere preparar una fiesta para anunciar la fusión de Rosa y Sorel a.
—¿Qué? —preguntó él sorprendido. Aquel o era lo último que se habría imaginado.
Mariella le contó enseguida lo que su hermana le había dicho.

—¿Y a mi padre le parece bien?

—Al parecer, va a ser una sorpresa para él, pero Isabel a dice que ha dejado la gestión del restaurante en sus manos y en las de Scarlett, así que han tomado el as la decisión.

—Se va a quedar muy sorprendido.

—O a enorgullecerse de su hija. Todavía me gustaría hablar con el a de la posibilidad de vender la salsa por Internet. De hecho, al restaurante le vendría bien una página web en la que promocionarse. Tal vez yo pudiera ayudarlas.

—¿Quién asistirá a la fiesta?

—La familia, Dante y yo. A no ser que no quieras que nosotros vayamos.

—Si yo voy, tú también —le contestó él, abrazándola por la cintura. Se inclinó y le dio un beso.

Mariella pensó que los deseos se hacían realidad y saboreó el beso. Tal vez empezase a desear la luna a partir de entonces. Cristiano podría enamorarse de el a. Notó cómo le recorría la nariz a besos.

—He deseado besar estas pecas desde que te vi por primera vez —murmuró, besándola también en la mejilla, en la mandíbula y en el cuello.

Mariella se sintió como si estuviese flotando, y suspiró satisfecha cuando la volvió a besar en la boca.

Unos minutos después, ambos respiraban con dificultad. Cristiano se apartó un poco.

—¿Está bien el bebé?

—No lo sé, voy a ver.

Cristiano no la soltó.

—Mejor, escucha desde aquí.

Volvió a besarla dulcemente.

—Si hoy pasa bien el día, podremos irnos a Roma mañana —le dijo a Mariella—. Nos hemos perdido el cumpleaños de tu amiga, pero no pasa nada.

El a asintió y deseó quedarse allí, entre sus brazos, para siempre.

—¿Irás a por la medalla? —le preguntó en voz baja.

—Ya veremos.

—¿Qué quieres decir con eso? A veces eres un poco enigmático.

—Ya veremos —repitió.

Cristiano no quería hablar. Quería abrazarla, besarla y hacerle el amor. Pero no podría ir más lejos hasta que hubiese pasado por aquel o como un hombre. No podía atarla a él si no era capaz de funcionar de manera normal.

La idea le dolió. La deseaba. Deseaba tener lo que tenían otros: una compañera de viaje que lo acompañase a lo largo de los años. Que compartiese con él los buenos y malos momentos. Quería volver a reír

con sus amigos. Hijos. Disfrutar del día a día y no preocuparse por el futuro.

Respiró hondo. Olía a limpio, a madera y a cera. El sol empezaba a brillar entre las nubes. El aire era frío después de la lluvia. Hacía un día perfecto. Y él iba a pasarlo con Mariella y con el niño. El tiempo pasaba con rapidez, tenía que disfrutar de cada momento.

Sacaron a Dante a dar un paseo después de comer. Seguía inquieto, pero menos. Cristiano jamás se había imaginado paseando al lado de una mujer y un niño por una tranquila carretera de montaña. ¿Dónde habían quedado las aventuras de Roma, la emocionante vida que había querido tener antes? Stephano le había contado que su vida era mucho más rica junto a Anna María. Y se había sentido feliz con el nacimiento de su hijo, y después de su hija.

—Estás muy callado —comentó Mariella.

—Estoy pensando en el hijo de Stephano.

Tiene tres años. Y la niña, casi dos.

—Ve a verlos.

—Cuando te lleve a Roma.

Sería perfecto, sólo podría quedarse un rato. Eso sí podría hacerlo. Al menos, eso esperaba.

¿Volvería a angustiarse al ver a Anna María? ¿Querría el a verlo, tal y como le había dicho Mariella? ¿O preferiría que no apareciese por allí? Habían pasado seis meses, tal vez estuviese continuando con su vida y no quisiese que le recordasen el pasado.

—Estaba pensando en volver a casa. No sólo por un día —le confesó el a.

Aquel o lo sorprendió.

—Pensé que tenías más días de vacaciones.

—Sí, o, al menos, tengo poco trabajo, pero voy a dejar de buscar al padre de Dante. Cuanto más pienso en lo que me dijiste, más me pregunto si de verdad quiero encontrarlo. ¿Y si intenta quitarme a Dante? No lo soportaría. Antes pensaba que no me importaría, que su padre le hablaría de Ariana, pero no estuvieron juntos mucho tiempo. Y si fue capaz de marcharse así, no me gusta como padre. Dante estará mejor conmigo. Creo que tenía miedo a ser la única responsable del niño, pero va a tener que ser así. Y me veo capaz. De todos modos, es así, ¿no?

—Es probable que algún día te cases. Entonces, Dante tendrá un padre. Escoge uno bueno.

El a evitó sus ojos. ¿Le habría metido el dedo en la llaga?

—¿Pasa algo?

—No.

Él esperó. Mariella solía hablar más. Tenía que pasarle algo.

—¿Qué?

—Nada. Es sólo que no creo que haya muchos hombres que quieran a una mujer con un hijo.

—Umm, me pregunto si es eso lo que ha hecho que mi padre guardase el secreto durante todos estos años.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué harías tú si te enterases de que tu padre había estado casado antes de que se casase con tu madre, de que toda tu vida, hasta los treinta años, hasta ahora, habías pensado que eras el hijo mayor y de pronto te enterases de que tenías otros dos hermanos?

—Imagino que me alegraría, pero, al parecer, tenemos una visión distinta de lo que es la familia.

—No es tan estupendo como lo pintan.

—¿Por qué no?

—Mi abuela cometió un error hace mucho tiempo, que tuvo resultado a mi padre. Sus hermanastros nunca la perdonaron, ni a él tampoco. No fue culpa suya que naciese, pero eso dividió a la familia. Lo que recuerdo de mi tía y mi padre son las peleas que han tenido siempre. Y

sé que cuando mi padre pasó por un momento difícil, le pidió ayuda a mi tía y el a se la negó. Por eso no sé si debo alegrarme de tener más familia.

—Si tu hermana te pidiese ayuda, ¿tú se la negarías?

—Por supuesto que no. Haría cualquier cosa por Isabel a.

—¿Y por tu hermano?

—También.

—¿Y por tu tía?

—Jamás.

El a se echó a reír.

—Ten cuidado, si se fusionan los restaurantes, el vínculo entre vosotros será todavía mayor.

—Eso es otra cosa… ¿Qué piensa Isabel a al respecto?

—Cree que tal vez así se vuelva a unir la familia. Quién sabe, tal vez te guste tener dos hermanos mayores.

—Gemelos.

El a volvió a echarse a reír.

—Oh, Cristiano, ojalá te hubieses enterado de más joven. Piensa en todo lo que podríais haber hecho juntos los cuatro chicos Casali. Tu padre habría sido muy feliz viéndoos.

—Tienes la maldita costumbre de tener siempre razón.

Se detuvo en mitad de la carretera y la besó.

—Está bien, iré a recoger la maldita medalla y luego a la fiesta de Isabel a y haré lo posible por ser agradable, pero si los gemelos intentan

Mangonearme. El a lo abrazó.

—Entonces les responderás como se merezcan. Y yo apostaré siempre por ti.

A la mañana siguiente, cuando Mariella entró en el salón después de muy pocas horas de sueño, Cristiano estaba acunando al bebé, que parecía feliz.

—Ven —le dijo.

Tomó su mano, le hizo sacar el dedo índice y se lo frotó con la encía inferior de Dante.

—¡Un diente! —exclamó el a—. Oh, cariño, te ha salido tu primer diente.

—Que no te muerda, hace daño —le advirtió Cristiano sonriéndole al bebé.

El a le abrió la boca.

—Casi ni se ve.

—Ha roto esta noche, supongo. De todos modos, hasta que le salga el siguiente, creo que va a estar mucho más tranquilo.

—Espero poder dormir una noche del tirón.

—Yo también.

Ambos se sonrieron.

—Me marcharé a Roma mañana —le dijo Mariella—. Jamás podré agradecerte todo lo que has hecho por nosotros. Me has salvado la vida.

—Ya vale. No estás en deuda conmigo.

—Lo sé, pero aun así. Y estos días me has ayudado mucho con el niño.

—Esto me está sonando a despedida.

—Y lo es, en cierto modo. Tengo que volver a casa.

—Todavía no, aún tienes días de vacaciones. Quédate, Mariella, por favor.

El a dudó.

—Bueno, un poco más.

Tampoco el a quería marcharse. No quería despedirse de Cristiano, pero él no hablaba nunca de volver a su vida en Roma. ¿Cuánto tiempo más tardaría en recuperarse? Y luego, ¿qué? Si se quedaba, ¿se enamoraría todavía más de él? ¿Se quedaría con el corazón roto?

—Hoy terminaré la mesa. Mañana iremos a Roma y la llevaremos a tu casa.

—No hay prisa, todavía no va a poder utilizarla —le contestó el a.

—Las sil as tardarán un poco más. Me gusta saber que tendrás en tu casa algo hecho por mí. Así tal vez me recuerdes de vez en cuando.

Mariella se quedó sin habla. ¡Si él supiera! Lo quería. Iba a costarle mucho trabajo volver a casa.

—Voy a preparar café —le dijo—. Y unos huevos cocidos.

—Yo me encargaré del desayuno —respondió él enseguida.

Mariella se echó a reír y parpadeó para no derramar ninguna lágrima.

Mientras le daba el biberón al bebé y desayunaba, Mariella tuvo ganas de llorar. No había nada que la retuviese en el lago Clarissa. Tenía que volver a su vida, pero no quería hacerlo. Quería quedarse con Cristiano. ¿Era bueno que él le hubiese pedido que se quedase unos días más?

¿Podrían tener un futuro juntos? ¿Estaría él pensando algo parecido?

No obstante, Mariella quería disfrutar de cada momento, grabar cada segundo en su mente por si no volvían a verse. Respiró hondo e inhaló su aroma. El corazón se le aceleró y tuvo que volver a respirar para no echarse a llorar. Deseó poder pedirle que la abrazase, que la besase. Que le hiciese el amor. Que desayunasen juntos todas las mañanas y que durmiese con el a todas las noches.

Después del desayuno, insistió en volver a su cabaña. Necesitaba algo de espacio y hablar seriamente consigo misma para estar segura de no delatar sus sentimientos. Se tomaría un par de días más de vacaciones y después volvería a Roma para siempre, sin revelarle a Cristiano lo mucho que lo amaba.

A la mañana siguiente, Mariella se despidió del bebé con un beso y le dio a la señora Bertatali las últimas instrucciones.

—Vete y ten un buen día. Sé cómo cuidar de los *bambini* —le contestó la otra mujer, casi echándola de su casa.

Cristiano la estaba esperando fuera, al lado de su coche. En cuanto Mariella se sentó en él, se sintió libre y aventurera. Adoraba a Dante, pero le encantaba no tener ninguna responsabilidad durante unas horas.

Era un coche increíble, para una pareja más que para una familia. Y su conductor lo manejaba como si estuviese en un Gran Premio o algo así. Tomaba las curvas con precaución y aceleraba en las rectas.

—A esta velocidad, vamos a llegar en diez minutos —comentó el a.

—¿Voy demasiado rápido?

—No, si controlas el coche —respondió Mariella.

Por primera vez en meses, estaba sola, no tenía que estar pendiente del bebé. Lo echaba de menos, pero sabía que volvería a estar con él en unas horas. Necesitaba el descanso.

¿Y con quién disfrutarlo mejor que con el hombre de sus sueños? El coche era como él, rápido, pero seguro. Arriesgaba su vida y apagaba incendios, pero siempre intentaba ayudar a los demás.

Era un hombre atento, de los que había pocos.

—¿Vas a ir a ver a la esposa de Stephano? —le preguntó.

—Iré a verla en cuanto te deje en tu casa, después de ir al cementerio.

El a miró hacia atrás, a la pequeña mesa de madera para Dante, y alargó la mano para tocarla.

—Es increíble. Estoy deseando tenerla en casa. ¿A quién más vas a ir a ver? —añadió—. ¿Vas a pasar por el ministerio?

—No. Los llamé ayer y me dieron toda la información relacionada con la ceremonia —le contestó él—. Tenemos que estar allí a las siete. Aunque la ceremonia empieza a las ocho —

alargó la mano y tomó la suya—. Ponte un vestido bonito.

—Y la fiesta de tu familia es la noche siguiente. Cuéntame más cosas de el os. Si voy a conocerlos a todos, necesito saber quién es quién, la relación que tienes con el os y si te caen bien o no.

—¿Qué más da cómo me caigan?

—No voy a perder el tiempo con personas que no te caen bien. A mí tampoco me gustarán.

Él se echó a reír y le apretó la mano antes de apartarla.

—No conozco a mis hermanos mayores, pero

no creo que vayan a caerme bien.

—Eso no es justo. Antes tienes que conocerlos. ¿Quién más?

Durante el resto del camino, Cristiano le habló de su tía, sus primos, su hermano y su hermana, y de lo que sabía de los hermanastros de Estados Unidos.

Al llegar a las afueras de Roma, Mariella le indicó cómo llegar al antiguo cementerio. La visita fue breve. Cristiano se mantuvo alejado mientras el a se acercaba a la tumba en la que descansaba su amiga más querida.

Stephano estaba enterrado en otro cementerio. Tendría que ir a verlo también, pero todavía no estaba preparado.

—Gracias. Era importante para mí —le dijo Mariella al acercarse a él.

Cristiano asintió, deseando poder hacer algo más para aliviar su dolor. Deseando ser capaz de hacer desaparecer el suyo propio.

Luego el a le indicó cómo se llegaba al edificio de apartamentos en el que vivía. Estaba en un barrio viejo y la fachada de piedra parecía desgasta por el tiempo, antigua.

Él sacó la mesa de madera. Al entrar en su apartamento, miró a su alrededor.

—Qué agradable.

Los muebles eran sencillos, pero parecían cómodos. Había cosas de bebé, pero no estaba desordenado.

—Aquí, me parece —le dijo Mariella, señalando el hueco de debajo de la ventana—. Cuando sea mayor, podrá jugar en la mesa con los bloques, o pintar. Estoy deseando verlo.

Cristiano deseó poder estar también allí, viendo cómo Dante jugaba.

—Estaré preparada a partir de las tres — añadió el a.

—Te recogeré a esa hora —le confirmó él, dándole un ligero beso en los labios.

Era el momento de ir a ver a su jefe y a Anna María.

Eran poco antes de las tres cuando se detuvo delante del edificio en el que vivía Mariella. La visita a su jefe había ido bien. En cuanto el médico le diese el alta, podría volver al trabajo.

Anna María lo había recibido con los brazos abiertos. Y, después de un rato, él también se había sentido como en casa. La única diferencia era que había esperado que Stephano apareciese en cualquier momento en el salón. Anna María le había dicho lo mismo, y que a veces la ayudaba pensar que estaba de viaje.

Su hijo había crecido y no paraba de hablar. Cristiano no había podido evitar pensar en cómo sería Dante en un par de años. Más o menos como el hijo de Stephano. ¿Se caerían bien los dos chicos? En otras circunstancias, tal vez podrían haberse hecho amigos, como Stephano y él. La niña estaba durmiendo, pero se había asomado a verla y se había dado cuenta de que se parecía mucho a su padre, pero en versión femenina.

Antes de marcharse, Cristiano le había prometido a Anna María que seguirían en contacto y le había dicho que lo llamase si necesitaba algo. Habían hablado del futuro, a corto y largo plazo, y de la noticia de que Stephano iba a recibir una medalla póstuma y que sería el a quien la recogiese.

Como había llegado a casa de Mariella un poco antes de lo previsto, pensó en quedarse abajo esperando a que se hiciese la hora, para no parecer ansioso.

—Olvídalo —se dijo, saliendo del coche.

No pasaba nada por llegar temprano. Si no estaba preparada, la esperaría. Al menos, así estaría con el a. Luego volverían al lago Clarissa y tal vez pudiesen cenar en Rosa, para que su hermana se quedase más tranquila al verlo. Podrían charlar de su día, hacer más planes para la noche de la ceremonia, a la que al final iba a asistir.

Mariella lo recibió con una sonrisa.

—Entra. ¿Quieres tomar algo antes de que nos vayamos?

—No. No tengo prisa.

—¿Qué tal te ha ido con Anna María?

Él le contó un poco su tarde.

—Fue extraño, sin Stephano allí. Siempre que pienso en el a, me la imagino con él.

—Debe de ser muy duro para el a.

Cristiano asintió.

—Estoy casi lista. Ya tengo el ordenador nuevo preparado.

Mientras le contaba cómo había sido su tarde, Cristiano se sentó en

el sofá, disfrutando de la normalidad del momento y preguntándose si podría arriesgarse a volver al trabajo pronto.

Y si se atrevería a dar un paso más en su relación con Mariella.

—Podríamos parar a cenar de camino a casa — sugirió.

—Estupendo. ¿En Monta Correnti?

Él asintió.

—¿En Rosa?

—¿Preferirías probar Sorel a? ¿Conocer la competencia con la que mi hermana quiere fusionarse?

—¿Tan bueno es?

—Su salsa, no, pero mi tía no hace nada a medias. ¿Tienes que recoger a Dante a alguna hora?

—He hablado con la señora Bertatali hace media hora. Dante está muy bien.

Terminó de configurar el ordenador, lo cerró y lo guardó en su bolsa.

—Tengo que llevarme esto y una maleta con ropa. Estoy cansada de ponerme las cuatro cosas que me compré después del incendio. Y llevo más para Dante. Creo que se le está quedando pequeña la ropa que le compré la semana pasada.

—Todo listo, entonces.

Fueron al coche. Cristiano dejó la maleta en el maletero e iba a guardar el ordenador de Mariella cuando oyó el aullido de las sirenas acercándose cada vez más. Se oyeron varios pitidos en el cruce con el paso de dos camiones de bomberos.

De repente, el barrio desapareció. Él se agachó al notar que caían escombros. El aire estaba cargado de humo, tan denso que casi no podía ver. El bebé estaba llorando en sus brazos y el niño también lloriqueaba y se aferraba a él.

—¡Stephano! —gritó, sin dejar de avanzar.

¿Dónde estaban las escaleras de subida? Le dolía mucho la pierna, el tobillo. No podía respirar, no podía ver. Tenía la visera del casco rota y el humo y el polvo lo rodeaban, lo cegaban.

Sólo oía las sirenas y el humo le impedía ver. Sentía el calor del fuego detrás de él. Llovía cemento y reinaban el caos y la confusión.

—¿Stephano? —volvió a gritar, pero no oyó nada más que el rugido del túnel cayéndose a su alrededor.

No podía moverse. No podía avanzar ni retroceder. Tenía que salvar a dos niños. ¿Dónde estaban sus compañeros? ¿Estaba solo en un mundo que se había vuelto loco?

—¡Cristiano!

Oyó que lo llamaban, pero la voz le resultó lejana, tapada por los pitidos de los coches.

—¡Cristiano! ¿Qué te pasa? —Reconoció la voz. ¿Qué estaba

haciendo Mariella en el metro?

—Cristiano, para, me estás asustando —le dijo, sacudiéndolo, golpeándole las mejillas.

Él cerró los ojos y todo se volvió negro.

CAPÍTULO 10

—¡Cristiano! —gritó Mariella, agarrándolo del brazo y volviendo a sacudirlo.

Lo vio caerse contra el coche y miró a su alrededor. Sintió pánico. ¿Qué le pasaba?

—¿Necesita ayuda? —le preguntó un hombre que pasaba por allí, acercándose.

—Sí. Le ha dado un ataque. No consigo que se ponga de pie, me gustaría llevarlo hasta mi casa.

allí llamaré una ambulancia.

—No, una ambulancia, no. Necesito sentarme un momento —balbuceó Cristiano sacudiendo la cabeza.

El hombre lo ayudó a incorporarse.

—¿Está seguro? La ambulancia no tardaría nada en venir.

Cristiano asintió y puso el brazo alrededor de los hombros de Mariella.

—No es la primera vez que me pasa. Sé qué hacer. Sólo necesito sentarme.

— *Grazie* —le dijo Mariella al hombre, llevando a Cristiano hacia su edificio.

Unos minutos después, volvían a estar en su casa.

—Estoy bien —le dijo él, sin soltarla.

—Vamos a sentarnos en el sofá. Prepararé un té. ¿Quieres que vayamos al médico? Me has dado un susto de muerte.

—No necesito ir al médico —le contestó él, dejándose caer en el sofá, apoyando los codos en las rodillas y bajando la cabeza.

—Me has asustado. ¿Estás seguro de que vas a ponerte bien?

—Estoy seguro —insistió él.

Mariella se quedó unos segundos observándolo. Después, fue hacia la cocina.

—Espera aquí, voy a por el té.

Ya estaba empezando a tranquilizarse, pero no entendía qué le había pasado a Cristiano.

Preparó el té y volvió corriendo al salón. Él seguía allí. No se había movido.

Mariella dejó las tazas sobre la mesita del café y le tocó el hombro.

Cristiano se encogió, se puso de pie y se acercó a la ventana. Todavía parecía aturdido.

—Lo siento —dijo, haciendo un esfuerzo.

—Trastorno por estrés postraumático —dijo el a, tomando su taza para darle un trago.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió él, girándose a mirarla.

—Has olvidado que he pasado los cuatro últimos años en Nueva York. Estados Unidos es la cuna de ese trastorno. Por los atentados, por los huracanes, por los incendios forestales, los terremotos. Tengo una amiga cuyo hermano estuvo en Irak y sufre ataques todos los días. ¿Es eso lo que te pasa?

Cristiano asintió.

—Ahora ya sabes por qué no soy un héroe —le dijo, volviendo a mirar por la ventana.

—¿Qué tiene eso que ver? Eres un héroe. Todavía más, por habernos salvado a Dante y a mí después de lo que viviste en mayo.

Mariella se levantó y se acercó a él. Lo tocó. No iba a irse a ninguna parte.

—Cristiano, eres un héroe.

Él se golpeó la frente con la palma de la mano.

—Pero no estoy bien de la cabeza.

El a lo sacudió con suavidad.

—Mi amiga le dice a su hermano que está chiflado, pero lo adora. A él le pasa lo mismo. De repente, se pierde en un horror que ninguno de nosotros conoce.

—No consigo sacar esas imágenes de mi cabeza. Me despierto por las noches. A veces, me ocurre también por el día, de repente vuelvo a aquel infierno. ¿Qué clase de hombre soy?

—Humano. Él la miró y luego se giró de nuevo hacia la ventana.

—Sinceramente, no creo que estemos preparados para ser testigos de los horrores de la vida moderna. La mente humana no puede absorber tanto. Por eso tiene sus mecanismos de defensa

—le dijo Mariella.

—¿Y cuáles son los míos? ¿Revivir aquel día para siempre? No consigo salir del círculo: el humo, el fuego, el cemento, los gritos de las Víctimas.

El a lo abrazó y apoyo su cuerpo en el de él hasta que Cristiano levantó un brazo y lo puso alrededor de sus hombros.

—No sé mucho del tema. He oído que mejora haciendo terapia. A veces, sí; otras, no. Hay supervivientes de Vietnam que siguen con el trastorno cuarenta años después. Es una recompensa muy ingrata por haber sido un héroe. No sé cómo podrías superarlo. Tal vez no llegues a hacerlo nunca, pero eso no le quita valor a quién eres ni a lo que hiciste.

—Si no soy capaz de funcionar en el mundo, que me encierren y tiren la llave —sugirió él, demostrando su frustración.

—Espera un momento, ¿por eso te encerrabas en la casa del lago Clarissa? ¿Lo sabe tu familia?

Él se giró y la agarró por los hombros.

—No se lo cuentes, ¿lo entiendes?

—¿Por qué no? No debes avergonzarte de el o. No es algo que puedas predecir, ni curar. Ni siquiera es algo que hayas causado tú.

—Piensan que soy una persona intrépida y temeraria, que me gusta el peligro. No quiero que sepan que me he convertido en un ser penoso.

—No eres nada penoso. Eres fuerte, muy valiente y un hombre digno de confianza — replicó el a, agarrándolo por las muñecas y sacudiéndolo—. Escúchame, Cristiano, esto no es culpa tuya.

Eres un buen hombre.

—Claro, como hace unos minutos. Oigo sirenas y me desplomo en la acerca.

—Las has oído y te han hecho volver a aquel día. He leído en Internet que fue horrible. Viste cosas que jamás olvidarás, cosas terribles. Gente muriendo, a la que no pudiste salvar. A tus propios amigos muriendo. Hasta tú estuviste a punto de perecer. Serías una persona muy fría si todo eso no te hubiese afectado.

—No logro superarlo. Han pasado meses. Necesito volver al trabajo, pero me temo que no llegue nunca el día. Yo conduzco esos camiones que llevan las sirenas. ¿Qué pasará si tengo un flashback y pongo a los demás en peligro porque no logro controlarme?

Mariella no supo qué decirle. Lo abrazó por la cintura. Él se quedó rígido unos segundos y luego la abrazó también, aferrándose a el a.

—Se te rompió el tobillo cuando estalló la segunda bomba, ¿no? — le preguntó, esperando no equivocarse.

—Sí.

—Y se curó, aunque tardó un tiempo. Míralo como si, de la misma manera, te hubieses hecho daño en la cabeza. También tardará tiempo, pero se curará.

Deseó tener razón. Sabía que había hombres que no llegaban a superarlo. Esperaba que Cristiano no fuese uno de el os. Pero necesitaba que él supiese que todo era posible.

—¿Has ido a terapia? —le preguntó.

Él negó con la cabeza.

—El médico del hospital me recomendó un terapeuta, pero me marché al lago Clarissa en cuanto me dieron el alta. Y allí no hay ninguno.

—¿Y en Monta Correnti?

Cristiano se encogió de hombros.

—No tienes que avergonzarte por estar herido —le dijo el a en tono cariñoso.

—Me avergüenzo por no querer arriesgarme a que me pase lo que me ha pasado hoy delante de otras personas. ¿Y si hubiese estado conduciendo? No puedo arriesgar la vida de los demás. No tenía que haber salido del lago Clarissa. No tenía que haber deseado tener una

vida normal, como los demás. No voy a tenerla.

—Eso no lo sabes.

—Sé que quiero lo que tenía antes. Una vida sin preocupaciones. A Stephano y a su familia. Mi propia familia. La esperanza de enamorarme y casarme. ¿Qué hay de todo eso?

—Todavía puedes enamorarte y casarte —le dijo el a—. Todavía tienes a tu familia y a la esposa y los hijos de Stephano.

—¿Qué mujer querría a alguien como yo? — espetó él.

El a lo miró fijamente.

—Yo —le confesó.

—Ahora hablas como si estuvieses tan loca como yo —le dijo él, abrazándola con más fuerza y apoyando la cabeza en la de el a.

—Ninguno de los dos está loco —respondió Mariella.

—Si yo no lo estuviera, intentaría conquistarte como un loco —le aseguró él.

A el a le dio un vuelco el corazón y luego, se le aceleró.

—No juegues conmigo.

Cristiano rió.

—No puedo ofrecerte nada. Siempre recordaré los días que hemos pasado juntos en el lago, pero tú necesitas a alguien completo y libre de flashbacks que puedan hacerte daño a ti o a tu hijo.

Ojalá las cosas fuesen de otra manera, pero no lo son.

—¿Y ya está? ¿Vas a apartarte del mundo entero porque no todo es perfecto en tu mundo? —

le preguntó, mirándolo.

—Tiene que ser así.

—No es verdad —replicó Mariella, zafándose de él—. No eres de los que se rinden tan fácilmente. ¿Me quieres, Cristiano?

—No tengo derecho.

—No es eso lo que te he preguntado —le dijo el a, fulminándolo con la mirada.

Él respiró hondo y la miró fijamente, como si estuviese memorizando las facciones de su rostro.

—Te quiero, Mariella Holmes. Tu optimismo me alegra la vida. Tu risa hace que mi corazón cante. Me encanta ver cómo te entregas con el hijo de tu amiga. Te deseo, y desearía pasar las noches amándote, y los días haciéndote feliz, pero no tengo nada que ofrecerte. Por el momento, no tengo trabajo. Y tengo un trastorno por estrés postraumático. Soy un desastre.

El a le sonrió y volvió a acercarse.

—Yo también te quiero, Cristiano. Pensé que me apartabas de tu lado porque no me querías, pero me quieres. ¡Juntos haremos frente a cualquier cosa!

—¿No me has oído? ¡No tenemos futuro!

—Prefiero hacer caso omiso de lo que no quiero oír. Podemos enfrentarnos a esto. Podemos.

Te quiero como eres. No te he conocido antes, así que me gustas así.

—¿Y si vuelvo a tener otro ataque?

—Nos ocuparemos de él. Tal vez puedas comenzar una terapia y ver si te ayuda. No eres el único hombre al que le ocurre esto. ¿Con quién has hablado del tema? ¿A quién se lo has contado?

—A nadie.

El a sacudió la cabeza con exasperación.

—Pensé que eras un luchador.

—Y lo soy. Cuando es algo contra lo que puedo luchar. Para esto no tengo recursos.

—Intenta encontrarlos. Llama a tu superior y cuéntaselo. Pregúntale si alguien más está teniendo ese problema y qué está haciendo al respecto. Por favor, no desaproveches lo que podemos tener juntos por pensar que estas solo en esto. Tu familia te apoyará. Tus amigos, también. Todo el mundo. Y, sobre todo, yo.

—No puedo luchar contra el o.

—Sí, sí que puedes. Podemos.

Se hizo un largo silencio y, después, Cristiano suspiró, la abrazó y le dio un beso.

—¿Qué he hecho para merecer esto? — susurró.

Un rato después, apoyó la cabeza en la de el a y le dijo:

—Yo no soy lo que quiero para ti, Mariella.

Deberías estar con un hombre sano y perfecto. Yo soy material defectuoso. Pero te quiero y me gustaría que, algún día, cuando sepamos más acerca de lo que me pasa y del pronóstico, accedas a casarte conmigo.

—¡Sí! Pero no necesito esperar. Te quiero, Cristiano. Quiero estar siempre contigo. Pase lo que pase. Nos enfrentaremos a todo juntos. Además, yo también llevo equipaje. Dante va a necesitar un padre.

—También quiero mucho al pequeño. Quiero verlo crecer, ver en qué tipo de hombre se convierte. Y formar parte de el o, haciéndole distinguir lo que está bien de lo que está mal, viendo cómo descubre el mundo.

—¿Qué mejor padre para él que un héroe? Recuerda que le has salvado la vida, te pertenece.

—Su padre biológico debe de ser tonto. Yo me sentiré muy honrado siendo el padre de Dante.

¿Te casarás conmigo? En cuanto sepamos…

El a lo acalló poniéndole los dedos en los labios.

—En cuanto queramos. No tenemos que esperar a que las estrellas se alineen ni nada parecido.

Quiero estar contigo ahora, empezar con nuestros recuerdos y costumbres. Y ayudarte hasta que hayas resuelto esto.

—No tengo trabajo.

—Pero yo sí. Si pudiésemos vivir en tu casa durante un tiempo, nos las arreglaríamos. No me digas que no quieres estar conmigo si todo no es perfecto. El amor no es así. Hay cosas buenas y malas, altos y bajos. Ahora que sé que me quieres, no quiero que nos separemos. Sólo tengo a Dante en el mundo. Contigo, me siento completa, parte de una familia.

—¿Y si no mejoro?

—Cristiano, ¿qué harías tú si yo me pusiese enferma?

—Te cuidaría.

—¿Y no puedes darme esa misma oportunidad? Quiero amarte, estar contigo. Cristiano, me has pedido que me case contigo y la respuesta es sí. No algún día, sino ya.

Él la levantó en volandas, haciéndola girar.

—¡Te quiero! —gritó.

—¡Yo también te quiero! —exclamó Mariella antes de echarse a reír.

Se pasaron el resto de la tarde besándose, haciendo planes, besándose más, llamando al jefe de Cristiano, y por fin se marcharon hacia el lago Clarissa.

—Estoy deseando contárselo a Dante — comentó el a mientras conducía por las cal es de Roma.

Cristiano había insistido en que fuese el a quien condujese, por si volvía a oír otra sirena.

—Tiene seis meses, ¿crees que lo entenderá?

—Vas a ser su papá. Es una noticia muy especial.

—Pues a mí me parece todavía más especial que tú vayas a ser mi esposa.

—¿Le parecerá bien a tu familia? ¿Cuándo se lo vas a contar?

—Ya sabes que todos mis primos y hermanos se han casado en los últimos seis mees. Debe de ser que hay algo en el agua.

—¡Qué dices!

—Eh, todos tenemos más o menos la misma edad, es natural, supongo. Aunque yo pensé que, después de lo que pasó en mayo, no encontraría nunca a alguien especial.

—Entonces, se lo diremos durante la fiesta.

—Después de lo de hoy, no sé si debería ir. ¿Y si…?

—Lo entenderán si te pasa algo. No puedes aislarte del resto del mundo. Estarán muy orgullosos de que vayan a darte esa medalla.

—Dios mío —gimió él—. No puedo ir a recogerla.

—Por supuesto que sí. Siempre y cuando no se oigan sirenas, estarás bien, ¿no?

—Lo único que sé ahora mismo es que podría pasarme todo el tiempo mirándote, sin hacer nada —le respondió él, tomándole la mano y dándole un beso en la palma.

—¿Crees que le caeré bien a tu familia?

—Sí. Eres adorable. El a se echó a reír.

—Recuérdalo siempre.

—Siempre te querré. Siempre.

CAPÍTULO 11

Mariella se había puesto un vestido largo de terciopelo de color burdeos, muy adecuado para la ocasión. Y había ido a la peluquería a peinarse y a que le pintasen las uñas a juego con el vestido.

Sentía un cosquilleo en el estómago y sabía que Cristiano tenía que estar todavía más tenso que el a.

Pasaría a recogerla en diez minutos. Llevaba toda la semana rezando por que ninguna sirena les estropease la noche.

Cristiano llamó a la puerta a la hora prevista. Su vecina de abajo iba a quedarse con Dante esa noche. Nada interferiría en la ceremonia que tanto se merecía Cristiano.

Mariella abrió la puerta y se quedó sorprendida con lo guapo que estaba vestido de uniforme.

—Tendrás que impedir que me acerque a los edificios en llamas —le dijo, acercándose para darle un beso.

Sólo habían estado separados un día, pero a el a le había parecido como una semana o más.

—Ni siquiera sé si podré volver a trabajar — murmuró él, echándose hacia atrás para observarla—. Estás preciosa.

—Estoy lista —respondió el a, tomando su abrigo.

—Al menos, tú lo estás —replicó Cristiano.

—Todo irá bien.

—Si termino tirado por el suelo, te echaré la culpa a ti.

El a le apretó cariñosamente el brazo.

En la puerta los estaba esperando la limusina que Cristiano había alquilado para la ocasión.

Unos minutos más tarde, llegaban a la puerta del Parlamento.

—¿Va a venir Anna María? —le preguntó Mariella antes de bajarse del vehículo.

—Sí. Y también sus padres y los de Stephano.

Eran muchos los fotógrafos que estaban esperando en la puerta y los periodistas que preguntaban a los invitados cómo se sentían.

—Supongo que no debería confesarles que tengo ganas de vomitar, ¿verdad? —murmuró Cristiano.

El a se echó a reír y sonrió a las cámaras.

—Estoy muy orgullosa de estar aquí contigo.

—Entonces, sigamos adelante y recordemos a los caídos —dijo él, ofreciéndole el brazo.

Mariella se sentó en la segunda fila y él se puso con el resto de sus compañeros. Fue una ceremonia muy pomposa, en la que habló el Primer Ministro y se dijeron los nombres de todas las personas que habían fallecido en los atentados.

Luego fueron nombrando a las personas que habían trabajado aquel día para salvar vidas.

Mariella aplaudió al oír el nombre de Cristiano y verlo adelantarse, orgulloso, para recibir la medalla.

Nada más terminar la ceremonia, Cristiano fue en busca de Mariella.

—Salgamos de aquí —le dijo.

—No, antes tenemos que ir a la recepción. allí estarán las personas a las que salvaste. Tienes que verlos. Para que te den las gracias y seas consciente de lo que hiciste aquel día.

—Está bien —dijo él, suspirando—, pero no nos quedaremos mucho rato.

En la recepción, Mariella conoció a Anna María y le transmitió su pesar por la muerte de su esposo. Varias personas se acercaron a felicitar a Cristiano, entre el as un hombre con un bebé en brazos.

—Gracias por darme a mi hijo —le dijo éste—. Mi esposa falleció, pero lo tengo a él, que es lo mejor de el a. Gracias.

También se acercó un chico tímido. Iba acompañado de sus abuelos.

—Éste es Emelio, la última persona que sacó, con el bebé. Es nuestro orgullo y nuestra alegría, gracias —le dijeron—. Nuestra hija y su marido fallecieron, pero lo tenemos a él.

—Gracias por salvarme —dijo el chico, sonriendo y chocando los cinco con Cristiano.

También se acercó a él la joven a la que había sacado la primera, y le presentó a su marido y a su hija. Todos le dieron las gracias.

Y así pasó la noche, hasta que todo el mundo le hubo dado las gracias al hombre que les había salvado la vida.

—Ahora dime que no piensas que eres un héroe —lo retó Mariella al final.

—Sólo estaba haciendo mi trabajo. Ojalá hubiese podido sacar a más personas.

Después, se despidieron de Anna María y del resto de la familia de Stephano y volvieron a la limusina. Una vez allí, Mariella le apretó la mano.

—Lo has conseguido, ¡no has tenido ataques!

—No habría podido hacerlo sin ti, y lo sabes.

—Formamos un buen equipo. Te quiero —le dijo el a.

—No tanto como yo a ti —respondió él, inclinándose para darle un beso.

A la noche siguiente, Cristiano aparcó su coche cerca de la *piazza* de Monta Correnti.

—Estoy nerviosa —le confesó Mariella.

—No tenemos que ir. Podemos volver a casa. Dante, tú y yo.

Podríamos encender la chimenea, sentarnos, charlar hasta que se duerma y hacer planes.

Era tentador, pero Mariella sabía que tenía que conocer al resto de su familia y que sería mejor hacerlo de una vez.

—Recuerda que, en realidad, la celebración es para tu padre, lo de tu medalla es una excusa.

—Lo sé, pero aun así llamaré la atención más de lo que me gustaría. Y espero que sean tan comprensivos como tú piensas.

—Lo serán. Te quieren.

A Mariella le maravillaba que aquel hombre tan dinámico la amase. Habían planeado casarse antes de Navidad y seguir como estaban hasta entonces. Más tarde, tenían la esperanza de que él pudiese volver a trabajar como bombero y, si no, se dedicaría a trabajar la madera, que le gustaba mucho.

—Entonces, vamos —dijo él.

Salieron del coche, sacaron la sillita y al bebé y fueron hacia el restaurante. Nada más entrar en él, los vio su hermano Valentino.

—¡El héroe del momento! —exclamó, levantando una copa en su honor.

Cristiano miró a su alrededor.

—No conozco a la mitad de la gente. Pensé que sólo iba a venir la familia —murmuró él.

—Ya era hora —dijo Isabel a, acercándose y dándole un abrazo—. Pensé que no ibas a venir.

También abrazó a Mariella y a Dante.

—Bienvenidos —añadió—. Vimos la entrega de medallas por televisión. Yo me pasé casi todo el tiempo llorando. Estoy muy orgullosa de ti, Cristiano.

—No sé si te acuerdas de Clara —intervino Valentino, presentándoles sonriente a la mujer que había a su lado.

—La recuerdo —le confirmó Cristiano—. Enhorabuena por haberte casado con él. Espero que te trate bien. Si no es así, házmelo saber.

—Ah, me trata muy bien —dijo el a, frotándose el estómago y sonriendo—. Ya veremos qué tal lo hace cuando llegue el bebé.

—Enhorabuena, no lo sabía —dijo Cristiano, dándole a su hermano la mano y unas palmaditas en la espalda—. Pero creo que, en el tema de la familia, te gano —añadió, mirando a Dante.

— *Ciao*, Cristiano —dijo otra voz.

—Scarlett, hacía mucho que no te veía —le contestó él—. Quiero que conozcáis todos a Mariella Holmes. Mi prometida —dijo con orgullo.

Todo el mundo los felicitó.

—Nosotros también tenemos noticias — anunció su prima Lizzie—. Quiero que conozcas a mis gemelos.

Después de haber visto a los hijos de su prima, Cristiano miró al otro lado del salón y vio a sus hermanastros por primera vez. Ambos estaban juntos, bien acompañados, y se parecían a su padre, pero con el pelo y los ojos más claros. Éstos empezaron a andar hacia el os casi al mismo tiempo que Cristiano y Mariella.

—Soy Cristiano —se presentó él.

—Angelo —le dijo el de los ojos azules, tendiéndole la mano.

—Alex —añadió el más musculoso.

—Aquí está la tía Lisa —le dijo su hermana Isabel a, tirándole de la manga—. Y papá no tardará en llegar. Esperemos que acepte la fusión. Luca entró por la puerta y fue saludando a todo el mundo.

—Hijo —dijo al llegar a Cristiano, dándole un fuerte abrazo—. Estamos orgullosos de ti. Me alegra que hayas vuelto a casa y espero que vengas a vernos con frecuencia cuando vuelvas a Roma.

—Tengo que contarte algo, papá, pero éste no es el sitio ni el momento. Por ahora no me voy a incorporar.

—Bien, en cualquier caso, espero verte más a partir de ahora.

—Luca —lo llamó su hermana Lisa, acercándose—. Mamá se pondría contenta si nos viese juntos.

Él asintió y miró a su alrededor.

—Seguro que sí. Todos sus nietos están aquí. Es un día feliz. Sobre todo para mí, que hacía muchos años que no veía a mis hijos gemelos.

—¡Atención! —exclamó Isabel a, consiguiendo que todo el mundo dejase de hablar y la mirase

—. Para empezar, me alegro de que hayáis podido venir todos. Estamos aquí reunidos para celebrar la medalla al valor que ha recibido mi hermano por salvar a siete personas en los atentados del mes de mayo. Y también rescató a Mariella y a Dante de un incendio en el lago Clarissa, cosa que, como todos podemos ver, ha tenido un final feliz.

Todo el mundo se echó a reír.

—Pero hay otro motivo por el que estamos aquí esta noche —continuó Isabel a—. Hace muchos años, mi tía Lisa y mi padre se quedaron con el restaurante de su madre, nuestra abuela Rosa. Hoy, queremos volver a unirlos. Cada restaurante será distinto, pero los dos funcionarán como uno. Papá, hacemos esto por ti. Para darte las gracias por ser tan buen padre a pesar de las muchas dificultades a las que tuviste que enfrentarte.

Luca la miró sorprendido.

—No sé qué decir. Es lo que quería mamá. Después de tantos años… —Lisa asintió.

—Toda la culpa es mía, pero brindemos por un futuro juntos.

Todo el mundo levantó la copa y bebió. Luego volvieron a comenzar las risas y las conversaciones. Isabel a le presentó a su

hermano a su marido, Max, al que todavía no conocía.

Y Valentino felicitó a Cristiano por su próxima boda.

—Gracias. Y tú vas a ser padre, Val. Me cuesta creerlo —admitió él.

—Jamás pensé que ocurriría —admitió Valentino—. Estuve a punto de perder a Clara antes de tenerla. La vida es efímera. Si no, recuerda a nuestra madre, que murió tan joven.

—Esta noche sería feliz si nos viese —comentó Cristiano.

Sabía que su hermano Valentino siempre se había sentido culpable por no haberla podido salvar, pero había sido sólo un niño.

—Mariella y yo vamos a adoptar a Dante.

—¿No es hijo suyo?

Cristiano le explicó todo rápidamente y luego añadió:

—Quiero estar seguro de que mi hijo siempre sepa que es mío, fuese quien fuese quien donó el esperma. Tú siempre has sido hijo de papá. Y hermano mío.

Valentino asintió y buscó a Clara con la mirada.

—He cambiado. Ahora lo que más me importa es el amor y la familia.

—¿Aunque se trate de hermanos a los que no conocemos? —preguntó Cristiano.

—Es una historia muy triste. Papá hizo lo que pudo, pero no podía mantenerlos.

—Es difícil hacerse a la idea.

—Como pensar en que tía Lisa quiere que se unan los dos restaurantes, o que Lizzie se ha casado con un australiano y tiene gemelos — comentó Valentino.

—O que Isabel a se ha casado.

—Con un príncipe, ni más ni menos.

—¿Qué? Eso no me lo había contado.

—El príncipe Maximilliano Di Rossi —le contó Valentino.

—¿Y piensa dejar el restaurante?

—No lo creo. ¿Quién si no iba a llevarlo?

—¿Y no es ese tipo que está con Jackie un hombre con el que estuvo hace muchos años?

—Sí, la segunda ha sido la vencida. Es agradable. Con el que me cuesta más comunicarme es con el australiano. Creo que sólo sabe decir en italiano «te quiero, amor mío», y sólo se lo dice a Lizzie.

Cristiano se echó a reír, feliz de volver a estar con su familia. Todavía podía tener un ataque en cualquier momento, pero Mariella había tenido razón: si le ocurría, su familia lo apoyaría.

La vio acercarse a él, sonriendo. Jamás se cansaría de mirarla ni de estar con el a.

—Ya he conocido a tus hermanos gemelos y a tus sobrinos

gemelos. ¿Crees que corremos el peligro de tener gemelos?

—Venga lo que venga, nos enfrentaremos a el o juntos.

—Buena respuesta. Te quiero, Cristiano.

—Y yo a ti, cariño. Menuda bienvenida a la familia, ¿eh?

—Bueno, he conocido a una actriz, a un jugador de béisbol, a dos rancheros, a una diseñadora.

Una familia muy variada.

—Y no te olvides del príncipe.

—¿Qué? —exclamó el a, mirando a su alrededor.

—Me escondo del mundo unos meses, y cambia todo.

—Para mejor. Hace unos meses, yo no tenía nada, pero ahora te tengo a ti, al bebé y a esta familia.

—Y el os también te tendrán a ti, que eres una mujer increíble. Jamás seré capaz de decirte lo mucho que te quiero ni cuánto significa tu amor para mí. Me has devuelto la vida.

—Prométeme que seremos felices siempre — le pidió el a.

—Siempre.

Cristiano la llevó hacia un rincón para darle un beso. Detrás de la columna, su tía estaba hablando con un hombre al que no conocía.

—Sigo soltera —estaba diciendo su tía—, pero tal vez esté pensando en casarme.

—Siempre quisiste ser libre —le contestó él.

—Siempre te quise a ti —replicó el a—. ¿Te casarías conmigo?

Cristiano miró detrás de la columna. Tanto su tía como el hombre lo miraron.

—Ni se te ocurra decir nada —le advirtió el a—. Rafe, ¿vas a contestarme?

—Sí, pero cuando estemos a solas —le dijo él.

—Es la hora de cenar —anunció Isabel a.

—Ah, pero primero, otro brindis —dijo Luca, acercándose a su hija —. Por la herencia de nuestra madre, Rosa.

—Por la herencia de mamá —repitió Lisa.

—¡Por Rosa! —exclamó toda la familia al unísono.

FIN